

1
2-y
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Historia

ARTIGAS: PRESENCIA INTEGRADORA Y PERMANENTE EN LA NACION
URUGUAYA, E IMPULSORA DE LA PATRIA GRANDE. UN ESTUDIO
DESDE LA EDUCACION PRIMARIA

T E S I S

para obtener el Título de

LICENCIADO EN HISTORIA

Presenta: Pietro Ameglio Patella

Directora de Tesis: Mtra. Beatríz Ruíz Gaytán

Enero de 1990

SECRETARIA DE
ASUNTOS ESCOLARES
Enero 12 1990
TESIS CON
FALTA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	Pág.
Introducción	I
I- Alrededor del río: los vecinos, el ambiente y la revolución.	
1- La Banda Oriental en la colonia	1
2- La década artiguista: 1810-1820.	
1- Primeros años de José Artigas	14
2- Montevideo bajo sitio: Artigas aglutina una incipiente nacionalidad	16
3- Federalismo artiguista	20
4- Reglamento Provisorio Agrario: Artigas defiende a los "infelices"	28
5- La invasión portuguesa; derrota de Artigas	32
6- Destierro paraguayo	36
3- Artigas: pensamiento y leyenda	39
II- América Latina: nacionalismo y continentalismo.	
1- Nacionalismo y patriotismo: dos términos en busca de definición	50
2- Nacionalismo latinoamericano.	
1- Proceso histórico	64
2- Características generales	75
3- Americanismo y panamericanismo: el ideal de la Patria Grande	82
III- El proceso nacionalista uruguayo: Artigas, como factor integrador.	
1- Nacionalismo y nacionalidad oriental	105
2- Educación nacional y heroicidad	131
IV- Imagen artiguista en la educación primaria: gobierno mili- tar (1973-1985).	
1- Uruguay: las Fuerzas Armadas en el poder	144
2- Análisis general de los textos	153

3- Figura de Artigas.

1- El héroe militar	160
2- Personalidad	169
3- Ideario	173
4- Los primeros cien años de vida independiente	179
5- Los últimos años: frente al espejo	183

V- Imagen artiguista en la educación primaria: gobierno democrático (1985).

1- Análisis general del texto	199
2- Figura de Artigas.	
1- El héroe democrático: personalidad e ideario	206
2- Gobierno en la Provincia Oriental ..	217
3- Juicios sobre la obra de Artigas ...	220
3- Epoca contemporánea	226

Conclusiones	236
--------------------	-----

Bibliografía	242
--------------------	-----

INTRODUCCION

Este trabajo se propone investigar el tratamiento de la figura de Artigas en los libros de texto de historia del último año de la enseñanza primaria uruguaya. Elegimos para ello dos períodos, muy diferentes entre sí, separados tan sólo por un breve espacio temporal, en los que el Uruguay sufrió importantes cambios a todo nivel. Ellos son: el período del gobierno militar (1973-1985) y el del retorno a la democracia (1985), que representa también el momento actual.* Las coyunturas críticas -únicas en su historia- y el radicalismo que atravesaba el país cuando se escribieron dichos textos dan más interés al estudio.

Sin duda, en el material usado, podrían haberse analizado varias ideas respecto a la conciencia del ser nacional además de la artiguista: la de democracia, la del poder, la del pueblo, etc. Escogimos la del libertador por considerar que era el eje que más abría el abanico de los otros aspectos, aunque no los agotara. Artigas representa un punto muy importante de unificación nacional por lo que, en realidad, detrás de su imagen se vislumbran una idea de nación, un sentimiento patriótico y ciertos valores ejemplares del ciudadano; aún si queda siempre escondida la pregunta acerca de qué entiende cada uno por orientalidad y artiguismo, dos términos casi sinónimos. Ello brinda también mayor actualidad al tema, pues se trata de un personaje muy vivo dentro de la realidad uruguaya, a diferencia de otros próceres en sus naciones. Sin embargo, no pretendemos hacer una historia personalista sino que, a través del uso de una figura, buscamos mostrar lo que es un nacionalismo personalizado y distorsionador.

* Sería muy útil anexar algunas partes significativas de los libros de texto del período militar y del retorno a la democracia, cosa difícil por el alto costo. En caso de que los sinodales desearan consultar los textos mencionados, no tendría inconveniente en proporcionárselos.

En un intento por esquematizar el desarrollo de la tesis, podríamos señalar que en un primer momento (capítulo I) intentaremos dar un marco histórico del personaje, junto a un esbozo de su ideario. El estudio de Artigas, como vimos, estará enfocado dentro del nacionalismo uruguayo, a su vez enmarcado en una similar problemática continental (capítulos II y III). Finalmente, ese manejo nacionalista lo analizaremos específicamente en los libros de texto de 6º año de primaria durante dos períodos contrapuestos (capítulos IV y V).

Las fuentes de primera mano utilizadas abarcarán escritos personales del libertador, documentos políticos y económicos por él redactados, relatos de viajeros que lo conocieron, los libros de texto de las etapas señaladas, escritos de las Fuerzas Armadas uruguayas y discursos oficiales de algunas conmemoraciones históricas nacionales. Dentro de las de segunda mano, la gama será vasta debido a que el personaje y el tema del nacionalismo han sido ya muy estudiados, por lo que abunda la bibliografía al respecto: desde estudios especializados hasta artículos de periódico -a veces anecdóticos- que transparentan las posturas. Ha sido también una pena no poder contar con los libros de texto primarios del período anterior al gobierno militar, pues representarían la visión del Uruguay liberal-demócrata en decadencia. Con ellos, el estudio hubiera incluido tres etapas muy diferentes del país -separadas por menos de veinte años en total- y el panorama habría sido más completo. Si bien la nación, después del 1º de marzo de 1985, intentó, de alguna manera, retomar la tradición anterior al golpe militar, ya no podía ser igual por la experiencia tan fuerte de esos años castrenses; por ello, el texto de Traversoni no puede representar completamente los utilizados por la enseñanza primaria en los sesenta.

La enseñanza de la historia, en cualquier lugar del mundo, ha sido siempre clave para la transmisión del sentimiento nacionalista; ayuda a uniformar a la nación aunque muchas veces no a su unidad. Sabemos asimismo que todas las historias -nacionalistas y no- están forjadas, en gran parte, por héroes anónimos, a la vez que es una necesidad nacional personificar ese ideal heroico. De modo especial, esto se aprecia en el nivel primario donde el alumno no cuenta con el aparato crítico para filtrar los mensajes, aunque sí con la inteligencia para absorberlos. Esa deformación del pasado, centrada en emotividades irracionales, en el Uruguay adquiere más fuerza aún, ya que el bajo índice de analfabetismo existente hace que la mayor parte de la población reciba directamente dicha influencia.

Una pregunta de dos historiadores uruguayos podría explicarnos -indirectamente- la razón por la cual escogimos el período final de la escuela primaria como referencia del sistema educativo, en cuanto mensajes nacionalistas. Se interrogan Piotti y Traversoni: "¿Cuál es la razón por la cual el programa de Historia Nacional de 6° escolar [1980] avanza más allá de 1970 en tanto el programa de Historia Nacional de 2° año de Educación Secundaria Básica adopta como tope final el año 1950?". Es precisamente en esta primera época de contacto con la nacionalidad e historia nacional donde más fuertemente se puede incidir en las conciencias; muy difícil será en el futuro para el joven librarse de esos mensajes nacionalistas, cercanos al sentimiento y ajenos al conocimiento. En algo, el trabajo se facilita por el nivel pues los slogans resultan más obvios.

En los tres textos Artigas es un líder sin defectos, seguro de sí mismo, que sabe qué hacer en cada momento y lo hace bien -algo tal vez descontado en un héroe de un libro de primaria- pero lo importante es

observar qué cualidades son resaltadas en los enfoques, pues detrás está el verdadero mensaje ideológico. Será necesario superar esa caracterización superficial -común en casi todos los textos de este tipo- para develar la trama nacionalista. Lógicamente, muchos aspectos pertenecerán a la vida de Artigas y resultará inevitable mencionarlos, pero la contextualización, el manejo de documentos e interpretación tienen indudablemente fines centrados en el presente; allí está lo esencial.

Por otro lado, estudiar la imagen artiguista desprendida de su actualidad no tendría mayor sentido, especialmente en un país donde se mantiene tan viva. Esa figura resulta interesante precisamente por la vigencia que entraña, se ha usado con fines de legitimación por todas las fuerzas sociales y políticas en sus postulados nacionalistas. En el fondo, el objetivo de los libros de texto es explicar el presente y resaltar ciertos valores de la nacionalidad; el modelo heroico debe responder al ciudadano contemporáneo. De ahí, el doble interés del trabajo: un pasado de heroísmo personalizado que define y justifica un nacionalismo y gobierno presentes, no sólo en función de valores civiles a inculcar sino de una nacionalidad que forjar y aglutinar en el hoy. En los textos del período militar, por ejemplo, será imprescindible observar cómo los gobernantes se ven a sí mismos, para entender en qué forma adaptan a Artigas con esa visión.

Este estudio se enmarca también dentro del tema del nacionalismo latinoamericano, y en lo particular del uruguayo durante la etapa de 1980 a 1985. Artigas fue un continuo impulsor de la Patria Grande continental, vertiente importante de ambos nacionalismos, por ello el entorno se hace más actual ante la cercanía de los 500 años del Descubrimiento y Evangelización de América, y el problema de identidad que se replantea.

Como dijimos, Artigas es una presencia medular en la historia y en el presente político uruguayo, constituye uno de los principales elementos unificadores del país. A este propósito resulta interesante constatar cómo todas las corrientes políticas -de cualquier extremo- reclaman para sí la bandera y el escudo artiguistas. Cada uno toma las ideas que más le convienen y esconde las demás, en una clara tergiversación del verdadero pensamiento oriental. Sería muy oportuno, en el futuro, realizar un estudio comparado del mensaje ideológico que las fuerzas políticas realizaron de Artigas durante, por ejemplo, las campañas electorales de 1971, 1984 o 1989, y qué relación guardó con la práctica y la coyuntura posterior; se desnudarían allí varias manipulaciones y hasta qué punto es verdadera la actualidad del libertador. No deja de ser paradójico y asombroso verificar cómo la extrema derecha e izquierda se aferran al ideario de una misma persona que, a su vez, en su vida fue muy radical y claro, sin dejar espacio para tamañas ambigüedades. Esta función de real -no simbólico- puente político y social que Artigas encarna en la historia uruguaya, sobre todo hoy, lo hacen esencia y factor imprescindible de la nacionalidad y el nacionalismo oriental. No son comunes en el mundo ejemplos así, donde a pesar de la tanta distancia temporal una figura se mantiene tan interactuante y decisiva en el presente.

CAPITULO PRIMERO

ALREDEDOR DEL RIO: LOS VECINOS, EL AMBIENTE Y LA REVOLUCION

Este capítulo inicial, más que realizar un estudio exhaustivo sobre el período artiguista y sus antecedentes, se propone presentar, a grandes rasgos, la figura de Artigas dentro de los principales sucesos de la etapa independentista en que actuó; junto a algunas características de su personalidad e importancia en el Uruguay. A la vez, ubicar generalidades del proceso colonial que fue definiendo la futura nación. Existen hoy muchos estudios sobre estos temas, por lo que no pretendemos más que una simple contextualización del personaje y la región. Una última parte, consistirá en mostrar algunas opiniones sobre el libertador, para llegar al análisis de los libros de texto - parte final de la tesis - con una imagen relativamente clara sobre Artigas; serán así más fáciles de penetrar.

I.1.- LA BANDA ORIENTAL EN LA COLONIA

"Ago saber a vuestra merced questa tierra donde agora estamos es mui sana y de mucho fruto porque ago saber a vuestra merced que se sembraron en esta tierra para probar si daba trigo y sembraron cincuenta granos de trigo y cojieron por cuenta 550 granos, esto en tres meses ... de manera que se da dos vevez al año ..." (1). Un viajero de 1528 hablaba así, con sorpresa y maravilla, de la Banda Oriental. Casi tres siglos después, en medio de una feroz guerra, seguía viva la misma imagen: "Jamás he visto un lugar que más me hechizase: creo que en pocas partes haya derramado la naturaleza a manos llenas ni más bellezas ni más encantos ..." (2). Viajeros de finales del XIX y de hoy siguen con la misma idea de esta región,

que mira al mar de espaldas a la pradera.

Con la posterior introducción de ganado y la llegada de los colonos, se completaría el dilema que marca hasta ahora el desarrollo del pequeño país: "...un ciudadano poderoso se ha apropiado aquellas tierras y las tiene enteramente despobladas no permitiendo ni que se construya un rancho ..." (3). La propiedad de la tierra implicaba la del ganado. A la par que el latifundio se extendía, la campaña se despoblaba y los terratenientes se concentraban en Montevideo para hacerlo el único centro del país; a veces casi con la concepción de que el mismo país eran ellos y su ciudad.

Geográficamente, el territorio podría ser parte del Brasil al no haber delimitaciones claras (4), ya que de Argentina lo separan un largo río, y otro ancho como un mar. Culturalmente, la cercanía ha sido mayor con Argentina. En cambio, su destino fue el de ser cuña entre ambos colosos, lo que seguramente obligó a reforzar - a la vez que debilitó - su identidad. Allí influyó más la política que la geografía, al mismo tiempo que para el equilibrio de esa región la geografía fue determinante para la política. Hoy, el país es fundamentalmente urbano, pero en sus inicios su característica fue rural donde pequeños núcleos poblados se agrupaban alrededor de los ríos y el mar.

El terreno en el que actuaría Artigas y que Solís encontró, era una banda verde en el costado oriental del río Uruguay y septentrional del Plata, bordeada por el Atlántico y dividida a la mitad por el río Negro; extensa unos 200000 km². Ríos, arroyos y

rinconadas la recorrían en todas las direcciones, las colinas la definían en su ondulación; todo era una monótona suavidad. La geografía acogía a la vida. Sin embargo, el campo de acción del prócer no se limitó al futuro Uruguay sino que se extendió al oeste hasta el cobrizo Paraná y al norte en el antiguo reducto misionero jesuíta.

El conquistador del XVI venía en busca de metales preciosos cuya ausencia en el Plata determinó la marginalidad del territorio en los primeros siglos de los descubrimientos. Tampoco había allí indígenas sedentarios fáciles de utilizar como mano de obra. Ambos factores hicieron que las capitales de la región sur americana fueran, primero, Lima y, en seguida, Asunción.

La Banda Oriental seguiría siendo "tierra de ningún provecho" hasta que paulatinamente empezó el poblamiento animal. Hernandarias, gobernador del Paraguay, introdujo un par de camadas de ganado; le siguieron luego en la misma tarea los jesuitas. Todo entre 1611 y 1634. La intuición sobre lo propicio del terreno para su reproducción no tardaría en verificarse, lo que empezó a atraer a algunos colonos que se sumaron a los indígenas nómadas, los contrabandistas y piratas que recorrían la zona. Pero sólo un siglo después se tomarían en serio los planes de Hernandarias.

De las provincias de la costa occidental del Uruguay empezaron a llegar los faeneros y changadores que caracterizarían al gauchaje. Las hipótesis sobre el origen racial del gaucho abundan y lo hacen derivar como mestizo de indígenas, españoles, criollos o portugueses. Representó un poco el primer brote humano autóctono.

posterior a la conquista, fruto de la mezcla y la adaptación al ambiente. Hombre libre y poco sociable, acostumbrado a la intemperie y a la ausencia de legalidad; fue importante en el ejército artiguista. De este gaucho, con el tiempo, y debido a los planes para el arreglo y asignación de las tierras, se originaría el peón. Era despreciado por el español que lo llamaba gauderio (bandido) o tupamaro; a su vez él también odiaba al godó.

Otro sujeto importante autóctono fue el indígena que vio cambiar radicalmente su vida con la expulsión de los jesuitas. De las Misiones comenzaron a bajar hacia el sur y a ser utilizados por los contrabandistas y faeneros en sus tropelías. También ellos encontrarían en Artigas alguien que los defendió y comprendió.

Varios autores destacan como eje del proceso colonial de la Banda Oriental la trilogía pradera-frontera-puerto. Estos elementos adquirieron secuencial importancia a medida que la región cambiaba su desarrollo económico. Cada uno trae detrás un factor igualmente importante: vaquería-contrabando-monopolio. En cuanto al aspecto humano intervinieron, además del gaucho y el indígena, españoles, portugueses, ingleses, criollos y esclavos africanos. Todos ellos interactuantes en torno de una pradera en apariencia inagotable, una frontera móvil y abierta ante el avance luso e inglés, y un puerto con crecientes tendencias centralizadoras. Según Methol Ferré, podría tal vez agregarse un cuarto elemento en el mar, cuyo dueño era inglés (5).

"Vaquería del mar" es una de las primeras denominaciones de esta Banda. El ganado cimarrón se multiplicaba en forma notable y

se explotaba irracionalmente, en beneficio extranjero y de una naciente clase de comerciantes locales. Eran utilizados en estas tareas faeneros, changadores, gauchos, indígenas y peones. El país comenzaba a asumir su característica ganadera que hasta hoy lo define; en la fundación de Montevideo eran ya millones las cabezas de animales vacunos. Por ello, la posesión de tierra fue un constante factor de enfrentamientos entre Buenos Aires y los jesuitas, hasta que en 1772 firmaron un acuerdo que establecía el río Negro como línea demarcatoria de las propiedades. Fueron así naciendo las divisiones políticas, no siempre acordes a las geográficas. Las vaquerías autorizadas desaparecieron a fines del XVIII ante la necesidad de controlar, mantener el número de ganado que disminuía preocupantemente y racionalizar la explotación.

Con la fundación de las reducciones sorianas y franciscanas se iniciaron los poblamientos más organizados y estables. Posteriormente, la expansión inglesa y el establecimiento de sus aliados portugueses en Colonia del Sacramento (1680) sería decisivo para llamar definitivamente la atención española en la zona. Esta población miraba cara a cara a Buenos Aires y lógicamente presagiaba ambiciones mayores; era además un punto clave para introducir el contrabando en los dominios hispanos. Fueron interminables las guerras de reconquista entre ambas potencias por ese sitio; apenas en 1777 España lo destruye por medio del virrey Cevallos.

El despertar de la conciencia española, por la productividad y estrategia de la región, se cristalizó en la fundación del "Fuerte de San José", en la bahía de Montevideo en 1724. Cuando ya los por-

tugueses asechaban ese enclave, se fundó una población (1726) con colonos de Buenos Aires y de las islas Canarias. Bruno de Zabala, gobernador bonaerense, retardó esa fundación para no arruinar el negocio de las vaquerías a sus gobernados y evitar crear un lugar de futura competencia.

Con el tiempo, se sucederían los núcleos poblados también en el interior alrededor de fuertes, pulperías o capillas, así como el establecimiento de estancias. A la vez crecía rápidamente el número de habitantes. Los intentos por definir la propiedad de la tierra y el ganado agudizaban las tensiones sociales y provocaban choques culturales por las costumbres existentes. Se buscaba, en lo posible, reducir a los indígenas y gauchos, e institucionalizar la propiedad privada. Los impulsores y los más agraciados eran los grandes comerciantes montevidéanos -a su vez los mayores terratenientes- que obtenían sus tierras con donaciones o engaños. Las estancias se convirtieron en centros productivos y refugio ante la inseguridad de la campaña; pero los latifundios favorecían el avance portugués. En la Banda Oriental surgieron también los primeros saladeros de la región.

En cuanto a la capital, rápidamente " ... comercio lícito e ilícito van transformando a la plaza fuerte y apostadero naval en un diligente centro comercializador. Y así aquella gran barraca de corambre que fue Montevideo a fines del XVIII [en 1783 se apilaban un millón y medio de cueros y salían trescientos mil anuales] se convirtió en la 'llave' comercial del Río de la Plata ... " (6). En este proceso de cambio y crecimiento las refor-

mas borbónicas fueron decisivas en todos los niveles.

El auge comercial montevideano no haría más que incrementar la rivalidad con Buenos Aires, enfrentamiento que llegó a plantearse entre los mismos virrey y gobernador (Liniers y Elío). En materia portuaria no había comparación sobre las mejores condiciones de Montevideo ante la imposibilidad bonaerense para albergar buques de tonelaje pesado. Entonces, la capital virreinal buscó por todos los medios políticos y administrativos mantener su supremacía económica. Decía Zum Felde que "El germen del futuro feudalismo aparece en Montevideo, por obra principal del puerto que le independiza naturalmente de Buenos Aires, dándole una vida propia. Antes de querer ser independiente de España, el Uruguay quiere ser independiente del Virreinato. La autonomía provincial nace antes que la americana ..." (7).

Sucesos destacados de la progresiva importancia de Montevideo fueron: que se instituyera el cargo de Gobernador Económico, Político y Militar de la plaza (1749), que se creara su Aduana (1779) y los derechos exclusivos para el tráfico de esclavos en el Plata, Chile y Perú (1791).

Sin embargo, también la ciudad de los buenos aires lograba importantes triunfos ante la transformada Corona. En 1776 se declaró la constitución del Virreinato del Río de la Plata (Argentina, Paraguay, Bolivia, Uruguay y parte de Chile y Brasil) con ella como capital administrativa, comercial y financiera. Quedaba así establecida su libertad del monopolio intermediario limeño, aunque pronto surgiría otra rivalidad con papeles invertidos con su vecina pla-

tense.

Un aspecto limitante para Montevideo -gobernada por el Cabildo y la autoridad militar- era la jurisdicción, que abarcaba pocos kilómetros a su alrededor. El resto de la Banda, a grandes rasgos, estaba dividido en dos poderes delimitados por el río Negro: al norte el gobierno del Yapeyú y al sur el de Buenos Aires. El patriciado montevideano ansiaba extender más su dominio político e insistió reiteradamente ante España, para lograr sólo algunas concesiones en favor del gobernador. En 1807 se envió una importante misión a la metrópoli, encabezada por Nicolás de Herrera; obtuvieron títulos y honores para la ciudad junto a la derogación de algún impuesto. La anhelada calidad de Intendencia no fue posible.

Socialmente, en Montevideo los altos cargos eran para los españoles. Había una clase comercial en veloz enriquecimiento que controlaba el Cabildo; el resto de la población se subordinaba a estos poderes. La ciudad se centraba en la disciplina militar y carecía de nobleza civil o eclesiástica; por ello la mezcla social fue común.

El patriciado montevideano adquirió nobleza por su carácter de fundador que le valió títulos de hidalguía, no por su linaje. Carlos Real de Azúa en un estudio sobre las características del mencionado sector, adjudicó a la diversidad de opiniones que albergaba en torno a los intereses comunes, la razón por la que fluctuaba tanto en sus partidarismos durante la lucha independentista Fue " ... la clase dirigente del principio de nuestra formación nacio-

nal y que se integró con distintos sectores: estanciero, comercial, burocrático, militar, letrado y eclesiástico. Una clase que participó de intereses, ideales y modos de vida religantes y comunes, sin que esto obste a la existencia de acentuadas, de profundas tensiones internas " (8). Resulta interesante el cuestionamiento que el autor hace sobre la hostilidad de un patricio montevideano como Artigas hacia su ciudad. Este "... toma una coyuntura histórica -en su caso el levantamiento estanciero- y le da un contenido mucho más vasto, más profundo" (9). No hace más que reflejar el constante enfrentamiento ciudad-campo.

Después de las clases altas venían los medianos y pequeños industriales, los comerciantes, los artesanos y los pulperos. Finalmente estaban gauchos, peones, indígenas, trabajadores urbanos y rurales, esclavos (10); algunos no muy integrados socialmente. En modo principal dentro de las clases poderosas, era frecuente que una misma persona agrupara varias actividades legales e ilegales. El contrabando constituía una importante fuente de ganancia en todos los sectores sociales; se imponía a cualquier legislación o medida de fuerza. El otro centro económico fue en un primer momento la explotación de cueros, y luego la de productos derivados del ganado. El punto de salida de todo el comercio era Montevideo.

Ante este desarrollo se iba creando una progresiva división entre la capital y el interior de la Banda. El centro intentaba atraer a la periferia que caminaba en forma mucho más lenta y desorganizada; eran dos realidades bastante contrapuestas. El territorio, según Azara, contaba en 1800 con 30000 habitantes, de los cuales la

mitad estaban en Montevideo. Había también unas 600 estancias, en su mayoría al sur del río Negro (11). Es interesante constatar cómo esas proporciones se mantienen aún hoy.

"Frente al señorío montevideano, la pradera formulará su respuesta y su programa. Atenaceada por el perseverante propósito unificador y succionador de la ciudad-puerto, su rebeldía al creciente y progresivo dominio montevideano, le forjará el sentimiento arisco del 'pago', del terruño nativo, como raíz y dimensión de una subconsciente revelación de la patria americana. La ciudad murada, con su autoridad y su afán de lucro, le aparecerá como la sede de la prepotencia y de la avaricia, el bastión del despotismo 'chape-tón'" (12). La historia se repite y muestra cuán variables y ambiguos son los principios defendidos. Buenos Aires se quejaba del centralismo e intermediarismo de Lima pero, cuando pudo, hizo lo mismo que criticaba, respecto a Montevideo. Esta, a su vez, que también intentaba librarse del yugo bonaerense, hacía otro tanto con la más débil campaña oriental.

Iniciado el siglo XIX los ingleses se lanzaron a la aventura del dominio directo sobre el Plata. Aprovechando la ineptitud del Virrey Sobremonte desembarcaron el 24 de junio de 1806 en las cercanías de Buenos Aires. Ante una casi nula resistencia se encontraron en la capital, incluso con algunos adeptos (Castelli entre otros). Mes y medio después Montevideo organizó una exitosa expedición de reconquista; aunque el 2 de febrero de 1807 los ingleses entraban en Montevideo con el objeto de bloquear la capital virreinal. Un fallido ataque a ésta-el 7 de julio-les obligó a retirarse

de la zona. Entre las principales consecuencias, estuvieron el haber dejado a Montevideo lleno de mercancías inglesas y haber difundido ampliamente los ideales liberales. Poco después, la crisis económica obligaría a España a autorizar el comercio con los británicos. En ese momento dos grandes problemas aquejaban a la región: el monopolio comercial español y la propiedad de la tierra y el ganado, que fomentaban las incursiones portuguesas; hasta hubo una invasión lusa. La mayor parte del territorio pertenecía a latifundios y realengos muy mal explotados.

Las invasiones napoleónicas en España provocaron las primeras desavenencias entre los criollos y españoles en Montevideo; aquéllos comenzaban a vislumbrar la posibilidad de formas más autónomas, que el futuro movimiento juntista bonaerense confirmaría. Al disolverse la Junta de Sevilla, el Cabildo de Buenos Aires estableció su propia Junta de Gobierno que pretendería gobernar sobre el territorio virreinal. Montevideo la desconoció y siguió como la última fortaleza española en el Plata. En un Cabildo Abierto del 1° de junio de 1810 se supeditó el reconocimiento de la Junta a la aclaración de su posición respecto a Fernando VII y el Consejo de Regencia. En el interior, algunos lugares sí se habían adherido al movimiento bonaerense pero Montevideo sometió por la fuerza a toda la Banda Oriental. La situación española les obligó a fijar contribuciones y esfuerzos extraordinarios para auxiliar a la metrópoli y sostener el bloqueo a Buenos Aires. La insatisfacción se desbordó ante esta situación de guerra y explotó en el grito de Asencio. En este levantamiento, Ares Pons distingue dos revoluciones super-

puestas: contra España (explícita) y contra las clases altas de la ciudad-puerto (implícita) (13).

I.2.- LA DECADA ARTIGUISTA: 1810-1820

Intentaremos ahora un breve esbozo sobre los principales acontecimientos de la década artiguista, debatida entre la sangre y las traiciones, gestos solidarios y heroicos, que irán siendo las semillas de la futura nacionalidad uruguaya. Sin duda, en este período, Artigas fue el centro de la región -comprendida entre el Paraná, el Plata, las Misiones y Río Grande del Sur- según lo atestiguan las fuentes documentales y los estudios historiográficos. No es que pretendamos hacer una historia personalista, pero el objetivo de la tesis nos conduce a ver el proceso independista de la Provincia Oriental alrededor de la figura artiguista. El abanderó una época caudillesca donde la voz de los sin voz buscó hacerse oír a través de los caudillos. Ellos eran los autorizados a hablar por el pueblo que sólo se pronunciaba en las asambleas y el rugir de las batallas.

En la revolución rioplatense se apreciaron con claridad los más grandes egoísmos de clase y, a la vez, los mayores idealismos; todo en uno y otro bando. Fue un momento de profundos extremismos y desesperadas búsquedas de concertación; unos no podían caminar sin otros. Artigas estuvo en ambos polos sin dejar de ser nunca un hombre de diálogo que buscaba, inspirado en un americanismo federalista, la autonomía de su provincia y el funcionamiento de una liga confederada de provincias cercanas y semejantes.

I.2.1.- PRIMEROS AÑOS DE JOSE ARTIGAS

Entre 1724 y 1730 Zabala fundó Montevideo ante la oposición de los comerciantes bonaerenses. La necesidad de frenar el avance portugués era grande; llegaron para ello familias de Buenos Aires y las Canarias entre las que estaba la de Juan Artigas, abuelo de José. Era un ex-soldado aragonés cuya esposa tenía sangre inca; fue cabildante y capitán de milicias. Su hijo Martín, padre del libertador, tuvo una vida similar en cuanto a cargos públicos y militares por más de cuarenta años.

José nació el 19 de junio de 1764. Sus primeros años los transcurrió en el medio urbano donde estudió en un colegio franciscano al que concurrían las familias patricias de Montevideo. Es importante recordar que este sector social aquí no tenía las ínfulas del porteño; sus integrantes provenían de orígenes mucho más humildes.

A los quince años ya iba a trabajar a la chacra de su padre. Amó el campo donde empezó a conocer el carácter de sus futuros compañeros de lucha. Participaba en la compra-venta de ganado y en faenas clandestinas; todo esto le fue ayudando a templarse y adaptarse a las privaciones de la vida a la intemperie. Se interesaba también por el pensamiento enciclopedista.

En 1797, acusado de contrabando, se incorporó al cuerpo de Blandengues -unidad de caballería actuante en la campaña- que cuidaba la frontera y la seguridad de los campos. Era una vida dura; allí desarrolló una brillante carrera por su audacia y adaptación a las circunstancias, hasta alcanzar el grado de Capitán (1810). Los hacendados le tenían gran confianza y por eso le seguirían en el

levantamiento de 1810; también confiaban en él gauchos, indígenas y peones. Se casó a finales de 1805 con una prima y a los pocos meses fueron las invasiones inglesas. El rechazarlas creó confianza en sí mismos entre los criollos; Artigas participó destacadamente en la defensa al igual que en la anterior invasión portuguesa. En un extremo de caracterización, Pivel Devoto apunta que "Así se perfila Artigas, en estas horas finales del régimen español. Como un Cid, al frente de la mesnada propia, reconquistador de tierras, defensor de derechos ultrajados, amparo de débiles. Y también como el Cid, vasallo leal, pero sin mengua de su dignidad y albedrío"(14).

Importante, y decisiva para sus futuras tareas, fue su participación en el plan para el arreglo de los campos con el multidisciplinario español Félix de Azara. Artigas le ayudó en un proyecto que contemplaba la fundación de pueblos fronterizos y el desarrollo rural, pero los cambios políticos virreinales sellaron el fracaso del plan. Luego Elío le nombró Comandante General de la Campaña y le facultó para repartir tierras; así de ayudante pasó a ser ejecutor.

En febrero de 1811 desertó del ejército español y ofreció su espada a la Junta de mayo. Entre las causas de esa deserción del regentismo podrían citarse la creciente protesta del medio rural por las medidas del gobierno montevideano, las ideas liberales que Artigas había estado madurando, un incidente con el brigadier español Muelas. En ese momento el libertador era un hombre asentado, con más de 45 años, de los que había pasado quince al servicio de la Corona, por lo que su decisión no debe haber sido precipitada

sino influida por el medio en que se desenvolvía.

I.2.2.- MONTEVIDEO BAJO SITIO: ARTIGAS AGLUTINA UNA INCIPIENTE
NACIONALIDAD

En mayo de 1810 comenzó en Buenos Aires el proceso emancipador del sur de América. Este movimiento fue iniciado y encabezado por la oligarquía criolla bajo influencia inglesa. Saavedra fue la cabeza de la Junta Provisional Gubernativa de las Provincias de la Plata, y Moreno el secretario. Este realizó un "Plan de operaciones" destinado a expandir y consolidar la revolución por medio del terrorismo y la propaganda. Fue importante la presión inglesa para que los juntistas no declararan la independencia, en una posición de constante ambigüedad al respecto. La Junta envió tropas al Alto Perú y a la Banda Oriental para difundir sus ideas.

En los pagos y pulperías orientales se agrupaban los voluntarios bajo la égida de sus caudillos; todos bajo Artigas y Rondeau. Eran unas pequeñas células comunitarias dentro de una gran comunidad; un orden social en otro. El "ejército nuevo" artiguista -unido por el sentimiento antigodo- lo componían desde hacendados hasta "hombres sueltos", pasando por toda la gama de habitantes de la campaña. Todos alrededor de alguien en quien confiaban aunque las metas -como se vería pronto- fueran diferentes. El medio rural desafiaba a la ciudad-puerto monopolista y se unía en un hombre, no en un ideal; eso vendría después. A diferencia del proceso bonaerense, encabezado por la oligarquía criolla, el oriental fue popular y rural desde el inicio (15) con el grito de Asencio (27 de febre-

ro de 1811).

Desde la primera proclama revolucionaria hecha por Artigas en Mercedes (11 abril 1811) las fuerzas orientales obtuvieron rápidas victorias. Un enfrentamiento decisivo inmediato fue en Las Piedras (18 mayo), donde el ejército regentista salió derrotado de su cuartel general para amurallarse en la capital. A partir de ese momento la campaña era artiguista; tres días después inició el sitio de Montevideo bajo el mando de Rondeau. La proclama de Mercedes había sido acogida con entusiasmo y manifestaba una total adhesión a la Junta de mayo. En una carta posterior a la Junta Gubernativa del Paraguay (7 diciembre 1811), Artigas especificaba cómo la gente que se le unió no eran sólo marginados rurales sino también hacendados acomodados que dejaban todo para arriesgar sus vidas. A partir de allí, a causa de las batallas y el abandono de la tierra por el paisanaje, empezaría también la destrucción de la provincia.

En tanto, la Junta se deterioraba y Elío, virrey del Plata, pedía ayuda a los portugueses. Ante esta invasión lusitana (pregonada con propósitos pacificadores), las derrotas de los ejércitos juntistas en Alto Perú, y tal vez por temor a que creciera demasiado la influencia de Artigas, el Triunvirato porteño buscó un acuerdo con los españoles. A todos convenía levantar el sitio, menos a los orientales. Sólo así pudo ser explicable el armisticio cuando los hispanos estaban derrotados. Intentaron convencer sin éxito a Artigas, pero fue la primera ruptura entre el libertador y Buenos Aires.

Esta paz (20 octubre 1811) era negativa para los orientales que debían restituir todo lo ganado. En dos asambleas (Vidal y la Paraguaya), con todos sus jefes presentes, decidieron levantar el sitio por razones estratégicas, pero no abandonar nunca la guerra contra los españoles; nombraron a Artigas como Jefe.

Comenzó aquí otro capítulo fundamental de la lucha, el llamado "éxodo", que vio el surgimiento de los orientales como colectividad. Los paisanos lo llamarían la "redota" (derrota). "Surgía así a la vida política, en los primeros actos del ejercicio de su soberanía, una entidad social autoconsciente de su carácter y de su destino, el 'pueblo reunido y armado', como dirá Bauzá, y se daba 'un gobierno inmediato' en la persona de su caudillo José Artigas" (16). Complementa Zum Felde esta afirmación respecto al pueblo oriental, al señalar que "El caudillo encarna su voluntad, su necesidad, su ley, su destino: el centro de la nacionalidad estará donde él esté. El éxodo del pueblo oriental es un fenómeno social, no político ... Los caracteres comunes que identificaron a los diversos elementos de la población rural, determinan en ellos un sentimiento colectivo de nacionalidad; pero la nacionalidad no es la tierra, no es el suelo, es la asociación, es la entidad humana" (17).

En esta emigración voluntaria surge entonces un aspecto y una parte de la futura nacionalidad uruguaya, aglutinada y personalizada, ayer y hoy, en su Jefe. Dejemos también la palabra a los contemporáneos: los jefes del ejército oriental escribían al Cabildo de Buenos Aires (27 diciembre 1812) sobre su pueblo, que "... abandonado a sí solo, y que, analizadas las circunstancias que le rodeaban, pudo mirarse

como el primero de la tierra, sin que pudiese haber otro que reclamase su dominio ... celebramos el acto solemne, sacrosanto siempre, de una constitución social, erigiéndose una cabeza en la persona de ... Artigas ..." (18).

Por el armisticio con el gobierno regentista, Rondeau abandonó la Banda y Artigas fue designado por el Triunvirato, Teniente Gobernador del Yapeyú (Misiones). Al dirigirse a cumplir su deber era seguido -al inicio contra su voluntad- por el pueblo oriental que veía en él su única seguridad. Fue un episodio raro en la historia ya que normalmente el pueblo se aglutina alrededor de su caudillo en la victoria. El libertador se quejaba que la gente que se le unía le retrasaba en la marcha, y que eran ellos quienes le buscaban; más adelante escribiría que no deseaba a nadie forzado. Muchos apologistas sostienen lo contrario al afirmar que Artigas seguía al pueblo; mientras al inicio fue al revés. Así, toda la situación y el surgimiento de esa incipiente nacionalidad se gestaron espontáneamente.

Con el éxodo se estrecharon las relaciones de las distintas clases sociales entre sí, también respecto a las milicias y con su jefe, a quien veían como superior, pero dentro de su mismo tipo, especialmente los pobres. Llegaron a juntarse varios miles de personas. Los enfrentamientos con los portugueses se sucedieron, a raíz de lo cual se estableció el campamento del Ayuí (diciembre 1811). El lugar ayudó al establecimiento de relaciones sólidas con las provincias vecinas, lo que sería decisivo para el futuro federalismo regional. Este acercamiento contrastaba con el progresivo alejamiento de Buenos Aires, cada vez con mayores pretensiones hegemónicas.

A la vez, el pueblo oriental se unía siempre más en torno a su caudillo, con un apoyo que no era incondicionado sino que debía ser constantemente renovado con diálogo y acuerdos.

En noviembre de 1811 Elío se fue a Europa y declaró abolido el virreinato. En enero del año siguiente, el gobernador de Montevideo, Vigodet, declaró la guerra a Buenos Aires. Poco después, con el tratado Rademaker-Herrera, Portugal retiraría sus tropas del territorio oriental.

I.2.3.- FEDERALISMO ARTIGUISTA

En junio de 1812 Buenos Aires nombró a Sarratea jefe del ejército que operaba en la Banda Oriental, quien en seguida comenzó a sembrar división y traición en las tropas artiguistas. Su correspondencia con Artigas fue cada vez más dura hasta que lo declaró "traidor a la patria". La meta era que el ejército oriental se sujetara totalmente al bonaerense, lo que originó repetidas protestas y negociaciones con el gobierno porteño. El prócer, mientras tanto, intentaba sin éxito que el Paraguay se incorporara al "sistema de América". Finalmente el 25 de diciembre de 1812, con el conocido documento de la "Precisión del Yí", Artigas puso condiciones para incorporarse al segundo sitio de Montevideo, iniciado el 1° de octubre.

Hagamos un paréntesis hacia la situación bonaerense. En octubre del 12 fue derrocado el primer Triunvirato y se instaló un segundo, que decidió convocar una Asamblea General Constituyente, que iniciaría sus sesiones en Buenos Aires el siguiente enero. Por tres años había gobernado el patriciado criollo; su política era liberal hacia afuera

y monopolista para el comercio interno. Las otras provincias que no podían competir con los productos ingleses, de quienes los porteños eran intermediarios, provocaron esta revolución de octubre como defensa a su localismo.

Artigas convocó al pueblo oriental para decidir si participar y prestar juramento a dicha Asamblea General. Se eligieron diputados para el primer congreso de la Provincia Oriental que inició en abril del 13; allí se planteó el plan político del artiguismo. El libertador conocía bien el sentir de su gente y a ello le aunó su visión política.

El congreso lo inauguró el propio Artigas con una oración el día 5, en la que exhortó a los orientales a ser constantes en el sacrificio. Aludió también a que era la segunda vez que hacían uso de su soberanía (en referencia a las asambleas de septiembre y octubre de 1811 en que decidieron marcharse del primer sitio). Aconsejó con éxito reconocer la Asamblea por pacto, lo que equivalía a condicionar el reconocimiento a la sustitución de Sarratea y la creación de una confederación ofensiva-defensiva de las Provincias Unidas, donde todas serían libres y autodeterminadas.

Posteriormente, eligieron seis diputados para que los representasen en la Asamblea a partir de una serie de instrucciones que les dieron. Entre ellas destacaban las ideas federal y de autonomía provincial (en gran disputa con la unitaria porteña), y la de exigir la independencia de España, que Buenos Aires postergó hasta 1816 por conveniencia diplomática. Pedían también un sistema republicano (en contraposición a las ideas monárquicas bonaerenses), el libre comercio interprovincial (para algunos autores era proteccionismo) y la equi-

paración de todas las provincias. En todo este proyecto político era indudable la influencia constitucional norteamericana, pero la originalidad estuvo en adaptar esas ideas a una realidad concreta.

El 20 de abril se volvió a reunir el congreso en Tres Cruces, donde Artigas expresó la necesidad de instalar un cuerpo municipal que administrara la economía de una campaña en ruinas. El mismo fue nombrado Gobernador Militar de un gobierno provisional centralista que se instaló en la Villa de Guadalupe de los Canelones. Las directivas fundamentales del Gobierno Económico fueron tres: reestructurar las fuentes de producción, reorganizar las rentas y restablecer el comercio interno (19). Puede concluirse que, a pesar de haber durado sólo siete meses, tuvo aportes positivos el que fue el primer gobierno oriental. Incluso, en el mismo 1813 se hizo también un proyecto de constitución para la Provincia, entonces formada por veintitrés pueblos.

Con el pretexto de una elección incorrecta los diputados orientales fueron rechazados de la Asamblea General; sin embargo, la verdadera razón estaba en las ideas federales y republicanas. La negativa originó diversas misiones y conflictos. A continuación Rondeau, jefe del ejército sitiador en Montevideo, designó arbitrariamente a otros representantes en un congreso celebrado en la Capilla Maciel (8 diciembre 1813). Este hecho causó mucho malestar en Artigas pues los diputados a ese congreso no habían pasado antes por su alojamiento ni examinado las instrucciones de abril. Se habían saltado su autoridad y los principios políticos aprobados por el pueblo. El libertador se retiró del sitio pocos días después, apenas comenzado el 14, para trasladarse hacia el norte a Belén. En ese período, malinterpretando

su actitud, hasta los españoles trataron de atraerlo a su lado.

La ruptura y guerra con Buenos Aires era total: las fuerzas orientales permitieron el paso de buques españoles por el litoral del río Uruguay y, más adelante, decretaron la incomunicación bonaerense. El Director Supremo Posadas -había sustituido al segundo Triunvirato- declaró a Artigas traidor de la causa americana y enemigo de la patria; su cabeza ya tenía precio. A pesar de ello las fuerzas porteñas serían derrotadas por los artiguistas.

Alvear, ante la victoria segura de los sitiadores, había sustituido a Rondeau y su estrella brillaba como el máximo líder criollo. El dominio bonaerense sobre Montevideo duraría del 23 de junio del 14 hasta el 25 de febrero del siguiente año, en medio de persecuciones a los sospechosos de artiguismo o españolismo. A la vez, sectores importantes del patriciado montevideano empezaban ya a desertar del bando de Artigas.

El jefe porteño representaba lo foráneo, lo oligárquico, lo monárquico. En esa época abundaron los intentos por buscar un monarca para las Provincias Unidas en Europa y América del Sur; Belgrano, Rivadavia, Sarratea y García encabezaron sendas misiones al respecto, en medio de una constante ambigüedad hacia la candidatura de Fernando VII. Desde un inca a un español exiliado en Italia se abrió el abanico de candidatos para monarca platense. En tanto, Fernando había sido restaurado en el trono en julio del 14, y su aliada Inglaterra se comprometía a no apoyar a los juntistas.

En agosto de 1814 se dictó un decreto que rehabilitó a Artigas como "buen servidor de la patria", aunque el Directorio planeaba por

detrás acciones contra él. Sin embargo, se sucedieron las victorias artiguistas hasta que su ejército entró triunfal en Montevideo; era el momento de su máximo apogeo. Estableció residencia en Purificación, meseta del Hervidero, punto central entre las provincias de la Liga Federal que lo nombraron "Protector de los Pueblos Libres"; más que un jefe era un guía. Desde allí Artigas las protege y, a la vez, gobierna la Provincia Oriental. Todos esos movimientos hacia el noroeste, desde el éxodo, habían hecho que el libertador se vinculara más a las provincias de la región y difundiera el federalismo.

El centralismo buscado por Buenos Aires no era, como otros americanos, inspirado en una visión pragmática de la realidad, sino que perseguía un mayor control y explotación del interior a su favor. Ante ello el único recurso de las provincias era unirse e integrarse.

Artigas llamaba al federalismo el "sistema de los pueblos libres"; cada provincia sería autónoma y todas establecerían una confederación de mutuo apoyo. Buscaba la unidad rioplatense dentro de un "sistema americano". La patria eran las Provincias Unidas mientras que la soberanía se integraría en sucesivos niveles: pueblos, provincia y confederación (20). "En la cúspide del sistema, Artigas ejercía sus funciones de 'Protector' con el carácter de una magistratura suprema, trazando las grandes orientaciones políticas y de la administración; resolviendo los asuntos elevados a su consulta por los gobiernos provinciales o fallando en las causas venidas en apelación, dentro del más clásico estilo hispánico, donde no falta junto a la autoridad del decreto, el consejo o la admonición estimulante. Mantuvo, en todos los casos, un amplio respeto a las autoridades provinciales ..." (21).

Igual haría en el gobierno de la Provincia Oriental con la autoridad de los cabildos.

No faltaron las defecciones en el flanco federalista, alentadas principalmente por los porteños, lo que impidió que este sistema se extendiera más allá del Paraná. Hubo también medidas para estimular el comercio interprovincial, la producción artesanal y permitir el comercio con buques extranjeros en el Plata. Los puertos orientales, en especial Montevideo, daban a las demás provincias (Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe y Córdoba) la oportunidad de comerciar con el exterior sin ser explotadas por Buenos Aires. Al caer Montevideo en manos portuguesas, luego Colonia y Maldonado, las provincias se vieron forzadas a recurrir a la antigua capital virreinal. Artigas ante ello debió suspender el bloqueo al puerto bonaerense, que a su vez cerraba el Paraná. Estos factores fueron decisivos en la ruptura de la unidad provincial.

Respecto al gobierno artiguista en la Provincia Oriental, la acogida a las tropas orientales en Montevideo (febrero 1815) había sido triunfal en la superficie, pero temerosa y expectante en el fondo. Pronto se confirmarían las sospechas del patriciado montevideano. Otorgués, en medio de algunos excesos, fue el Gobernador Político y Militar de Montevideo y ejerció el poder junto al Cabildo. Los conflictos se sucedieron ininterrumpidamente hasta que Artigas lo sustituyó, en busca de conciliación, con su delegado político Miguel Barreiro. Los grupos dominantes se resistían a perder sus privilegios y a ver surgir las clases inferiores; esta misma oligarquía, que ahora debía ser prudente, se vengaría más adelante aliándose a las intrigas porteñas y portuguesas.

El gobierno provincial era ejercido por Artigas, el Cabildo y Ortoqués, lo que implicaba demasiadas cabezas para un poder; aunque el verdadero centro estaba en el prócer. La latente amenaza de reconquista española obligó a Otorqués a fijar medidas económicas y militares que causaron mucho descontento. Lo esencial era eliminar a los potenciales enemigos internos -hispanos y malos americanos- para mandarlos a Purificación, pues no se podía garantizar su seguridad. La medida establecida marcó que, si no se presentaban en uno o dos meses, se les confiscarían sus bienes; pero la mayoría de los españoles y hacendados "sospechosos" se habían ido a Buenos Aires o al sur del Brasil.

El Cabildo retardó siempre el cumplimiento de estos bandos, lo que provocó reiteradamente protestas y amenazas de Artigas. Incluso, lanzaron un bando que contradecía sus disposiciones.

En lo político, la inquietud iba dirigida a respetar las autoridades locales, aún si en desacuerdo. Se estableció la participación de electores del interior para elegir al Cabildo Gobernador de Montevideo, que tenía jurisdicción sobre toda la provincia. También hubo la primera subdivisión del territorio en departamentos.

Lo económico -muy ligado a lo social- se plasmaría en el Reglamento agrario y en la libertad de cambio. Se eliminaron trabas aduanales para el comercio interregional a fin de integrar un mercado común.

El 9 de julio de 1816 Buenos Aires, gobernado ahora por el Director Pueyrredón, convocó un nuevo congreso de las Provincias Unidas en Tucumán donde se declararían formalmente la independencia.

Las tendencias dominantes para la nación libre eran monárquicas constitucionales, mientras el centro se desplazaba hacia el interior (Tucumán) en un presagio de lo que cuatro años después sería inevitable. Luego de la caída de Alvear, se le propuso a Artigas la independencia oriental, lo que rechazó por considerar que así se aislaría de la integración regional. Al fallarle esta táctica a la oligarquía porteña, e incapaz de triunfar por las armas, se refugió en las ambiciones portuguesas (22) y en el patriciado montevideano.

I.2.4.- REGLAMENTO PROVISORIO AGRARIO: ARTIGAS DEFIENDE A LOS
"INFELICES"

Este punto merece un apartado propio por la gran importancia que posee como reflejo del pensamiento artiguista. Al remontarnos a los orígenes del problema, vemos que la política agraria española consistía en " ... promover la producción agrícola y ganadera como fundamento de la propiedad según ilustra ... la Recopilación de Leyes de 1680, cuya ley segunda prescribía el término de tres meses para que, dentro del mismo, se iniciaran las labores y cultivos o tareas ganaderas, en su caso, por parte de los beneficiarios, so pena de pérdida de los terrenos adjudicados" (23). Además, existía un condicionamiento contra el latifundio en la limitación de propiedades para cada individuo.

Estas medidas, muy positivas, resultarían nulas en la práctica. Las tierras adjudicadas por repartimiento o merced real comenzaron a ser acaparadas y a prohibirse el establecimiento a los más desposeídos. Para ello, los terratenientes tenían poderosas organizaciones gremiales y el dominio de los cabildos. El gobierno español, a inicios del XIX, había intentado sin éxito distintos planes de arreglos para los campos con Félix de Azara, Antonio Pereira, Jorge Pacheco, Joaquín de Soria y Miguel Lastarria. El objetivo era repartir tierras en la frontera, crear allí poblados y garantizar orden en el interior para combatir el contrabando y los ataques de bandidos. Pero la concretización causó conflictos con los hacendados quienes se negaban a pagar las contribuciones exigidas por el virreinato. Por otro lado, estos planes ponían en peligro la posesión de sus tierras ya que

muchos no las tenían regularizadas.

En 1815 la situación económica de la Provincia Oriental era penosa a causa de las invasiones inglesas y portuguesas, la larga guerra de independencia y combates contra el ejército porteño. Pocos propietarios y peones la habitaban, las casas estaban destruídas y el ganado escaseaba; el contrabando se enseñoreaba. Se hacía urgentemente necesaria cierta estabilidad, por eso Artigas quiso poblarla y hacerla productiva. En su concepción fueron fundamentales las anteriores experiencias con Azara y Elío. Hubo también mucha correspondencia entre Artigas y el Cabildo de Montevideo en los meses previos a la sanción del Reglamento; además, el libertador hizo reunir previamente a los hacendados bajo la presidencia de Rivera y posteriormente escuchó a dos comisionados.

Los temas abarcados en este "Reglamento provisorio para el fomento de la campaña y seguridad de sus haciendas" (10 septiembre 1815) pueden ser agrupados dentro de aspectos económicos, administrativos, judiciales, sociales y policiales. Todos en torno a la cuestión agraria.

En cuanto a las tierras disponibles, resultaban de aplicar un criterio que contemplaba la seguridad de la provincia y el realismo político. Serían las de "todos aquellos emigrados, malos europeos y peores americanos" (art. 12°)* que no hubieran sido indultados. Las expropiaciones eran sin indemnización, con alguna consideración para los casados (14°, 15°). Respecto a los campos abandonados, la

* En adelante sólo se pondrá el número de artículo entre paréntesis.

idea artiguista había ido desde el castigo político hasta la posterior expropiación a favor de los paisanos pobres. "Y en esta progresiva comprensión artiguista fue invaluable no sólo el curso de la inmediata historia sino, y principalmente, la enérgica necesidad social, cuyo portavoz fue la clase misma de los patriotas sin tierra. Fue, sin duda, comprender y adherirse a este curso lo que hace de Artigas el más glorioso y avanzado revolucionario que haya tenido Uruguay" (24).

Sobre los beneficiarios, "los más infelices serán los más privilegiados ... los negros libres, los zambos de igual clase, los indios y los criollos pobres" (6°); también las viudas pobres lo serían (7°). La correspondencia de Artigas con los cabildos, gobernadores, comandantes militares provinciales siempre fue un incentivo para esta línea de justicia. Había tres clases de bienes para adjudicar "graciosamente" (9°): tierra, ganado y una marca; la propiedad iba a ser según la concepción hispánica indiana, en función del uso y beneficio social. El objetivo era asimismo convertir al gaucho y a otros "hombres sueltos" en peones, y erradicar la vagancia. Se unían así las necesidades de orden y productividad. El Alcalde Provincial podía distribuir terrenos (1°) a la vez que el Cabildo Gobernador legitimaba las donaciones y las marcas (8°). Este trámite iniciaba con una denuncia del interesado que el alcalde y los subtenientes transformaban en posesión si era correcta (10°), sin esperar los dictámenes superiores.

Existían también obligaciones: imposibilidad de acumulación (17°), obligación de poblar y trabajar (11°), y una relativa in-

disponibilidad del bien ya que no se podía transferirlo, venderlo o especular (19°). Estaba prohibido exportar al Brasil y faenar hembras (24°) con la intención de recuperar el stock ganadero.

La seguridad de la campaña era un indispensable corolario para realizar el resto. Se proponía crear un grupo armado bajo las órdenes del alcalde a fin de combatir a vagabundos, delincuentes y desertores (25°); además de un control de los hacendados sobre la peonada (27°). La justicia sería administrada por Artigas o el Cabildo (27°, 29°).

El principal objetivo consistía en arraigar a la población dispersa para convertirla en pequeña y libre propietaria; con ello se recuperaría la producción ganadera e incrementaría la de los rubros básicos. Así, los luchadores de la patria en la guerra la levantarían también en lo económico; la concepción artiguista de propiedad social contrastaba con la liberal de propiedad privada.

Un segundo objetivo radicaba en favorecer a los desposeídos y proteger a la familia. Con el orden en el medio rural se quería garantizar el cumplimiento de todos los proyectos.

Estas medidas iban contra los intereses del patriciado montevideano y porteño que secretamente tramaban ya la segunda invasión portuguesa. El Cabildo Gobernador, ante la indignación artiguista y popular, obstaculizó la aplicación del Reglamento mientras los marginados solicitaban sus tierras; otros paisanos, en cambio, no se acostumbraban a cambiar su nomadismo. Los conflictos sociales se agudizaban pues los propietarios temían que las siguientes tierras a ser tomadas, después de las confiscadas, fueran las suyas.

Efectivamente, pronto comenzarían a ver invadidos sus terrenos; la creciente toma de conciencia popular hacía peligrar el reconocimiento de la propiedad privada. Además, la radicalidad de Artigas no distinguía ni entre sus propios oficiales y recurría a amenazas y acciones de fuerza para realizar los repartimientos (25). "Es evidente que el Jefe de los Orientales trató de organizar un nuevo orden económico y una nueva estructura social, fundándolas en lo que consideraba, el 'más precioso tesoro del país', la ganadería..." (26).

A pesar de las dificultades, en los siete meses de aplicación, existieron concesiones y modificaciones en la campaña. Sin embargo, los gobiernos independientes del futuro Uruguay se encargarían de anular esas donaciones en favor de las españolas y portuguesas.

I.2.5.- LA INVASION PORTUGUESA; DERROTA DE ARTIGAS

Estas invasiones se iniciaron como portuguesas y finalizaron con tintes brasileros, pues en el ínterin se independizó pacíficamente el vecino país. Fueron hechas no sin importante complicidad -directa e indirecta- del gobierno porteño y el patriciado montevideano.

En agosto de 1816 Portugal, ante la oposición de Artigas, invadió lo que ellos llamaban la Provincia Cisplatina. En enero Montevideo cayó en poder lusitano guiado por Lecor; en noviembre del 16 los orientales habían declarado la guerra al Directorio encabezado por Pueyrredón. Así la lucha era en dos frentes.

Las batallas nunca cesaron durante la dominación luso-brasilera;

el territorio siempre estuvo en disputa. Los portugueses controlaron fuertemente la burocracia montevideana, a la par que abrieron el puerto al libre comercio ante el beneplácito inglés y de los saladeristas riograndeses, que desplazaban a los comerciantes locales. A pesar de ya no contar con Montevideo, los orientales y las fuerzas federales se reorganizaron alrededor de Colonia y Maldonado, hasta que también éstos fueron tomados. Aun así en el medio rural la resistencia continuó. Apenas en 1820, con la derrota artiguista, los ocupantes controlarían también el interior.

Dentro de las filas insurgentes, además de las traiciones, abundaron las discordias sobre el acercamiento a Buenos Aires. Sin embargo, la táctica artiguista fue muy audaz y, con la utilización de métodos guerrilleros, llegó a atacar a los portugueses en su propio territorio. La lucha fue a muerte; si no existiesen hombres se continuaría con perros cimarrones, decía el libertador. Se sirvió Artigas de corsarios a los que expidió patentes y reglamentos; hasta escribió a Bolívar para que los protegiera. Ellos fueron útiles pues causaron importantes daños al comercio luso.

Las disputas con Buenos Aires, en esta segunda fase de luchas, habían comenzado desde el año 15, cuando ese gobierno inició una serie de ataques a las provincias federales a la vez que se atraía a sus principales líderes. En un duro intercambio de correspondencia entre Artigas y Pueyrredón, se le criticó al Director su pasividad y falsa neutralidad ante los portugueses. El mismo prócer rechazó la misión Durán y Giró, por someter a la Provincia Oriental al Congreso de las Provincias Unidas y al Director Supremo: la necesidad

no sería nunca tan grande como para sacrificar la soberanía, decía.

En abril del 19 Pueyrredón dimitió e interinamente le sustituyó Rondeau; Artigas intentó negociar con su "compadre, tocayo y amigo" bajo la condición de declarar la guerra a Portugal. Sin éxito en la tratativa, el libertador se mantuvo coherente y digno al no renunciar a los principios de autonomía por la conveniencia de mantener la paz en un frente, como era el porteño.

En febrero de 1820 Rondeau sufrió en la cañada de Cepeda una derrota decisiva contra las fuerzas federales de López (Santa Fe) y Ramírez (Entre Ríos); Sarratea fue elegido gobernador de Buenos Aires. Con las tropas montoneras en la puerta de la capital, se firmó un desesperado tratado en la capilla del Pilar (23 febrero 1820) entre las tres provincias. Allí se establecían la voluntad provincial federal, a confirmarse por los diputados de los pueblos, y el cese de las hostilidades. Se alegaba también, falsamente, que Ramírez aseguraba la conformidad de Artigas con lo acordado, invitándose al libertador oriental a unírseles. Artigas rechazó el arreglo por antifederal (dividía a las provincias), criticó acremente a Ramírez por traición y el 24 de abril contestó con el Pacto de Avalos entre la Provincia Oriental, Corrientes y Misiones. Las tres se comprometían a continuar la guerra por la libertad e independencia de las provincias bajo el mando artiguista, pero los sucesivos fracasos sellaron la inviabilidad de este acuerdo. El 22 de enero del mismo año los portugueses habían obtenido una victoria decisiva en el río Tacuarembó y la provincia se volvió Cisplatina. Tampoco existía ya la amenaza española gracias a la sublevación de Riego en Cádiz.

A pesar de las sucesivas derrotas, el libertador seguía gozando de simpatía entre los más débiles, según testimonios de la época. La debacle militar estuvo, sin embargo, acompañada por el triunfo del ideario federalista con Ramírez y López. En la década posterior las dos potencias del sur de América, con la mediación inglesa, acordaron renunciar a sus ambiciones sobre la Provincia Oriental para convertirla en un territorio neutral. Gracias a la diplomacia extranjera los orientales se encontraron independientes en 1828. Señala Zum Felde que la palabra "patria" no figuraba en ningún escrito o discurso hasta 1830, sólo se hablaba de país y provincia. La libertad era entendida entre los orientales como autonomía e integración con las Provincias Unidas con quienes tenían grandes afinidades. La debilidad era total y la inseguridad frente a los dos vecinos mayor, por lo que la continuidad de la República Oriental del Uruguay dependía de su habilidad para mantener el apoyo británico y oscilar equilibradamente en la región.

I.2.6.- DESTIERRO PARAGUAYO

Los últimos años de Artigas tuvieron un tinte muy especial e inesperado para alguien que vivió tan intensamente el período anterior, de casi cincuenta años. El 5 de septiembre del 20 Artigas, al cruzar el Paraná, restituyó su último dinero para los prisioneros orientales en Río de Janeiro y se entregó al comandante paraguayo de Itapúa.

Un testigo de la época señalaba que el prócer estaba "Desengañado de las defecciones, traiciones e ingratitudes de que había sido objeto y víctima, pide siquiera un bosque donde vivir, confiando en la generosidad y en la hospitalidad del pueblo amigo en donde tuvo resonancia simpática su nombre" (27). El mismo Francia escribía en 1821 que "Artigas, reducido á la última fatalidad, vino como fugitivo ... Era un acto no sólo de humanidad, sino aun honroso para la república el conceder un asilo á un jefe desgraciado que se entregaba" (28). Sin embargo, el libertador pedía asilo -que le fue negado- también para sus hombres en las Misiones, centro de su estrategia, influencia y política federal. Acerca de este episodio la historiografía uruguaya se encuentra dividida entre quienes piensan que la intención de Artigas era rearmar sus fuerzas, y los que ven al prócer desalentado y decidido a suspender su lucha.

El Doctor Francia lo aceptó como asilado, le dio tierras pero lo incomunicó por temor pues quería mantener al Paraguay aislado de las convulsiones revolucionarias del Plata y de las ambiciones portuguesas. Además, no habían sido pocas las discrepancias y hostilidades pasadas (Artigas conspiró contra el Supremo) entre ambos lí-

deres. Nunca llegaron a verse personalmente a pesar de las reiteradas insistencias artiguistas para un encuentro. Francia lo temía, lo respetaba, pero probablemente no tenía un buen concepto de él.

El 16 de septiembre de 1820 Artigas, escoltado y sin su gente, llegó a Asunción, donde fue alojado en una celda del convento mercedario. A pesar del aislamiento recibía a diario la visita de un emisario del Doctor y la del Prior, para asegurarse que no le faltara nada. Ante el deseo de tener otro tipo de vida fue enviado el 25 de diciembre a la lejana villa de San Isidro de Curuguaty, cerca de la frontera con el Brasil. Allí se dedicó a la agricultura en medio de la austeridad y el silencio. Se atestigua que continuaba su tradición de favorecer a los pobres entre quienes repartía sus pertenencias y era muy apreciado.

En 1832, el presidente uruguayo Fructuoso Rivera intentó una gestión indirecta de repatriación artiguista por medio del gobierno correntino, pero ni siquiera llegó a oficializarse. Ante un posterior intento el prócer se negó a regresar a su tierra entre honores. El mismo Ramírez lo había pedido anteriormente, con motivos opuestos, pues quería juzgarlo; Francia se lo negó.

Al morir el Supremo Dictador en 1840, Artigas fue inmediatamente encarcelado por precaución hasta que Carlos Antonio López asumió el poder. El lo llevó a vivir en Ibiray, cerca de Asunción, en terrenos de propiedad familiar. Fueron buenos amigos, e incluso en 1845 el libertador oriental aceptó ser instructor de un ejército paraguayo, para posteriormente renunciar al enterarse que era alistado para

combatir al federalismo de Rosas. Este episodio podría ser una prueba interesante sobre las intenciones de Artigas al rendirse en 1820. Si veinticinco años después, con más de setenta de edad, tuvo fuerzas y deseos para instruir a un cuerpo militar, no deja de ser extraño que antes sólo pensara en descansar con la labranza y los animales. El hecho que solicitara asilo en el territorio donde más influencia tenía, y junto a su gente, es otro dato significativo. Aunque no deja de ser cierta la gran desazón que atravesaba y la completa derrota de su ejército en ese momento.

Cinco años después, todavía con buena condición física, y luego de comulgar, fallecía.

Paradójicamente, Artigas atravesó dos éxodos contrapuestos en su vida: en el primero gran parte del pueblo lo acompañó, mientras en el segundo estuvo solo con su fiel ayudante negro, Ansina. También el final de sus días fue diferente al de otros muchos próceres, que murieron en batallas o en el poder. Esos años de dulce prisión, en contacto con la tierra y su entorno, eran sombras que contrastaban con las muchas luces que acompañaron la década en que guió la lucha emancipadora en el Plata. Sin embargo, incluso este período dejó una enseñanza de dignidad y coherencia a la altura de los años de lucha.

I.3.- ARTIGAS: PENSAMIENTO Y LEYENDA

En la actual historiografía uruguaya existe bastante concordancia sobre las características de la personalidad del libertador. Se destacan sus rasgos de sencillez, austeridad y coherencia de ideales con compromisos. Su larga vida en la campaña oriental le había permitido un profundo conocimiento del medio y los habitantes, de ahí que las masas rurales nómadas y desarraigadas, como los hacendados en un principio, vieran en él representada su seguridad y guía. Logró conjuntarlos gracias a su carisma y el respeto de que gozaba. Ese arrastre se debía a que "... conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quien le iguale en el arte de manejarlos. Todos lo rodean y todos le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miseria a su lado, no por falta de recursos sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones..."(29). Ese mismo sentimiento, según Rodó, perduraría de generación en generación.

El mutuo conocimiento con el pueblo se renovaba en cada consulta epistolar o de asamblea. Artigas demostraba en todo momento -muchas veces aún contra su conveniencia- el deseo de decidir grandes y pequeñas cosas a partir de dialogar con la base del movimiento. Precisa con justeza Ares Pons, que

"El carácter caudillesco de la autoridad de Artigas, del profundo ascendiente que su personalidad ejerció sobre el pueblo de la Banda Oriental y más tarde sobre todo el conjunto rioplatense, no quita la auténtica vocación democrática de este caudillo y de toda la corriente federal que lo reconoció como conductor. Debe tenerse en cuenta que la democracia, en a-

quellos días, no era algo establecido, sino algo que había que construir, partiendo de las ruinas del régimen colonial ..." (30).

Por otro lado, es importante tratar de tener una visión general de Artigas y no centrarse sólo en sus aspectos más positivos, que hoy día sería lo más fácil. Ciertamente, fue también plenamente un caudillo de su tiempo, en cuanto a enfocar actitudes o relaciones con tonos autoritarios y paternalistas. A la vez, se salía de la regla con sus consultas reiteradas o con las manifestaciones de clemencia hacia los vencidos. Indudablemente, si hubiera sido un héroe ficticio no podía haber perdurado hasta hoy con tanta fuerza. De algún modo, los países en determinados momentos siempre recuperan su memoria histórica y redimensionan todo, para poner a cada figura en su justo sitio.

De su austeridad y sencillez de vida pocas dudas quedan ya que varios viajeros nos dan testimonio. Muy conocido es el asombrado relato del inglés Robertson en su visita al campamento de Purificación: "El Excelentísimo Señor Protector de la mitad del Nuevo Mundo estaba sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de su rancho ... Lo rodeaba una docena de oficiales andrajosos en posición parecida ...". Concluye la descripción, al señalar que en medio del bullicio y de la gran responsabilidad como Protector, mantenía una calma desconcertante, como significando "vamos despacio, estoy de prisa" (31).

Por la misma época, el presbítero y erudito Larrañaga, en misión mediadora por conflictos del Jefe con el Cabildo, reafirma

esa imagen. Los "... recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general: su traje era de paisano, y muy sencillo ... Su conversación tiene atractivo, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y lleno de muchas experiencias tiene una previsión y un tino extraordinario" (32). Su carácter, muy propio de la difícil vida a la intemperie y en guerra, era de pocas palabras; también esa constante movilidad hizo que tuviera varios hijos en el camino. Seguramente una fuerte voluntad y convicción le empujaban a tanta actividad.

Pero su austeridad no era sólo material, en 1815 el Cabildo Gobernador de Montevideo quiso nombrarlo "Patrono de la Libertad de los Pueblos". Artigas se negó aduciendo que "los títulos son los fantasmas de los pueblos" y que sólo conservaría el de "simple ciudadano" (33).

Esta personalidad silenciosa, a la vez que avasallante, aportaba a las masas rurales algo de lo que carecían: una visión política, económica y social más amplia de su lucha; además de la seguridad que su liderazgo garantizaba. Artigas llegó -a través de la conjunción de varias ideas- a formular un modelo de sociedad, sí inspirado en formas republicanas de la época, pero sobre todo adaptado a la realidad que bien conocía. Un mérito suyo estuvo en sintetizar el progreso y la tradición, lo local y lo foráneo; no se encandiló con ninguna de las dos alternativas aún si fue radical en el equilibrio. La realidad misma se encargó de señalarle el programa de gobierno, y la mejor prueba de su efectividad está dada por la per-

durabilidad de su ideario e intuiciones sobre el destino oriental y americano.

En lo político, sus metas, a partir de la autonomía provincial platense -iniciada con la de sus villas- apuntaban a una confederación regional. Este sistema federal era parte de otro mayor -americano- ya que Artigas tenía una visión de conjunto del proceso emancipador del sur de América. Del núcleo local más pequeño se pasaba a una dimensión nacional, regional y continental. Durante algunos años logró transmitir este pensamiento a las provincias cercanas con lo que se agudizarían los enfrentamientos con la centralizadora y monárquica Buenos Aires.

Finalmente, sus ideas triunfaron aún si él fue militarmente derrotado. De sus escritos tampoco se deduce la intención de separar a la Provincia Oriental, por medio de su independencia absoluta, del bloque rioplatense. La autonomía y soberanía eran para Artigas la libertad; la unidad regional significaba la sobrevivencia y perdurabilidad. Habría dos niveles diferentes de poderes independientes: el nacional y el confederado. El primero, organizaría lo particular del territorio y el segundo, como gobierno supremo de la nación, se encargaría de los asuntos del estado a partir de su propia constitución.

Su republicanismo fue también decisivo para evitar que los planes monárquicos porteños se prosperaran. El otro factor que los detuvo fue la imposibilidad de conseguir en Europa al heredero para América, junto a las divisiones internas bonaerenses.

En lo económico, el libertador propugnó por una libertad de

comercio, de aduanas y de navegación; buscaba crear un mercado interregional con la protección e impulso del artesanado local. A las provincias, ahogadas por el alto costo a todo nivel del intermediarismo a que Buenos Aires las sometía, Artigas les ofreció tres puertos de mar para comerciar con el exterior. La posterior pérdida de ellos, en manos portuguesas, fue decisiva para que el prócer quedara solo.

Las ideas y aplicaciones políticas y económicas se dirigían a favorecer a los sectores sociales más marginados. No por ello se olvidaba de los hacendados y grandes comerciantes, a quienes sus medidas policiales protegían. Sin embargo, había en Artigas una profunda identificación con los "hombres sueltos" e indígenas que pululaban sin rumbo en la campaña; a ellos buscó convertir en pequeños propietarios independientes. Eran su principal apoyo y lógicamente debía, como medida política, fortalecerlos socialmente.

Artigas falleció en 1850 y el gobierno uruguayo repatrió sus restos en el 55, aunque sin excesivos homenajes. El presidente Flores, que había promovido el regreso, ya no estaba en el poder. Apenas en 1923 se levantó su monumento en la plaza principal de Montevideo, y hace unos años Buenos Aires le erigió una estatua.

Un personaje tan central en la identidad y nacionalidad de un pueblo, tan definido en la política social, no podía dejar de sufrir los avatares legendarios -fueran de color negro primero o blanco después- ni resultar indiferente. La derrota militar facilitó la tarea de los detractores.

Su ostracismo no fue sólo físico sino que por décadas la

historiografía platense lo denigró acremente. No era casualidad que la negra fama iniciara por mandato del gobierno bonaerense de Pueyrredón a un ex-colaborador del prócer, Pedro Cavia. Escribió un panfleto para desprestigiarlo ante emisarios norteamericanos en 1818, tildándolo de lobo devorador, azote de la patria y oprobio del siglo XIX. Anteriormente, los triunviratos y directorios habían sembrado esta semilla. Desde allí continuarían, por el estilo, Rivadavia, Alvear, Rivera, Lavalleja, Mitre, Sarmiento y muchos otros. Pocos hombres han merecido tantos adjetivos, aunque fueran negativos: bandido, bárbaro, feroz, sanguinario, perseguidor, anárquico, hipócrita, señor feudal. Una historia de Cambridge en 1949 lo catalogó de bandido y degollador (34).

No faltaron tampoco, quienes lo rescataron, en un lento proceso de reivindicación, a veces para caer en una leyenda blanca e impoluta igualmente dañina que la denigratoria. Moreno y Saavedra lo habían defendido en su tiempo, Alberdi, después, al argüir que como caudillo de masas expresaba la verdadera democracia; también Alejandro Dumas lo hizo. En este aspecto positivo no faltarían los extremos que convertían al libertador en héroe absoluto, apogeo de las tres razas o primer patriota oriental. "Esa leyenda negra será después 'celeste' (como lo definiera Real de Azúa). Borrados sus afanes revolucionarios, olvidadas sus reivindicaciones, lavado su programa, le harán una mortaja de retórica y bronce" (35).

En el Uruguay, por muchas décadas, en los libros de texto fue un bandido, aún si algunas calles de pueblos perdidos empezaban a llevar su nombre. En la década de 1860, empezó una real revaloración

historiográfica a partir de Isidoro de María, los hermanos Ramírez, Frigeiro, Maeso y Francisco Bauzá.

A finales del XIX, pasó a convertirse en el punto de unidad social y partidista nacional. En la segunda mitad del XX, hubo una exhaustiva investigación historiográfica sobre los archivos de Artigas, que aportó datos indiscutibles acerca de su ideario y personalidad. Ya al acercarse el centenario del inicio de la gesta independentista habían existido diversos intentos, oficiales y privados, para enaltecer al prócer como máximo partícipe en esa lucha.

Eduardo Acevedo con su Alegato Histórico dedicó tres tomos a refutar todos los ataques al libertador y a ensalzarlo. Juan Zorrilla de San Martín, el poeta de la patria, por encargo del presidente, elaboró dos tomos de memorias sobre La epopeya de Artigas. El propósito era idéntico al de Acevedo, quien además le acusó de haberle copiado partes importantes. Ambos salieron a la luz pública con un año de diferencia hacia 1910. El Alegato presenta un mayor rigor científico en la minuciosidad de la búsqueda y el lenguaje, mientras La epopeya es el texto de un poeta que canta loas a la patria y a su héroe nacional.

Más adelante, en 1950, con motivo de los cien años de la muerte de Artigas, hubo varios ciclos importantes de reafirmación positiva junto a actos conmemorativos de los poderes del estado. En esa fecha comenzaron también a publicarse, por encargo presidencial, la serie de tomos correspondientes al Archivo Artigas que continuarían en las décadas siguientes.

Quizás, sin llegar al extremo de Pivel Devoto, que veía al li-

bertador como el símbolo de dos grandes razas, al considerarlo el último español y el primer criollo, hoy Artigas es una figura histórica y socialmente indiscutida en su positividad, sea por la sociedad que por los historiadores y políticos uruguayos. "Si la obra artiguista está presente inevitablemente luego de su desaparición de la escena política, su doctrina democrática es uno de los componentes fundamentales del pensamiento uruguayo posterior. Su figura cobra hoy en Uruguay una significación indiscutible. Y, más allá del Uruguay y el Plata, en toda América Latina"(36).

Pero existe también una imagen superficial y generalizada del prócer que tiende a neutralizarlo en su peligrosidad. A ella nos referiremos, más adelante, en el estudio de la nacionalidad uruguaya y de los libros de texto primarios. Dejemos que Oscar Bruschera complemente la anterior afirmación de Lucía Sala de Turón:

"El mito de Artigas -héroe nacional-, se inscribe como uno de los basamentos intelectuales del Uruguay optimista, ajeno a su tras mundo americano; el Uruguay estado nacional, capaz de alcanzar cimas inconquistables para el ámbito don de estaba, sin embargo, inserto; el de la fantasmagórica ilusión de la 'Suiza de América', vale decir: como su mode lo europeo, amurallado en la perfección democrática, cerra do sobre sí mismo, conscientemente cismático de todo lo americano.

"El Artigas que resplandece y se rescata del olvido, el objeto de la súbita mudanza del dicterio a la hagiografía, no es el caudillo federal, el numen de la visión integrado ra, el jefe del tumultoso mundo de la pradera, el riopla tense y el americano, sino un estadista ensimismado en

perplejidades jurídicas, el cultor del derecho norteamericano, el arquetipo de una conducta cívica calcada en el molde de las fórmulas abstractas del liberalismo: un Artigas de 'bronce', descarnado y difuso, deshumanizado, desarraigado de su mundo, idealizado y falsificado" (37).

Por encima de cualquier hipótesis, Artigas es un héroe nacional, con todos los riesgos y posibilidades que esto implica para una nación.

NOTAS AL CAPITULO PRIMERO

- (1)- Luis Ramírez. "Carta desde el Río de la Plata (10-7-1528)" en F. Bauzá. Historia de..., t.2, pp. 363, 364
- (2)- D. Larrañaga. Diario de..., p. 47
- (3)- Ibidem, p.71
- (4)- Dr. Fontana. "Del Amazonas...", p. 41. Es interesante constatar cómo, todavía a finales del XIX, el viajero Dr. Fontana señalaba la posibilidad latente que las provincias de Sao Paulo y Río Grande formasen con el Uruguay una sola nación, debido a las simpatías existentes entre ellos.
- (5)- A. Methol Ferré. El Uruguay..., p. 19
- (6)- B. París de Oddone. De la..., p. 16
- (7)- A. Zum Felde. Proceso histórico..., p. 48
- (8)- C. Real de Azúa. El patriciado..., p.15
- (9)- Ibidem, p. 62
- (10)- C. Machado. Historia de..., pp. 11-14
- (11)- L. Benvenuto. Breve historia..., p. 27
- (12)- W. Reyes Abadie. et al. La Banda..., p. 114
- (13)- R. Ares Pons. José Artigas..., p. 22
- (14)- J. Pivel Devoto. Artigas y su..., p. 83
- (15)- B. París de Oddone. Op.cit, p. 30. Cfr. J. Barrán y B. Nahum. Bases Económicas..., p. 119
- (16)- W. Reyes Abadie. Historia uruguaya..., p. 82
- (17)- A. Zum Felde. Op.cit, pp. 59, 60
- (18)- O. Bruschera. José Artigas..., p. 72
- (19)- A. Beraza. La economía..., p. 40
- (20)- O. Bruschera. Op.cit, p. 20
- (21)- W. Reyes Abadie. Op.cit, p. 214
- (22)- L. Benvenuto. Op.cit, p. 48
- (23)- W. Reyes Abadie. El ciclo..., t.4, pp. 5, 6
- (24)- L. Sala de Touron. et al. Artigas y..., p. 121
- (25)- Ibidem, pp. 184-207
- (26)- A. Beraza. Op.cit, pp. 73, 74. En todas las citas entrecomilladas los subrayados serán siempre del autor.

- (27)- J. Cháves. El Supremo..., p. 275
- (28)- E. Acevedo. José Artigas..., t.3, p. 828
- (29)- D. Larrañaga. Op.cit., p. 53
- (30)- R. Ares Pons. Op.cit., p. 36
- (31)- A. Traversoni. Historia del..., p. 180
- (32)- D. Larrañaga. Op.cit., p. 53
- (33)- O. Bruschera. Op.cit., p. 172
- (34)- C. Machado. Op.cit., p. 75
- (35)- Ibidem, p. 76
- (36)- L. Sala de Touron. et al. Op.cit., p. 13
- (37)- O. Bruschera. Op.cit., pp. 13, 14

CAPITULO SEGUNDO

AMERICA LATINA: NACIONALISMO Y CONTINENTALISMO

Los últimos dos capítulos de este trabajo girarán en torno del concepto de nacionalismo en la educación primaria uruguaya -a través de la imagen de Artigas- por lo que se hace necesaria una introducción al concepto. Junto a un intento por clarificar términos que en muchas ocasiones son colocados como sinónimos de nacionalismo sin serlo. Todo irá finalizado a un recorrido histórico dentro de América Latina acerca de los diferentes intentos por establecer nacionalismos, desde la colonia hasta la década actual. Veremos también las caracterizaciones y elementos principales sobre los que se han apoyado estas búsquedas. A la vez, como parte del nacionalismo latinoamericano, nos detendremos en su vertiente continentalista, muy presente en estos momentos, sea por la crisis económica -con todas sus derivaciones- que por la cercanía de los 500 años de conquista y evangelización, y la llegada del tercer milenio.

II.1.- NACIONALISMO Y PATRIOTISMO: DOS TERMINOS EN BUSCA DE DEFINICION

Hoy día, la cuestión nacional sigue siendo un problema recurrente en todos los terrenos de interacción humana! En lo político, por ejemplo, las demandas van desde la independencia y el establecimiento de un estado propio hasta formas de autonomía regional y local; o desde la hegemonía militar hasta la racial. Pueblos que luchan por su liberación son el palestino, el saharauí o el namibio; reivindicaciones nacionalistas pululan por doquier: Unión Soviética,

India o Africa; hay también movimientos guerrilleros como la OLP o la ETA; se replantea la cuestión étnica y religiosa en América Latina con las conmemoraciones del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos y su Evangelización. Paradójicamente, en este fin de siglo y milenio, aunque el capitalismo rige cada vez en más lugares y así uniforma al mundo en muchos aspectos no secundarios, han aumentado considerablemente estas reivindicaciones distintivas, quizás como formas de individualismo o de reacciones históricas retardadas a esa abSORCIÓN o transnacionalización. A un proceso uniformador se sobrepone otro diferenciador. El nacionalismo siempre ha sido un importante factor de integración y movilización social, factible además de cohabitar y adaptarse a ideologías muy diversas. Su pragmatismo le ha permitido efectos sea pluralistas que monolíticos; atraviesa todos los intereses y líneas de clase aunque es percibido distintamente según cada grupo social. Históricamente fue de élites, burgués, y en el XX es definitivamente adoptado por las masas que exigen mayor participación en la vida nacional. Hoy, al concluir un siglo y un milenio, está adquiriendo velozmente tintes también milenaristas.

Indudablemente, el nacionalismo ha sido un elemento importante en todas las naciones, sea debido a su situación internacional, con sus correspondientes asechanzas externas, que por la cohesión interna; sea por su ubicación como hecho que por su manejo ideológico. A pesar de esta trascendencia aún no existe una definición clara, después de más de dos siglos en que el término viene usándose; precisamente su historicidad le da un carácter dinámico, elástico, y no está-

tico, ya que cada época ha tenido su propia idea nacional y cada nación formas diferentes de nacionalismo. Además, los enfoques han sido varios: educativo, étnico, económico, político, cultural, psicológico; y su utilidad igualmente ha servido para legitimar la opresión y para lograr la liberación. Es posible, sin embargo, señalar algunos elementos en que coinciden los autores al referirse al surgimiento nacional: la necesidad de un territorio más o menos definido, características propias de la población como la lengua o la religión, una conciencia cultural nacional, un gobierno común y un deseo de unidad. (1).

De alguna manera, podría también apuntarse en ocasiones, que el nacionalismo -agresor o defensivo- no es innato sino que se desarrolla con la influencia externa o la tergiversación interna. Aunque otras veces, sí, es un sentimiento natural ante una coyuntura. Cierta función positiva estaría en la cohesión nacional que propicia con lo que eso deriva en todos los planos; la negativa se hallaría en las manipulaciones que de él se han hecho hacia fines que no favorecen a las mayorías ni son justos, y la no facilitación que hace de los procesos integracionistas. Para Costa Pino, el nacionalismo "Es sobre todo, un fenómeno histórico, no una teoría política" (2). Otros, en cambio, sostienen que

"...es una ideología completa que une la lealtad a la tierra, a la sociedad, al legado cultural y, en su caso, al Estado. La fidelidad colectiva a la idea abstracta (deducida de la generalización teórica de ciertos rasgos comunes) de Nación tiene consecuencias no sólo políticas, sino también culturales al asumirse determinados valores integradores estima-

mados autosuficientes (en particular, destaca el 'uso' parcial e interesado del pasado histórico que extrapola nociones del presente a otras épocas)" (3).

A veces, lo que se destaca es el factor emotivo, entonces el nacionalismo se convierte en un estado de ánimo, algo así como la parte psicológica del desarrollo nacional que complementa su proceso integrador; en ocasiones, hasta nace antes que la misma nación (como realidad sociopolítica, económica e histórica). A su forjamiento ayuda la adopción de símbolos comunes como, por ejemplo, los patrios o el santoral de los héroes, tan lleno de invenciones. La historia también demuestra que la mitología es necesaria para construir y dar cohesión a lo diferente. Al hablar de símbolos patrios la referencia no es sólo a campanas y banderas, la religiosidad y el antiimperialismo pueden igualmente serlo. Para Rodríguez-Aguilera -autor citado al final del párrafo anterior- en cambio, el nacionalismo es ante todo un acto de afirmación ideológica presentista que deforma el pasado.

Históricamente han habido también muchos tipos de nacionalismos: el universalista (revolución francesa), el reivindicatorio (nacionalidades europeas emergentes), el unitario (Italia y Alemania en la segunda mitad del XIX), el racista (Tercer Reich) o el liberador (pueblos asiáticos y africanos en el XX).

Así, para unos se trata de un sentimiento posible de ser expresado en formas distintas (música, arte, letras, etc.), que une a un grupo de individuos que han participado de experiencias comunes y tienen aspiraciones similares. Otros, asocian este sentimiento a la raza, la geografía, un mismo marco normativo o acción estatal, la

lealtad individual a la nación-estado. Mientras hay, además, quienes sostienen que eso por sí solo es insuficiente y es imprescindible remitir la noción a lo cultural, y la cultura comparada, al volverse nacional, engendra las posibilidades de un nacionalismo. Algunos más lo relacionan a un pasado o a una rutinaria vida común, a una lucha de clases o a la viabilidad económica a partir de la existencia de un mercado nacional. Hay también quienes confunden el hecho nacional (la nación) con nacionalidad (conjunto de rasgos culturales e históricos generalmente unificados en una base étnica o lingüística), con conciencia colectiva (fuerza integradora que conduce a una identificación común) o con comunidad territorializada (referente espacial) (4).

Lo cierto es que, cada vez más, el nacionalismo es una forma de religión que el estado usa para aumentar su poder sobre los individuos y para llenar esa necesidad de absoluto presente en cada hombre. De este modo, el poder estatal está por encima de todo, busca ser el "benefactor" de la sociedad (con la sumisión de ella a cambio), inculca un amor sagrado a la nación y la constitución. Jean Meyer ve con claridad esta sustitución religiosa al afirmar que "...si nacionalidad y nacionalismo son diferentes, existe en algunos países identidad entre nacionalidad (sentimiento nacional) y religión...[el nacionalismo] tiene que imitar a la religión, hablando a la vez al corazón y a la razón, a la afectividad más que a la racionalidad" (5).

Como hemos visto, mismo entre tantas discrepancias y polémicas

teóricas, no cabe duda que la referencia nacional es hoy uno de los factores más importantes del comportamiento sociopolítico. En nombre de la nación se hacen las guerras, las revoluciones o golpes de estado, y la adhesión a ella es vista como signo de la máxima lealtad ciudadana, por encima de lo cultural, partidista, religioso o social. Ciertamente, en la conformación de la nación, aparecen siempre (o casi) elementos materiales y culturales junto a una dimensión temporal y espacial; la base común de territorio, idioma, religión, psicología, etnicidad o tradición histórica forman parte de lo nacional pero éste adquiere plena significación sólo a través de la fuerza unificadora del poder, de la política y del estado. Sin embargo, no hay que confundir lo nacional con lo político: lo primero tiene que ver con la esencia de la nación, es lo hondo, lo permanente, lo espiritual, mientras lo segundo se refiere a la sociedad, es lo superficial, lo transitorio y lo material. La homogeneidad nacional -no es la uniformidad del pensamiento político- brota del ser nacional y no se puede decretar, mientras la política sí puede forzarse por el uso del poder; de ahí la diferencia entre concientización nacional y cívica (6).

Además de su interpretación, no se puede separar la concepción de nacionalismo del proceso histórico de la nación y del estado. "La Nación fue concebida tradicionalmente como un grupo de personas unidas por vínculos 'naturales' que hundía sus raíces en un remoto pasado. A partir de esta comunidad se teorizó la necesidad de un poder político propio en forma de Estado-Nación ..." (7); las significaciones de nación se han generalmente desarrollado dentro de los

criterios étnico-cultural y político. "Esta expresión [nación] surge, en sentido contemporáneo, con la revolución francesa, pues durante el Antiguo Régimen 'Nación' podía significar Europa, cada uno de sus Estados, partes de sus territorios e incluso ciudades separadamente. Tradicionalmente este término servía para designar a un grupo de personas que compartían un mismo origen, mayor que la familia, pero menos que un pueblo ..." (8).

La idea de nación, en su remoto origen, estuvo muy asociada a la de etnia; el medioevo fragmentado hereda al futuro un mosaico de nacionalidades que irán convirtiéndose en naciones, a través del estado centralizador de los regímenes absolutistas. Hoy, la construcción de una nación equivale también a la búsqueda de una identidad específica y de una estructura que la consolide. La relación estado-nación es muy cercana, pues si bien el primero aglutinó e hizo posible a la segunda, ésta a su vez brindó a aquél un contexto donde ejercer el poder. Esa identidad puede incluso ser muy compleja al grado de integrar nacionalidades distintas en una misma nación. Sin embargo, para algunos autores, la existencia nacional no implica necesariamente la aparición de un nacionalismo, por ello no basta aclarar cómo surgieron las naciones para entender el desarrollo nacionalista. Otros sostienen que no hay nacionalismo sin nación y viceversa.

A pesar que el surgimiento de lo nacional -dentro de la cultura occidental- puede situarse en Europa, no es menos cierto que varias manifestaciones de ese fenómeno histórico ocurrieron simultáneamente en América, como veremos en el siguiente subcapítulo.

La revolución liberal vio el surgimiento de un estado que se presentaba como nacional (estado-nación), con funciones integradoras y homogeneizadoras, en las que buscaría hacer coincidir su voluntad con la de las poblaciones sometidas a esa autoridad. En ocasiones, desde las mismas fronteras estatales, comienza la violencia pues éstas no siempre coinciden con las áreas de las nacionalidades; los privilegiados son el desarrollo económico o político frente al histórico y cultural. Así, históricamente, la nación moderna aparece ligada al estado que impone determinadas características nacionales a los habitantes, a la vez que trata de disminuir las peculiaridades; era necesario cambiar la mentalidad de muchos individuos que se identificaban más con los intereses corporativos que con los nacionales. Los liberales entendían el nacionalismo como la adhesión incondicional al estado que encarnaba la nación. En muchos países el estado creó a la nación; el propio Uruguay sufrió antes como estado que como nación.

En sus orígenes modernos, sin embargo, la nación había estado vinculada a la idea de soberanía popular (la soberanía se desplaza de la voluntad del rey a la de la nación), secularización creciente y debilitamiento de antiguas lealtades. Inició como un movimiento popular revolucionario para derribar a los gobernantes legitimados divinamente o por herencia; la vía nacional estaba en la aceptación de principios igualitarios para la sociedad. Con el imperio napoleónico, las distintas naciones exaltaron su conciencia, por temor a la invasión, e iniciaron un proceso que terminó con la formación de nuevos estados-nación. Después del congreso de Viena,

el nacionalismo fue también un arma de las pequeñas nacionalidades para su independencia e integración. Ya a mediados del siglo pasado, en plena revolución industrial y colonialismo, sus rivales fueron el cosmopolitismo burgués y el internacionalismo proletario.

En el XIX europeo surgieron muchas nacionalidades que reivindicaron derechos históricos y se consolidó, con el romanticismo, el sentimiento e ideología nacionalista. Las lealtades se transfirieron del rey, o la iglesia, a la patria -mujer idealizada- que se identificó y fundió con el estado nacional. Durante la segunda mitad del siglo el nacionalismo fue proclamado para la unificación italiana y alemana. Se irían también constituyendo los estados que representarían políticamente a las distintas nacionalidades europeas y, después de la primera guerra mundial, con el tratado de Versalles, se dibujó un mapa continental en que las fronteras políticas coincidían cada vez más con las de las nacionalidades.

El período entreguerras del XX vio surgir un nacionalismo excluyente, racista y de superioridad como el nazi-fascista. También en esa época, los liberales, con la crisis del 29, adoptaron el proteccionismo -producto nacionalista- que faculta al estado a participar plenamente en la economía y la educación (9).

Las naciones del tercer mundo, después de la segunda guerra, incrementaron en mucho el número de estados independientes a través de un nacionalismo como ideología de autodeterminación. La mayoría asumió un patrón occidental cercano al del colonizador y adujo raíces remotas; a veces la pluralidad étnica dificultó el proceso de integración y el nacionalismo fue entonces negociado o impuesto por

un grupo dominante. Estos nacionalismos se hicieron populares desviando las críticas internas hacia el exterior o afirmándose en la continuidad revolucionaria. Hoy día, ante la realidad del desarrollo mundial de la economía y de las comunicaciones, algunas políticas estatales buscan crear nuevos lazos de solidaridad e integración supra-nacionales, a través de la exaltación de ciertos rasgos comunes en áreas más amplias que las nacionales. Resurgen así los intentos de la integración latinoamericana, de la nación árabe, del africanismo, del europeísmo; en lo religioso también hay movimientos en esa línea como el islamismo.

Como vemos, cada vez más, el término nacionalista se usa indiscriminadamente para mayores significados con lo que aumenta su indefinición. Mientras en el XIX era atacado como producto de intereses burgueses, en el XX es usado por los independentistas tercermundistas y las masas populares. Pasó el nacionalismo a ser aquello que cada uno necesitaba o deseaba; sin un adjetivo contiguo que defina su contenido carece de sentido. El artiguismo en el Uruguay es un ejemplo de lo último. Lo nacionalista se ha convertido en un programa de gobierno entremezclado con la modernización y, a veces, en un slogan que llega a todos los connacionales gracias a los avances de la comunicación.

Muy asociado al término de nacionalismo, y en ocasiones (con)fundido en él, está el depatriotismo. Es común sostener que la lealtad de los individuos al grupo en que viven (primero por necesidad, luego por conveniencia) produce el sentimiento patriótico. Esta emotividad es intensa respecto a ese grupo y sólo por un esfuerzo

intencionado de educación, concientización, o ante un peligro, se relaciona a toda la nación (10). Más bien podría sostenerse que el patriotismo, a pesar de tener connotaciones similares al nacionalismo, y ser uno de sus ingredientes emocionales principales, no lo agota ya que éste no es sólo un sentimiento sino un modelo de organización nacional. El patriotismo, en cambio, hace referencia a una realidad más local e individual que colectiva.

El historiador Luis González, al buscar un término opuesto de patria (en el sentido de lo nacional), encontró el de "matria". Con él se refiere al pequeño mundo que nos nutre, nos envuelve, nos cuida de los exabruptos patrióticos y se abarca con una sola mirada; en alguna forma nos recuerda el seno de la madre. De ahí que la oposición, o complementariedad, entre patria y matria, incluiría la de hombre y mujer, machismo y lo femenino, campo y ciudad, burocracia y cacicazgo, intereses nacionales y regionales.

En realidad, las matrias son patrias chicas que han estado siempre en contacto con la tierra. Sin embargo, el patriotismo o nacionalismo frecuentemente han agredido con desprecio y superioridad esta conciencia de amor por el solar natal. Por ello, vemos que el discurso patriótico no es de origen rural sino urbano, y muy ligado a los afanes ilustrados y modernizadores. Los administradores de la nación y del nacionalismo buscan paternalmente trasladar esa modernización al campo, para convertir la unidad en uniformidad. Así, en nombre de la patria, una e indivisible, se expulsan regionalismos y se centraliza el poder. En última instancia "... la patria estaría constituida por el conjunto de matrias, por lo que una política [educación] nacionalista que borra

diferencias, que uniforma, que establece normas inaplicables o apoya a personas no gratas...atenta...contra el patriotismo"(11).

Ese amor patrio no se contradice con el del terruño; ni los humanistas ni los matriotas ponen en peligro la existencia nacional, con sus proyecciones universalistas o localistas, sino más bien ayudan en algunas metas patrióticas. Por ejemplo, el matriotismo puede convertirse en la primera escuela de la democracia, a través del municipio. Claramente, estas categorías innovadoras son ciertas en América Latina y no podrían traspasarse automáticamente a otras realidades.

González extiende la idea a las lecciones de historia patria, que desnacionalizan a tantos niños, y que serían mejores si fueran acompañadas de microhistoria. Sostiene que es necesaria una reconciliación entre patria -en ocasiones antecesora de la nación- y patria, que vaya más allá de la que los medios de comunicación y transporte han favorecido hoy (12).

El mismo autor habla de la necesidad, respecto a la historia patria, de "...hacer una historia crítica que se ocupe de los aspectos negativos de nuestro ser actual; y de otra historia, la narrativa, que nos haga recordar, constantemente, nuestra identidad cultural. De otro modo continuaremos como un pueblo sin memoria, que ha olvidado sus raíces"(13). La historia puramente narrativa, dentro de la cual cae la microhistoria, es necesaria en cuanto unifica, identifica, brinda una raíz y una historia de todos. Contrasta con otros enfoques, en que el héroe es el hecho histórico y muchas veces éste es inventado.

Es también indudable que frecuentemente los estados buscan

asociar soberanía con patriotismo, para prescindir de las críticas internas.

"En el fondo, se juega con el 'amor a la Patria', porque esta idea se define de manera que toda la diversidad de opiniones e intereses que pueden darse en una nación se sometan sin cuestionar a la voluntad y a la política exterior, expresada y preferida por los que gobiernan y por la burocracia que los sostiene. Aquí nace la sublimación del Estado, el nacionalismo y el patriotismo ciego y peligroso"(14).

Las suposiciones son que gobierno y burocracia conocen mejor que nadie los intereses nacionales, y que las voces divergentes no son patrióticas. El estado hace lo que quiere en nombre de la nación y sus habitantes.

Ante el peligro que lo anterior entraña, Lederach, educador para la paz, apunta:

"Es a partir de los primeros años de escuela cuando la enseñanza suele desarrollar la identidad nacional. No queremos cuestionar aquí la importancia de estudiar la propia cultura y creencias del país en que uno vive. Lo que sí cuestionamos es el hacerlo de una manera etnocéntrica, que forzosamente sublima ciegamente la cultura, la ideología y la forma de ser de uno y critica y minusvalora las de otros. Es aquí donde nace a menudo la desconfianza y el odio hacia el otro, al enemigo, simplemente porque son diferentes. Debemos enfocar la educación para la paz, desde el principio, como un camino de estudiar, valorar y aceptar las diferencias, no como una amenaza, sino como un elemento enriquecedor"(15).

Resulta importante, plantear la cuestión del verdadero significado del patriotismo, a través de una crítica constructiva hacia los valores y acciones del estado, no reduciéndose al ámbito de los intereses locales o de clase del estado-nación, sino en una perspectiva global. A pesar de ello, el nacionalismo tendrá siempre una raíz excluyente, sea por razones prácticas o de poder, pues favorecerá internamente algún grupo o aspecto en aras de otro. Se trata que la injusticia sea la menor.

II.2.- NACIONALISMO LATINOAMERICANO

El problema del nacionalismo, o de la nacionalidad, en América Latina, está muy ligado al de la búsqueda de la identidad local y continental (latinidad, hispanidad, americanidad, etc.). Las mentes más lúcidas, desde la colonia, se han cuestionado acerca de esta situación, en distintos campos, como el político, histórico, cultural, filosófico, psicológico y artístico. Han abundado las discusiones e hipótesis sobre el ser americano y el ser nacional, referentes a sus raíces europeas, indígenas o mestizas; distintas a todo. Una traba a este proceso de autoconocimiento ha venido de medidas políticas que han tratado de imponer una identidad y un sentido a la existencia, con el resultado de una indefinición y retraso mayores. Otra dificultad, ha sido la gran influencia de la cultura europea en las miradas y comparaciones sobre nuestra realidad; se ha distorsionado el objeto de conocimiento y su proyección.

Dentro de la historia continental, el nacionalismo, aún antes de los inicios independentistas, ha sido tema de continua preocupación.

A grandes rasgos, podríamos distinguir dos aspectos salientes: las búsquedas de integración interna, con defensa ante el exterior, y los proyectos de integración regional o continental. Ambos puntos abarcarán este y el siguiente subcapítulo; americanismo y nacionalismo se habían ido mezclando desde las épocas de la independencia. Es también indudable, que la América blanca o europea, posee un concepto de nación distinto del resto que es mestizo, indígena o negro, por lo que resulta difícil hablar de América Latina como conjunto, a pesar de la uniformidad que legó la experiencia colonial.

II.2.1. PROCESO HISTORICO

Para algunos, el proceso nacionalista hispanoamericano tiene sus orígenes en la época prehispánica y en las resistencias indígenas a la conquista. Otros, lo sitúan en la colonia, principalmente con las diferencias que comienzan a establecerse entre los españoles "avencinados" y los "peregrinos", que sólo venían a enriquecerse y regresaban a su patria. De los primeros, surgieron los "indianos", cautivados por la realidad americana, y de su descendencia, los "criollos", que reaccionarán paulatinamente ante las injustas discriminaciones a que eran sometidos. La toma de conciencia de los criollos, como mestizos, al constatarse por imposición distintos de sus antecesores, no será nacional sino continental, a partir del nombre de "americanos". La patria fue primero percibida como el continente, como "nuestra América"; aunque esa expresión fuera usada lo mismo para el Nuevo Mundo que para su propia realidad local (16).

Sin embargo, también es cierto, que esa percepción continental

la podían tener sólo los criollos pues para el campesino indígena, o mestizo, amar a su terruño era ser "americano". Ambas visiones se encontraron en los albores independentistas. Los criollos se "... consideraban herederos de los privilegios prometidos a los primeros conquistadores y pobladores de América; ... El criollo tendió en general a distanciarse de su ascendente español y a mirar con simpatía la causa del indio conquistado en el siglo XVI ... La tesis que justificaba la independencia a base de los derechos del criollo y la que se apoyaba en la defensa de la antigua libertad del indio confluyeron en una alianza de circunstancias ..." (17).

El rechazo peninsular al criollo no era dirigido al nacido en un determinado territorio sino generalizado a todas las tierras americanas. De ahí que el primer americanismo nació, paradójicamente, de una actitud española (18), y la unidad de la patria continental estaba en el mismo nacimiento del nacionalismo hispanoamericano. La tendencia era de contraposición a España más que de unión regional. Sin embargo, a la vez, sea por prácticas religiosas, artísticas, etc., que por situaciones económicas y políticas, irán afirmándose diversos regionalismos, cada vez más autónomos entre sí -el platense y el andino por ejemplo- y frente a la unidad administrativa española. Estos, más tarde, desembocarán en integracionismos continentales. Paradigma de esto último fueron los proyectos de los libertadores, empezando por los de Bolívar.

Toda esta reacción criolla se dio dentro de un largo camino de asimilación, aceptación y descubrimiento de la propia realidad e historia, como elemento afirmativo de la nacionalidad. Desde los

comienzos, la búsqueda de la identidad americana se centró en la justificación y explicación de su diversidad frente a Europa, lo que indirectamente derivó en un mayor autoconocimiento, que en muchos campos se volvió descubrimiento. Hubo varias defensas, en distintas áreas (desde la teológica a la naturalista), sobre la condición del Nuevo Mundo ante la pretendida superioridad europea y las acusaciones genéticas; Clavijero en México fue un claro exponente. Allí, el criollo exaltó al pasado prehispánico y relegó al indio vivo.

El factor religioso -principalmente a través del culto a la Virgen- fue cada vez más importante en cuanto a la integración local e independencia de lazos con España; se intentó resaltar las preferencias marianas y santorales hacia estos habitantes. Ellos habrían sido escogidos, aún antes de la llegada hispánica, como afirmaría más tarde fray Servando Teresa de Mier. Este nacionalismo ideológico criollo empezó siendo, sobre todo, defensivo y reivindicatorio, pero la creatividad y la realidad condujeron un proceso de autoaceptación y autoconocimiento que terminó con la independencia.

A la par de este nuevo nacionalismo, principalmente en los inicios de la colonia, existieron intentos por revivir uno ya existente, aunque subyugado, como era el precolombino. Varias rebeliones persiguieron un regreso a los orígenes sólo posible con la expulsión del invasor. La de José Gabriel Túpac Amaru (1780) -con unos siete meses de duración- fue de mucha importancia en la región andina ya que sus repercusiones alcanzaron, en el sur, hasta la Banda Oriental (19) y, en el norte, a Venezuela. Incluso, menos de medio siglo después, un medio hermano del caudillo incaico era candidato de los proyectos

monárquicos bonaerenses, a los que Artigas tanto se oponía. Otros levantamientos destacados fueron los de Juan Santos Atahualpa (1742) en Perú y el de Túpac Catari (1781) en el Alto Perú.

También los esclavos negros se rebelaron a su condición y al alejamiento de sus patrias intentando, a veces, ante la imposibilidad del regreso, construir pequeñas naciones o comunidades -algunos "quilombos"-donde revivir ese sentimiento de libertad y nacionalidad. Sin embargo, la historia era ya irreversible para estos anhelos, la raíz de la conquista y el dominio extranjero estaban demasiado enterrados para permitir su extirpación y el regreso a un pasado imposible de reconstruir.

En realidad indígenas, criollos y negros eran los únicos grupos sociales concientes de su identidad y tradición. Gracias a que la lucha independentista fue presentada en muchos lados -México entre ellos- como un desquite de la conquista, los indígenas, por ejemplo, pudieron comenzar a integrarse a las nacientes naciones (20).

Ese sentido de hermandad americana criolla, que alimentó a los insurgentes, careció de continuidad por la falta de integración económica, política y social unida a una demografía muy heterogénea que condicionaba las actitudes de cada región. La geografía fue un importante factor histórico como gestor de regionalismos que, si bien propiciaron la independencia, luego facilitaron la desintegración. También las formas de producción regionales y las áreas precolombinas determinaron los autonomismos por zonas. Además, uno de los primeros problemas de las naciones hispanoamericanas fue la relación con los anteriores límites coloniales; el Uruguay arrastró este

problema desde la misma llegada española a la Banda Oriental.

Al transformarse la posibilidad de autonomía en independencia -aunque en ocasiones sólo fuera un cambio de patrones peninsulares a criollos- empezó la etapa más difícil en sus contradicciones y clarificaciones nacionalistas; disyuntiva entre los proyectos criollos y las reivindicaciones agraristas y de real democracia de las masas populares. Estas últimas continuarían hasta este siglo -Zapata es un símbolo en ese sentido- y aún hoy el problema de la tierra es clave en el continente; basta ver las continuas tomas de tierra.

La necesidad de racionalizar los procesos, con cierta cientificidad, impulsó los primeros esfuerzos hacia la escritura de constituciones; había que organizar desde el estado una nación sin desarrollo. El principio no era erróneo, pero la aplicación sí lo fue, ya que las élites urbanas legisladoras idealizaron una sociedad, en vez de adaptar lo escrito a la realidad nacional disgregante. ¿Sería posible unir esas crecientes autonomías regionales sólo con normas y los recuerdos de una lucha armada compartida? Esta pregunta tardó muchas décadas en ser resuelta eficazmente.

Los modelos políticos ensayados buscaban insertar al continente en el capitalismo burgués, pero no a través de una pausada síntesis, sino de superposiciones, a veces dramáticas, entre fases distintas de desarrollo económico o de grado de civilización. Un pasado aún no resuelto se sobreponía a un presente visto como utopía. El estado también debió fortalecerse para transformar una sociedad monárquica y corporativa en democrática e individualista. Esta situación se

agudizó en la segunda mitad del siglo pasado con la industrialización y llegada de capitales extranjeros; en el Uruguay el ferrocarril y los frigoríficos cambiaron la dinámica de la sociedad rural.

Otro objetivo del liberalismo hispanoamericano, para homogeneizar la sociedad, era la secularización y la eliminación de las relaciones precapitalistas de producción (21), lo que originó incontables disputas. México, con Benito Juárez y otros reformistas, atravesó no pocas luchas por ello. El pasado colonial dificultaba la raíz de la nacionalidad, la historia se convertía en un factor negativo al que se buscaba, en parte, cancelar, minimizar o mitificar (22).

No era sólo cuestión de ordenar e integrar en proyectos nacionales unas extensiones territoriales pobladas, sino que América presentaba una complejidad extrema (étnica, cultural, de religiosidad popular, artística, etc.), que la época colonial había escondido y resuelto con la unidad administrativa y de mercado económico (sólo en sentido unilateral). Podríamos, de esta constatación, extraer la conjetura que la misma España, además de ser involuntariamente iniciadora del americanismo, demostraba con tres siglos de historia que la Patria Grande* era muy probablemente el camino más eficaz de administración para América. Aunque hoy los proyectos en esa línea sean de tendencia confederada -entre naciones libres- no impiden la necesidad de una estructura superior de organización. Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins y otros libertadores lucharon sin éxito por preservar la unidad hispánica dentro de una patria americana; veían al continente

* Término común en América del sur con el que generalizaremos la unión continental.

globalmente, por eso combatieron en tierras tan lejanas a las suyas. Conciencia nacional y social eran asimiladas entre sí.

La precariedad caracterizó el surgimiento de las nuevas naciones con sus fronteras, unida al regionalismo, cuya tendencia disgregante era ocasionada por la oposición entre intereses urbanos y rurales; además dificultó la integración nacional la falta de población (Uruguay) y la débil organización política. Así, los caudillos terratenientes y las comunidades indígenas actuaban como fuerzas de resistencia pasiva o activa a la integración. Claramente, las defensas regionales no tenían todas el mismo tinte; podemos recordar a Artigas quien pugnaba por el localismo a partir de la autonomía provincial que conciliaría los diferentes intereses regionales (23).

El principio rector era el de la soberanía popular donde el pueblo se autogobierna por mayorías. Los liberales comenzaron a notar la imposibilidad de aplicar esto al pie de la letra pues el pasado no había preparado a la población para ello entre tantas tiranías; Bolívar y fray Servando Teresa de Mier eran de esa idea. Se buscaron así soluciones institucionales intermedias, no tan ligadas a las opiniones mayoritarias, aunque acompañadas de programas que fueran educando a la gente. Estas iniciativas tenían más bien un carácter urbano, ya que en el medio rural la democracia era difícil y la aparición del caudillismo fue semillero de las dictaduras; aún así el caudillo debía consultar y deliberar constantemente con quienes representaba. Era, además, complicado gobernar democráticamente extensiones tan grandes de tierras con tanta dispersión de población.

En realidad, las pugnas entre liberales y caudillos, no fueron

entre democracia y dictadura, sino entre gobiernos de grupos oligárquicos y personalistas. Los gobiernos caudillescos, con su practicidad, se adaptaron a la realidad sin pretender lo inverso. Según sus propias intepretaciones, los caudillos dictadores fueron los autores de la unidad nacional y, entonces, el nacionalismo fue su principal justificante; se necesitaba una mano de hierro ante tanta dispersión. La idea de nación se vinculaba a una personalidad aglutinante y árbitro entre los varios pequeños caudillos, por encima de los antagonismos políticos. Las dictaduras se presentaban como autoras del orden, de la nacionalidad, de la prosperidad y de una futura democracia (el fin de la modernización, aunque no el medio). Las relaciones con el dictador eran personales o corporativas más que legales (24). El federalismo, triunfante en casi toda la América independiente, no había logrado establecer en los comienzos independientes la ansiada unificación real más allá de la letra; fueron los caudillos dictadores quienes provisionalmente parcharon esa unidad nacional. En el Uruguay, Latorre ejemplificó esa postura.

La segunda mitad del XIX vio acercarse la realidad hispanoamericana a su institucionalidad, aún en medio de intensas guerras civiles. Coincidieron estos intentos con la expansión del imperalismo europeo en América Latina lo que originó procesos de modernización en el precapitalismo existente. Llegaron grandes masas de inmigrantes, principalmente italianos y españoles, que darán un tono nuevo a las nacionalidades, además de impulsar el crecimiento económico. Aumentó, incluso como reacción, la necesidad de indagar

en las características del ser nacional, para justificar la existencia de cada nación y su independencia cultural e intelectual. En este período uruguayo empezó la reivindicación de Artigas. El romanticismo impuso la temática autóctona, y su exaltación, aunque las corrientes ideológicas fueran extranjeras. En Europa, esta corriente había asumido un pasado escondido (medieval) pero en América lo borró.

Importante también, desde los comienzos independientes, para la conciencia nacional fue la educación. Se pensaba, como los ilustrados, que libertad y alfabetización conducirían al progreso y la unidad. Con la introducción del positivismo terminaron por reafirmarse las búsquedas racionalistas, individualistas, científicistas y utilitarias; deseaban construir en el continente un nuevo orden mental y político. Esta doctrina tuvo en América manifestaciones variadas y su mayor influencia se dio en México y Brasil.

Igualmente, la América hispana no cesó en su búsqueda de originalidad y Ariel, aparecido con el nacer del siglo XX, fue un llamado de autenticidad. No sólo los medios intelectuales sufrían transformaciones y cuestionamientos nacionalistas, sino toda la sociedad atravesaba esa situación, ante períodos más prolongados de estabilidad y crecimiento, en medio de una influencia europea en disminución y la norteamericana que aumentaba. La necesidad de concientización reafirmó la presencia y riqueza cultural de los grupos indígenas y negros, con sus respectivos mestizajes. Con poco de iniciado el siglo, el nacionalismo revolucionario mexicano mostró al mundo características novedosas en cuanto a estas reivindicaciones.

El nacionalismo autoritario y fascista, que surgió en el período entreguerras -centrado en un estado muy fuerte- tuvo importantes repercusiones en la derecha latinoamericana que cuestionaba los fracasos de la democracia liberal (en medio de una fuerte crisis mundial económica) y al socialismo. Se reforzó así la idea de un estado que exigía total sumisión de los intereses particulares en nombre de la nación y su cohesión. Esta ideología empezó a ser crecientemente usada para atraer a las masas, a través de un mayor contenido de reivindicación social en los discursos. Con este tinte conservador nacieron las corrientes populistas autoritarias que usarán el nacionalismo como ideología de desarrollo. Promotores destacados de estas políticas nacionalistas -aunque no todos con iguales tendencias, pues los hubo de derecha e izquierda- y también nacionalizadores de importantes sectores de la economía (no siempre con éxito) fueron: Getulio Vargas, Perón, Cárdenas, Paz Estenssoro, Velazco Alvarado, Arbenz. Indudablemente, las masas populares y la clase media, comenzaron a pesar más en las resoluciones nacionales, y también existió una personalización del nacionalismo en las figuras carismáticas de los líderes. Ellos planteaban lo nacional como defensa frente a la penetración extranjera, como posesión estatal de las principales fuentes de recursos y materias primas, pero casi nunca -más allá del lenguaje- como cambio estructural o de relaciones en favor de esas masas, que finalmente eran quienes les legitimaban en el poder. Estos nacionalismos, en muchos casos, fueron más promesas superficiales de desarrollo que actos profundos, a excepción de ciertas nacionalizaciones; propiciaron la creación o el fortalecimiento de importantes burocracia-

cias estatales, improductivas, vigentes hasta hoy. También la izquierda había empezado a utilizar el nacionalismo en sus formulaciones. Más adelante, en Cuba, por ejemplo, se daría un nacionalismo socialista; el socialismo a pesar de ser internacionalista, al aplicarse a realidades determinadas, debe hacerse nacionalista.

Hubo también en esas épocas una búsqueda intelectual del ser americano y nacional, vigente en el presente, a través de importantes pensadores continentales como Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Miró Quesada, Arturo Ardao, Salazar Bondy, Abelardo Villegas y Guillermo Francovich.

Los sesenta mostraron ya el definitivo fracaso del nacionalismo populista que no logró conciliar intereses sociales. Los ejércitos fueron repetidamente llamados -o lo hicieron por propia iniciativa- a recuperar el orden tradicional del liberalismo burgués. A partir de ese período, aumentó la confusión sobre la asociación nacionalista con las diferentes doctrinas, pues indistintamente fue usada por Fidel Castro, los sandinistas, Pinochet, Torrijos o Noriega. Para unos, ha sido defensa contra la infiltración comunista, para otros, defensa del comunismo; algunos la han usado como protección ante la intervención norteamericana. Para las grandes masas, nacionalismo significa, ante todo, rescatar el poder adquisitivo real de los salarios, dar justicia social y ocupación a demasiados marginados, o respetar los derechos humanos más elementales. De nuevo, más de un siglo después, subsiste la lucha entre lo real y la ideología que pretende recrear una realidad en favor de intereses; lo general se sacrifica a lo particular y la nación se reduce a un grupo de sus habitantes.

Por último, ha habido también, en estas últimas décadas, un nacionalismo revolucionario manifestado por las guerrillas. Esta actitud, si bien lucha en favor de una mayor justicia social -sinónimo nacionalista- escoge el camino armado y teorizaciones foráneas. Dentro de dicha línea hay todo tipo de tendencias nacionalistas, desde las maoístas con Sendero Luminoso, hasta las religiosas con Camilo Torres. A estos movimientos, generalmente de inspiración socialista, han respondido grupos paramilitares y de derecha, con un nacionalismo tradicionalista, que mira al pasado para conservar el orden existente. Sus acciones fueron también violentas y, si bien se supone sean clandestinas, muchas veces han contado con el aval de los gobernantes.

II.2.2.- CARACTERISTICAS GENERALES

En un intento de síntesis y caracterización del proceso histórico nacionalista narrado, podríamos apuntar que el nacionalismo continental, en este siglo, adquirió fuerza con las clases medias y populares que empezaron a enfrentarse a las pequeñas y elitistas oligarquías que, aliadas con capitalistas extranjeros, las desplazaban económicamente y vendían al país. Surgieron así algunas dictaduras para poner orden. El liberalismo, opuesto a las dictaduras, paradójicamente, las propició, pues sostenía que lo primero era lograr el progreso, a través de un paternalismo, que permitiera a las masas alcanzar una adecuada conciencia y preparación. El positivismo, con su idea de orden dentro de la libertad, los ayudó.

Históricamente, en América Latina han existido varios elementos

de integración nacional, anteriores y posteriores a la independencia. Uno de los principales fue la religión católica, con lo que implica en las relaciones sociales y familiares. Lo ilustrado y científico de los siglos XVIII y XIX era, muchas veces, sólo un barniz en ciertos grupos sociales, porque debajo estaba arraigado el catolicismo de los misioneros de los dos siglos anteriores. Esa penetración religiosa distó de ser uniforme y varió según las regiones y clases; en realidad habría que hacer referencia a muchos catolicismos. Pero la religión no es sólo una creencia y un conjunto de valores, sino también una institucionalización y un corporativismo que detentan importantes poderes políticos, económicos e influencia decisiva en la sociedad. La iglesia americana promovió con muchos de sus miembros la independencia y, a la vez, otros de sus integrantes, fueron algunos de los principales escollos que hallaron los nuevos gobiernos libres para realizar una política nacionalista y de desarrollo.

Otro factor de unión nacional ha sido el étnico con la negritud, el indigenismo y el consecuente mestizaje; Haya de la Torre llegó incluso a sostener que el continente debía llamarse Indoamérica. En este aspecto, es importante partir de la distinción entre indigenismo y conocimiento científico del indio; lo primero es una ideología, basada en un mito apologético y deformante del indígena, creado por los blancos. Este cuento vistió a los nativos de griegos, egipcios, europeos o de salvajes puros. Aunque también en su origen -siglo XVI- sirvió para defender a los aborígenes, al proponerlos como de igual creación divina que los europeos. En cambio, el indigenismo criollo, continuador del de Las Casas, exaltó al indio prehispánico mientras

despreció al que vivía junto a él, o fingía no verlo, como sucede en el Uruguay con los mestizos. La actitud criolla fue sentirse indio sin serlo pues, por un lado, persiguió y necesitaba esa identificación, a la vez que la negaba encarnecidamente.

No había nación indígena precolombina, pero cuatro siglos después del encuentro, al enterarse uno que los charrúas se defendieron, con uñas y dientes, se inflama el sentimiento nacional. Se les exalta porque resistieron, igual que en el presente, otros descendientes (de sangre mas no de piel o cultura), resisten al extranjero. El culto nacional se funda en una idea mítica del indígena, mientras hoy, ese mismo ser, es siervo, a la vez que le viene negada o reducida, su posibilidad, precisamente, de ser. Al mismo tiempo que se glorifica al pasado nativo, se reprime al indio actual, excluyéndolo de toda participación nacional seria. La pretendida disyuntiva, que aún ahora se maneja, entre modernización y tradición, no es verdadera pues en muchas naciones, ya desde el comienzo de la vida independiente, el etnocidio (el físico no siempre es el peor) ha sido disfrazado de paternalismo e integracionismo. La lucha por la independencia no fue sólo anticolonialista sino también de reivindicación social y racial, aunque las historias oficiales hayan hecho lo posible por esconder o negar ese aspecto, y por desdibujar o desaparecer el papel de las masas indígenas y afroamericanas en ella. Los verdaderos héroes anónimos, forjadores de la revolución americana, fueron precisamente esas masas. La cuestión indígena en el continente se ha visto como una limitación al desarrollo y unidad -o más bien unificación- nacional; en realidad este problema remite al de la

tenencia de la tierra y la situación del campesinado. Para aumentar la confusión, Mariátegui, llegó incluso a mezclar lo étnico con la lucha de clases. Siempre se ha tratado de ver al indio como algo diferente de lo que realmente es ya sea por conveniencia, temor, ignorancia o idealismo.

El aborígen ha estado también ligado al paisaje, a la vez que ha sido considerado paisaje o folclore; visto como expresión de la tierra nativa, por esa teluricidad, se le asocia a la naturaleza. Ambos han recorrido caminos paralelos y están hoy muy destruidos. Buscar conservarlo, como al paisaje natural, como a una flor exótica en extinción, es un absurdo vergonzoso, porque la protección es de uso y no de promoción e integración. Es también innegable, que hacer ciencia pura de lo precolombino resulta difícil ya que en ella van de por medio las raíces de la nacionalidad. El problema radicaría, entonces, no tanto en su veracidad, sino en el por qué de la creación del mito o hecho histórico; no olvidemos que los ingredientes míticos en la historia se encuentran en todos los nacionalismos.

Otro aspecto del nacionalismo latinoamericano ha sido el político. El imperio español se desintegró y dejó un problema básico para los nuevos gobernantes, como fue el de la integración nacional, que debía conjuntar lo desintegrado. En la colonia, existía un poder central fuerte, autoritario y verticalista que convivió con poderes locales caciquiles. Durante la independencia, la atomización política llevó a muchos a optar realísticamente por el centralismo, frente al federalismo, aunque teóricamente el último apareciera como el mejor sistema. También el caudillismo local era verticalista por lo que el

continente no estaba habituado a la democracia, como Estados Unidos desde los primeros colonos. De ahí, que las soluciones serían las dictaduras donde el poder central eliminaba o negociaba con los caciques. Ellos tenían mayor obligación de ser patriotas que los españoles y muchas veces fueron peores; las ideas de patria y nación fueron puestas al servicio de sus intereses. Sin embargo, es cierto también que los caudillos no siempre eran los negativos, sino que, en ocasiones, las malas decisiones fueron influenciadas por los políticos o doctores que los rodeaban.

Los dictadores aglutinaron la nacionalidad y fueron más efectivos cuanto más carismáticos. Se enfrentaron así estos autoritarismos autóctonos, telúricos, contra los modelos ideales sajones, sostenidos por la clase culta; triunfaron los primeros porque comprendieron mejor los procesos americanos. Frente al problema sobre cuál era el sistema político que mejor nos reflejara, los liberales pretendían cambiar la realidad y los caudillos adaptarse a ella. En el fondo, los militares, generalmente, no han sido ni liberales ni conservadores, sino fieles a un espíritu de corporación. Sin embargo, en última instancia, más que los dictadores, el denominador común latinoamericano, en lo político, ha sido el republicanism.

La realidad, en ocasiones, y la idea en otras (década de los setenta en el cono sur), de la agresión externa, también han sido motores de nacionalismo político. Algunos, hasta la aprobaron, para que los foráneos pusieran orden a los problemas internos ya que traían la civilización (Sarmiento, Alberdi, los conservadores mexicanos); otros quisieron resolverlo todo solos especialmente con la ayuda del

ejército. El enfrentamiento con potencias extranjeras fue creando un nacionalismo interno, a la vez que aliados internos a esas potencias.

Tampoco el campo económico ha escapado de la intención por reforzar la integración nacionalista. Se ha intentado la creación de un mercado interno para fomentar cierto crecimiento y, al mismo tiempo, hacer sentir a cada habitante esa ligazón entre todos en un punto superior llamado patria. Ese desarrollo -cíclicamente- se ha replanteado hacia adentro: mirando la autosuficiencia e interregionalismo, o hacia el exterior: privilegiando los grandes latifundios para la exportación monoprodutora. Disyuntiva que se presentó, por otra parte, desde el mismo inicio colonial, con las grandes haciendas de los conquistadores enfrentadas a los modelos comunitarios de integración. (inspirados en lo prehispánico), como fue el de Don Vasco. En esa búsqueda interna, el patriotismo, muchas veces, se centraría en el mestizaje indígena, como elemento aglutinador, pues objetivamente no era posible -ni se quería- mirar al pasado precolombino puro, y tampoco se podía confiar en los criollos terratenientes o comerciantes. En este siglo, el nacionalismo económico ha sido también frecuentemente, explícita e intencionalmente, asociado a las nacionalizaciones.

En lo cultural, el nacionalismo continental surgió como forma de antiimperialismo. Para Rodó, importante exponente y pionero de esta afirmación, el imperialismo era principalmente cultural; lo denunció en Ariel con la valoración afirmativa y humanista latinoamericanista frente a la nordomanía. El que uno de los primeros

latinoamericanos en levantarse frente a los nórdicos fuera uruguayo es coherente con el momento de su país, que era el más desarrollado del área. En cierto sentido, el Uruguay sólo es comparable a sí mismo, entre distintos períodos, pero no con el resto del continente. El autor tenía una sensación de frustración en su ideal humanista y de unidad nacional, que el progreso material no satisfacía. Pensaba que el hombre americano debía aspirar al progreso sin negar sus valores espirituales ni deslatinizarse. (25).

Por último -aunque no en importancia- dentro de esa unidad nacional y cultural latinoamericana un papel fundamental lo ha jugado, sin duda, el idioma. Este no sólo representa una semántica y sintaxis comunes sino, y sobre todo, una forma de pensar, construir, ver y enfrentar la realidad. Una lengua, más que su gramática y vocabulario, constituye un modo de relación y pensamiento que cala mucho más hondo de lo que la apariencia muestra. Hoy día, por un lado, se habla poco de esa unidad de idioma, ya que prevalece ampliamente lo económico, pero, a la vez, las grandes cadenas de comunicación buscan, dentro de sus proyectos expansivos, la integración -a partir del idioma- ya no sólo del continente americano, sino de éste con Europa y el resto del mundo hispanoparlante. En épocas de V Centenario, la América hispana intenta conquistar al Viejo Mundo, aunque con metas puramente comerciales. Sin embargo, el idioma común, si bien es importante para una nación, no le es suficiente para su constitución, y está más bien ligado a la nacionalidad.

II.3.- AMERICANISMO Y PANAMERICANISMO: EL IDEAL DE LA PATRIA GRANDE

Un aspecto del nacionalismo latinoamericano -mejor llamado continentalismo en este sentido- que consideramos oportuno desarrollar por separado, es el que hace referencia a los continuos intentos por cristalizar alguna forma de integración continental; Artigas y otros libertadores lucharon incesantemente por ello. Los nombres para estos proyectos no han faltado: Patria Grande, americanismo, panamericanismo, "nuestra América", interamericanismo, latinoamericanismo, etc. Las ideas tampoco han escaseado, aunque las concreciones sí; una proposición, que a primera vista parecería muy lógica y factible, siempre se ha empantanado. La división ha seguido siendo el rasgo saliente hasta hace unas décadas, mientras hoy, coyunturas económicas y políticas, parecen forzarnos a intentar algo en común.

No puede ser fácil integrar y transformar un continente en que conviven culturas en estadios diversos con diferentes formas políticas que se han ido alternando. En la independencia, las nacientes repúblicas tenían casi todo en común, pero estaban poco vinculadas económicamente por la política colonial, y separadas por barreras geográficas; ésto lo aprovecharon las grandes potencias para mantener la división continental e incentivar el comercio exclusivo con las metrópolis. Una dependencia colonial era sustituida por otra aunque con el velo de la libertad.

Constatar las dificultades que se han tenido con el continente para esa unidad, permite valorar aún más los intentos exitosos en otros lugares, ya que la problemática es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Si comparásemos las condiciones comunes

en América y Europa debería haber sido más fácil la unión latinoamericana, pero la integración no es una fórmula matemática, o una combinación de laboratorio, donde siempre que se mezclen los elementos se obtendrá la misma reacción. Allí interviene algo más, que es la historia, donde las coyunturas son siempre distintas e imprevisibles. Consideramos que en América la geografía ha sido decisiva, y no sólo física, sino psicológicamente, pues esa sensación de inmensidad e incomunicación influyeron para hacer sentir el proyecto integrador casi irrealizable. En cambio, en los pasos intermedios -creación de confederaciones regionales- sí la coyuntura histórica ha sido más importante que la geográfica. Se ha exagerado y absolutizado mucho la relación idioma-mentalidad, olvidando la importancia del proceso histórico en que están inmersos. También, muchas veces, se hipotiza una base que supone más igualdades (no similitudes) de las que realmente existen, en un mestizaje muy complejo y variado en cada zona. Quizás, una dificultad ha radicado en moverse al nivel de grandes generalidades -no siempre bien profundizadas- y no esforzarse en impulsar el nivel intermedio regional. Paradójicamente, un ejemplo totalmente coyuntural, de progresos en ese grado, ha sido propiciado por los gobiernos militares de los setenta que, al mandar al exilio a tantos, han ayudado a un mayor acercamiento a todo nivel en el continente. Resulta triste que lo que una sean las desgracias: guerras, deuda externa, dictaduras; es también una reacción muy humana y repetida en la historia.

Como apuntábamos en el subcapítulo anterior, la misma revolución de independencia, en su gestación, surgió como un movimiento

americanista que veía una causa común entre los criollos. Luego, los libertadores tuvieron ideales de integración más allá de su ámbito, especialmente los de la América del sur. Habían influido las ideas universalistas ilustradas, a la vez que la misma geografía, que en la parte meridional presenta una exuberancia de tamaño inusual en sus ríos, cordilleras, valles, desiertos. Ello facilitaba la conciencia de la necesidad de integrar las regiones para lograr la subsistencia mientras, otras zonas, como Mesoamérica, por ejemplo, se veían a sí mismas, en su autosuficiencia, como el mundo entero, sus límites históricos eran claros y la geografía tenía dimensiones humanas.

Dentro de estas corrientes americanistas -porque enfrentadas a Europa- no faltaron los antagonismos prácticos y teóricos, como decidir si Estados Unidos, Brasil o el Caribe participaban en esas uniones. Desde los orígenes latían ya el panamericanismo y el latinoamericanismo, pues el término de América era muy ambiguo. Expresiones importantes de este americanismo fueron el congreso de Panamá (1826) y los dos congresos americanos de Lima (1847-48 y 1864-65); abundaron además los congresos, uniones y confederaciones de todo tipo. Anterior a los libertadores, Francisco Miranda había ya redactado la constitución de un futuro estado hispanoamericano independiente y unificado, concebido como monarquía de origen incaico con un sistema parlamentario similar al inglés (26); él ya hablaba de "nuestra América" al igual que otros se referían a la patria del Nuevo Mundo. En el fondo, era una monarquía parlamentaria como la inglesa; pero desde el nacimiento del proyecto ameri-

canista existió una búsqueda de síntesis entre lo autóctono y lo moderno (desechando lo español), entre el pasado y el futuro (desechando el presente colonial). Más adelante, Artigas y los demás libertadores hablaron del "sistema americano", aunque las proposiciones de integración eran muy diversas. Lo que percibían todos era que, sin un respaldo fuera de sí mismas, estas nuevas naciones encontrarían muchas dificultades para sobrevivir.

Sin embargo, con la paulatina consolidación de las naciones, y las oligarquías criollas reducidas cada vez más a sus particulares y limitados intereses, el americanismo estaba en plena decadencia en la segunda mitad del siglo pasado. El latinoamericanismo no estaba maduro para sucederle, aunque contara con figuras importantes entre sus adherentes, como Francisco Bilbao, Eugenio de Hostos y José Martí. Por ello, la creciente influencia sajonzante cristalizó en la llamada Unión Panamericana que sustituía a la frustrada Unión Americana y a la embrionaria Unión Latinoamericana. Así, el viejo americanismo, de cuño hispanoamericano, fue desdoblado en panamericanismo y latinoamericanismo (27).

El panamericanismo, derivado de Pan América (1889), encarnación de la concepción expansionista estadounidense, creció rápidamente y prevaleció como tendencia hasta mediados del XX. Las naciones latinoamericanas empezaban su desarrollo capitalista y se integraban cada vez más a la órbita del imperialismo norteamericano que sustituía al británico; las decisiones políticas estaban muy influenciadas por esa potencia. Estados Unidos necesitaba mercados exteriores para recibir los productos de su veloz desarrollo industrial y para iniciar

su concentración monopólica; comenzó así a estimular una fuerte política de inversiones en América Latina que incrementó el endeudamiento continental y lapidó las posibilidades de autonomía. Una primera meta era desplazar a Europa del continente y mantener la fragmentación de los estados latinoamericanos.

El padre del panamericanismo, James Blaine, al lanzar la idea de convocar a una conferencia panamericana al Congreso estadounidense en 1881, la vio rechazada por la oposición interna. Una vez más, como ayer en el frustrado acuerdo con Benito Juárez para construir un canal interoceánico desde el istmo de Tehuantepec, y hoy en la designación de embajadores, la propia oposición interna estadounidense defendió los intereses latinoamericanos, ante la incapacidad de hacerlo de los propios afectados. En ese caso, fue sólo la prolongación de una espera que cristalizaría tarde o temprano, como sucedió en la Conferencia Panamericana celebrada en Washington entre 1889 y 1890. Aunque el primer uso oficial del término fue hasta 1910, con la instalación de la Unión Panamericana en la capital estadounidense, oficiosamente ya era habitual. Sin embargo, Estados Unidos no había desaprovechado esa década, y crecía su intervención en la resolución de conflictos regionales, en una búsqueda por desplazar a Gran Bretaña como árbitro; además de las relaciones globales intentaba incrementar las bilaterales.

La necesidad de esos mercados suavizó el lenguaje norteamericano en aras de un trato amistoso y fraternal; el mismo Blaine usaba la expresión "nuestra América". En la conferencia de 1889, Estados Unidos solicitó la unidad aduanera, el arbitraje obligatorio y la construc-

ción de un gran ferrocarril comercial. Argentina capitaneó la resistencia al proyecto panamericano por estar ella en expansión y depender mucho de Gran Bretaña. El delegado Roque Sáenz Peña opuso a la fórmula norteamericana de "América para los americanos" la de "América para la humanidad", que entrañaba la posibilidad de vincularse con quien desearan y contener el avance estadounidense (28).

Al panamericanismo había ido oponiéndosele la idea, nunca concretada, de "nuestra América". En las Antillas, esa actualización del bolivarismo presentó características novedosas pues, además del vigor y el dramatismo de la lucha, simultáneamente anticolonista y antiimperialista, hubo un tinte apostólico en las acciones donde se dio la vida por América (Hostos, Martí), con apelaciones a los gobiernos y al pueblo. Hostos hablaba de una "americanización", como oposición a la monarquía, en favor del republicanismo, pero no en un sentido cultural (29). Martí luchó por un estado antiimperialista democrático revolucionario dirigido por la pequeña burguesía y los trabajadores. Buscaba fundar "nuestra América" desde las raíces del pueblo, algo muy diferente de la de Blaine, y sí en consonancia con la de los insurgentes emancipadores.

1948 fue una fecha clave para el panamericanismo y el latinoamericanismo: el primero, se transformó infructuosamente en interamericanismo y creó la Organización de los Estados Americanos (OEA); el segundo, fue acogido oficialmente en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a través de la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Se invirtieron los papeles: uno empezó su decadencia y el otro su crecimiento. Para Ardao, la crisis del pana-

mericanismo había iniciado en la conferencia de La Habana (1928) al discutirse el principio básico de la no intervención; esta corriente nunca logró la unidad y sí acentuó la dicotomía entre sajonismo y latinismo.

El latinoamericanismo había empezado a desarrollarse, como idea, por un pequeño núcleo de intelectuales hispanoamericanos, residentes en París, hacia mediados del XIX. El iniciador fue el colombiano José María Torres Caicedo, con la creación de una Liga Latinoamericana (1861) y la publicación del libro Unión Latinoamericana (1865); de tono defensivo ante la idea del Destino Manifiesto, a la vez que universalista (30). Más que a una cuestión lingüística hacía referencia a las relaciones de "nuestra América" con Europa y Estados Unidos ya que cada vez más la amenaza venía del segundo. Se propiciaba esta conciencia de las dos nacionalidades en el continente, junto a un mayor conocimiento del mundo latino, pues veían en la latinidad la posibilidad de cohesión continental y de alianza con la Europa afín. Hasta mediados del XX dicha corriente sería ignorada en círculos oficiales pero difundida en ambientes académicos, intelectuales y artísticos a través de publicaciones; Ariel fue muy importante para su desarrollo.

También el movimiento de la Reforma Universitaria, iniciado en Córdoba en 1918, fue nacionalista y americanista. Su sentido iba más allá de la enseñanza al significar la oportunidad para las clases populares de acceder al ámbito universitario. La revolución, por necesidad, se hizo dentro de las aulas pero los postulados iban más allá: antiimperialismo y construcción de la Patria Grande. Estos lemas fueron retomados por Haya de la Torre en la fundación de la

Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) (31), en un intento de construir un partido político continental.

En marzo de 1925, se reunieron destacados intelectuales para declarar constituida la Unión Latinoamericana, que fomentaría la unión confederada en libertad e independencia. Hubo también otras iniciativas similares en ese año propuestas por José Ingenieros. En Centroamérica, Sandino -en busca de apoyos externos a su campaña- lanzó en 1929 un proyecto bolivariano, para presentarse en una conferencia continental que nunca se realizó, donde proponía: una alianza latinoamericana para defenderse de Estados Unidos, la creación de una nacionalidad llamada "latinoamericana", la fundación de instituciones de arbitrio democrático continental, la unificación de tarifas aduaneras, la formación de una Alianza, como paso previo a la Confederación, que culminaría el "gran destino de la Nacionalidad Latinamericana". Todo bajo el lema que José Vasconcelos acuñó para la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM): "Por mi raza hablará el espíritu" (32).

A la creación de la CEPAL, en 1948, le siguió un proceso de institucionalización y reconocimiento internacional con la erección de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL, 1949), de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC, 1961), del Sistema Económico Latinoamericano (SELA, 1975), etc. Muchos de estos intentos económicos fracasaron por motivos de mercado, productividad o relación comercial. Sin embargo, en el mundo actual la interdependencia de las naciones muestra la insuficiencia del estado nacional ante la complejidad creciente; la comunidad regional es una necesidad de la vida internacional. Son ejemplos, entre otros muchos, la Comunidad Económi-

ca Europea (CEE), la Organización de las Naciones Africanas (OUA), la organización de los siete países más industrializados, el Grupo de la Cuenca del Pacífico. A los países latinoamericanos, al parecer, les resulta más fácil aliarse con los de otras latitudes que entre sí. En América Latina tímidamente, de reciente, han habido intentos, más que de unión, de comprensión que las dificultades de cada país son comunes -no pueden ser resueltas separadamente- y afectan a todos los del continente; tímidamente hubo también muestras de solidaridad.

Ante coyunturas políticas (conflicto centroamericano) o económicas (deuda externa) surgen grupos como Contadora, el de los Ocho, otros de apoyo; hasta las mismas asunciones presidenciales (Salinas, Borja, Pérez) han servido al propósito integrador. También en lo cultural, en lo artístico, en los medios de comunicación, han habido avances al respecto; muchas iniciativas más no han prosperado (club de deudores morosos). Hoy, la integración es propuesta fundamentalmente por practicidad económica y sin la carga idealizada del pasado, pero tal vez sea ésa la única forma en que se concrete, aunque lo deseable es que en el futuro no sólo las dificultades unan. Sin embargo, la unión no se dará espontáneamente: a lo cultural y económico deberá seguir lo político; y a todos ellos el sacrificio de algo particular en aras de un bien común que a la larga suplirá con creces esa renuncia. Frecuentemente, se cree que la unidad cancelaría las diversidades, pero no se trata de hegemonías sino de concientizarnos de lo común y usarlo a favor.

Ares Pons sostiene que, en las últimas décadas, la nación y la nacionalidad ya no son dominantes en la política internacional, al

haber surgido una nueva entidad posible de denominarse super-nación o super-estado (Estados Unidos, URSS, China, Japón) (33). La Comunidad Europea podría ser otro ejemplo de nueva super-nación, propiciada por la unión de pequeños estados para defender su autonomía. Estas grandes potencias, a pesar de tener muchas identidades dentro de sí, se presentan al exterior como un bloque homogéneo. Así, como la revolución industrial generó el desarrollo de los estados-nación, la revolución post-industrial ha favorecido la integración de bloques supra-nacionales.

El problema de fondo es la pérdida de soberanía de las naciones frente a estas grandes potencias. Paradójicamente, al comenzar este fenómeno, después de la segunda guerra mundial, surgieron también muchas nuevas naciones independientes. El mismo historiador uruguayo, y ferviente propulsor del americanismo, argumenta que ninguna nación del tercer mundo está en mejores condiciones que Hispanoamérica de convertirse en super-nación o Patria Grande. No existe región del mundo donde se recorran tantos miles de kilómetros con la misma lengua, con territorio continuo, con esa comunidad de origen, tradiciones, cultura y religión. Existe también una problemática común que plantea ese dilema de transformarse. En cambio, la dispersión demográfica, las diferencias geográficas que influyen en la estructura social regional, la presencia de culturas indígenas que aumentan la diversidad, los ojos puestos en el pasado, la desconfianza mutua y el espíritu localista han dificultado históricamente esa unión. Algunos de estos factores hoy ya no existen, pero la falta de un mercado común y de un proyecto político nacionalista siguen siendo trabas insalvables.

Hay también otro factor determinante en el legado hispánico, según Ares, que es la vocación mesiánica y el afán de trascendencia. Se necesita un ideal superior para mover a los pueblos hispanoamericanos y ese ideal sólo podría tener la dimensión de la Patria Grande; esa meta no sólo daría vida a un pueblo adormecido sino que transformaría la cultura humana. Seguramente tendrá su parte de verdad esta reflexión pero, no deja de ser otra verdad, el hecho que en estos momentos el pueblo latinoamericano atraviesa un empobrecimiento tan grande que, más que pensar en ideales de ese tipo, necesita buscar el pan de cada día -ésa es su principal fuerza motriz- y, por eso, la integración será vista como positiva en función, ante todo, de ese ideal superior: justicia social.

Si seguimos ahondando veremos que

"Se trata de un sueño, sí, pero un sueño que emerge de raíces hondamente enclavadas en la realidad y que tarde o temprano habrá de cuajar en una vigorosa y luminosa creación histórica, de trascendencia universal. El ideal de la Patria Grande no nace de un capricho intelectual, sino de imperiosas necesidades; aunque su formulación ha sido hasta hoy patrimonio de sectores de vanguardia, permanece larvado en el subconciencia colectivo de nuestros pueblos, como un perenne abstractum que ha de manifestarse algún día con toda su plenitud en la superficie del acontecer histórico" (34).

La super-nación confederada permitiría vivir al continente con sus naciones, y aportaría una síntesis cultural a la humanidad como fruto del mestizaje; la disyuntiva está entre Patria Grande y muerte chica. La América Hispánica es un territorio fragmentado en muchos pequeños países que separados no alcanzan a ser plenamente naciones y unidos pueden

ser una super-nación confederada, sin un centro poderoso; la alternativa planteada por esta corriente de pensamiento se sitúa entre sometimiento (desaparición) y soberanía. Oddone sostiene, sin embargo, que "América Latina es ya una comunidad de naciones; pero aún es una comunidad en germen" (35).

En realidad, con España se era ya, de alguna manera, una súper-nación colonizada por otra. Las muchas naciones indígenas existentes fueron homogeneizadas por la peninsular lo que ocultó por tres siglos una realidad de contrastes. La unidad escondía muchas diferencias que hasta hoy los procesos internos e internacionales no han podido zanjar. Además, esa integración no fue construída por los habitantes de este mundo nuevo, sino que la trajeron armada del viejo, como consecuencia de siglos. Era, más bien, una uniformidad que barnizó una profunda diversidad, sin lograrla anular a pesar de intentarlo. Claramente, la unidad que muchos buscan hoy no es hegemónica, sino una que justamente permita aflorar, sin temor, las diferencias, para ayudar a la plenitud.

Regresando al latinoamericanismo, y en lo particular al ámbito cultural, al hablar de "latino" sí existe una contextualización acerca del desarrollo y raíz de parte del continente, pero la palabra "americanismo", a continuación, resalta una diversidad dentro de lo latino. Encierra (esconde) lo hispano, pero no en relación a la madre patria, sino a una parte de América que tiene vida propia -es adulta- y por ello libre de recurrir a alianzas históricas (¿ o genéticas?) frente a los enemigos, o para integrarse universalmente. Con estos pactos, rescata y enriquece a la contraparte con su americanismo complejo y mestizo. Panamérica denotaba más una región geográfica pero Latino-

américa representa más una nacionalidad.

La cercanía del V Centenario ha sido motivo del resurgimiento o, mejor dicho, de la revitalización del latinoamericanismo. Concur-
sos, pronunciamientos, conferencias, institucionalizaciones, polémicas
terminológicas e interpretativas, etc. se irán multiplicando, en ambos
lados del océano, en busca de la identidad continental y de formas de
unión y cooperación. Algunos, la verán como una forma de integración
económica entre el Nuevo y Viejo Mundo, que coincidiría con la elimi-
nación de las fronteras europeas y el establecimiento de su mercado
común. Otros, como la posibilidad de unificar luchas contra el impe-
ralismo. Lo cierto es que la idea de Patria Grande latinoamericana
irá cobrando fuerza a medida que se acerque el simbólico 92, a lo que
se une también la mágica cercanía del segundo milenio (fecha aún no
ponderada suficientemente en sus alcances cósmicos y universales) que
podría, en algunas mentes tal vez, albergar la ilusión de la llegada
de una nueva era continental: la de su redención mesiánica. Esta úl-
tima es una veta que crecerá geométricamente hasta el 2000.

El tema de la integración continental -importante vertiente del
continentalismo- nació junto a las naciones de esta parte del mundo,
ha sido continuamente retomado desde entonces y la actual crisis
general, junto a las conmemoraciones del 92, parecen volverlo a replan-
tear con inusitada fuerza; a veces relativizando poco y absolutizando
mucho, escuchando menos y gritando más. Enhorabuena todo estímulo a
reflexionar sobre nuestra identidad, nuestra unidad (incluso con
España) y nuestro rumbo en todos los niveles. Bienvenidas discrepan-
cias y polémicas, si son con objetivos y medios constructivos, y para

el bien general, pero es deber rechazarlas si sólo sirven para el lucimiento personal, grupal o a intereses de minorías privilegiadas. Se ahondarán seguramente las divisiones, pero confiamos que el resultado final será una mayor comprensión mutua, empezando por el conocimiento de la historia de cada uno; además de solidaridad, justicia, respeto y pluralidad. La mejor preparación de una cosa es la cosa misma imperfecta -como en germen- y por ello estos sucesos harán crecer esa semilla; son pasos intermedios necesarios. Lo importante, con el problema, es no caer en prejuicios ideológicos -comunes en estos debates- sino ver hasta qué punto cada postura sirve al ideal y, en base a eso, tomar lo positivo.

Veamos ahora dos posturas bastante enfrentadas y extremas, pero significativas, en medio, y fuera de las cuales, hay un arco grande de alternativas. Luis Yáñez-Barnuevo, presidente de la Comisión Española para la Celebración del V Centenario, representante del pensamiento oficial español y, probablemente, de gran parte de Europa y de los gobiernos latinoamericanos, pide abrir los ojos al futuro en los programas que iniciarán. Esa cooperación (en beneficio de ambas partes) e igualdad entre los dos mundos, facilitará la utopía de la comunidad iberoamericana de naciones. España se ha propuesto, con éxito muy relativo, como intermediaria de América Latina en Europa; la meta, sin embargo, es ser plenamente europeos.

Según el citado secretario de estado, la presencia de España en la CEE no significa que se abandone a América Latina sino, por el contrario, "la latinoamericanización de la Comunidad" ya que la madre patria se considera " ... un país europeo con vocación latinoamericana.

Y esto no es contradictorio sino complementario, de acuerdo con nuestra personalidad y nuestra identidad" (36). Es cierto también que España ha ayudado a algunos países del continente (Argentina, Bolivia, Nicaragua, Ecuador) a pagar parte de su deuda externa, y ha suscrito con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) créditos para proyectos de desarrollo latinoamericanos. Pero esa forma de integración conserva todavía los tintes de misión a pesar del deseo por ser planteado igualitariamente. Nace de arriba, con la intención de ayudar a hacer (y ser) lo que no se conoce, sin la suficiente consulta y participación local; responde a una clara coyuntura política española y el único apoyo serio viene de autoridades oficiales. Tampoco la raíz de la que se origina quita ciertos matices populares, o de favorecimiento a los marginados, que puedan contener los programas.

Esa cooperación será sobre todo científica y técnica, porque lo cultural e histórico hacen demasiada referencia al pasado que se busca no hacer salir a flote, tal vez con parte de razón. Según Yáñez, "Perdernos en disquisiciones sobre lo que ocurrió en el siglo XVI y en el XVII está bien para los historiadores, para revisar esa historia, para hacer una historia con datos actuales, pero no está bien para la política. La política debe basarse en hechos reales de lo que hoy los pueblos están sufriendo, o disfrutando, y proyectar hacia el futuro una comunidad iberoamericana de naciones ..." (37). Puntualiza el mismo funcionario que "... esta conmemoración no será una apología de las guerras de conquista, sino una oportunidad para intensificar las relaciones y proyectar el presente y futuro de los pueblos iberoamericanos en asociación con España [y Portugal]" (38). Todo esto refleja

desde ya, la plena integración española en el tecnicismo post-industrial contemporáneo donde todo es el futuro, lo económico y el avance tecnológico en cada orden de la vida. A la vez, denota la dificultad para España de conjugar su vocación latinoamericana con la europea, que en el fondo es vocación tercermundista y primermundista.

Pero, ¿cómo sería esa integración a los ojos de los españoles?: es una Patria Grande propuesta por las autoridades ; podría hasta verse como una continuidad modernizada del panamericanismo, ya no sólo bajo la guía estadounidense, pues el término "ibero" la extiende a España y Portugal (que finalmente podrían representar a la Comunidad Europea). Este agregado "ibero" representa una novedad importante dentro del americanismo, aunque la posibilidad sea lejana si primero no se logra una unidad continental. La integración es vista como una decisión, más que como un discernimiento comunitario donde todos participan en igualdad de condiciones. El planteamiento viene desde arriba, por líderes (ayer caudillos) con cada vez menos contacto con el pueblo, lo contrario de los caudillos libertadores. Se da también la paradoja que, más de un siglo y medio después, otro rey de España -hoy sin corte ni corona- quiera la integración de sus ex-colonias (e integrarse a ellas) cuando su país luchó tres siglos contra ello. Lógicamente, la integración es vista más en la óptica de la unión de España con América Latina que del continente americano entre sí.

Una visión opuesta, en muchos términos, llega de otros ambientes, principalmente latinoamericanos: académicos, intelectuales y de algunas organizaciones populares. Allí, los ojos apuntan más bien al pasado, con la reconsideración histórico-moral del fenómeno, pero con poco

énfasis en la perspectiva integracionista que abre el 92; aunque sí la vislumbran sólo entre los países del continente. Reconocen las dificultades europeas para abordar el tema, la vinculación y persistencia de esa explotación colonial en el presente, pero no logran ver la concretización del ideal grande con claridad; en las metas permanecen en el terreno de las idealizaciones. La anterior posición oficial española ve la meta final pero no acierta en el camino, mientras éstos emprenden rutas positivas sin la suficiente visión práctica a largo plazo. En América Latina siempre ha sido difícil adaptar la realidad a las ideas. Estos grupos plantean, más por la postura de fondo que por las palabras, inicialmente el camino a través de la negación (de lo que no somos) que de la afirmación (de los que somos). Se explica también porque la iniciativa de los festejos y argumentaciones vino del Viejo Mundo, por lo que la primera etapa ha sido responder, para que lentamente surjan los proyectos autóctonos alternativos y afirmativos. Sin dejar de ser cierto que hemos perdido la memoria colectiva, la capacidad de ver la historia subterránea de los humillados de la tierra a causa de intereses" ... en que América Latina continúe escupiendo al espejo, o sea, continúe siendo una región del mundo que se desprecia a sí misma. Una región que se niega a sí misma porque así se mira con los ojos de sus amos" (39). Indudablemente, el problema de la identidad está muy asociado al de la visión global del continente y su autodeterminación; en mucho también referido a la cuestión nativa, razón por la cual las organizaciones indígenas (organizada o espontáneamente) han multiplicado sus reclamos sobre la condena a celebrar lo que para su visión fue un genocidio, empezado hace 500 años y aún no acabado. Propondrán

por eso, un Tribunal de los Pueblos para juzgar la Conquista y Evangelización. Resultaría incompleta la visión del V Centenario si se dejara de lado uno de estos dos elementos: identidad e integración.

Esta posición, opuesta a la oficial española, ve la comunidad latinoamericana como continuidad del americanismo de los libertadores; en el fondo, ambos proyectos integradores -panamericanismo y latinoamericanismo- han perdurado históricamente aunque adaptándose a los tiempos. "Será dentro de la titánica idea de Bolívar sobre 'América, la Patria Grande', reafirmada en el ideario de 'nuestra América' de José Martí y la praxis abnegada de millones de latinoamericanos que se ha de crear el Mundo Nuevo americano poblado por hombres hermanados. Al V Centenario de la conquista de América hay que entenderlo como una oportunidad para integrarse a esta gran tarea" (40).

Quienes realmente están construyendo -subterráneamente y con menos aparatosisidad- la Patria Grande son los movimientos de solidaridad (asociaciones por la tierra, de derechos humanos, comunidades eclesiales de base, equipos de pastoral social, etc.), especialmente entre los que más vienen sufriendo las crisis económicas; lo que José María Arguedas llamaba la "fraternidad de los miserables". Son muchos los héroes anónimos de estos esfuerzos y abundante es su generosidad y entrega; igual sucedió en las luchas de emancipación. Para ellos ha sido, a través del dolor compartido, mucho más fácil lograr pasar de lo local a lo continental, sin atravesar tantas teorizaciones sobre la suerte de los indígenas o la estructura política de una comunidad. El interés principal es la justicia y la paz

(con todas sus derivaciones) vividas a partir del compartir situaciones precarias. Este fermento continúa creciendo rápidamente y, si bien sólo parece semilla, es sólida (41). Como en muchas situaciones de la vida cotidiana, lo que no se ve -lo más pequeño e insignificante- pesa más de lo que vemos.

En México, se ha dado con la acogida de los refugiados centroamericanos en el sureste, en la capital y ya por todos lados. En este caso, por un lado, es parte de la misma conciencia local, pues poca es la diferencia geográfica, histórica, étnica y social entre Chiapas y esa región guatemalteca pero, por otro lado, no se ignora que esas gentes provienen de otra nación latinoamericana con otro gobierno y problemas. Han sensibilizado, concientizado y unido más estas dificultades.

Algo similar ocurrió en la década de los setenta en América del sur, donde mucha gente políticamente perseguida se refugió en otros países continentales, y con el conocimiento mutuo, además de la solidaridad, se logró eliminar barreras (hoy día la geográfica es la más fácil de superar) y trabajar por la unidad. La Patria Grande es ante todo una experiencia de unidad y solidaridad entre las personas. Decía Roa Bastos, que las identidades reales se revelan en la lucha de sobrevivencia por una expresión individual y colectiva; de esas luchas surgen los dirigentes con fuerza y compenetración con las colectividades (San Martín, Bolívar, Artigas, Juárez, Martí) (42). También es cierto que el término Patria Grande funciona como una especie de slogan; en la realidad es muy difícil sentirse identificado con una patria así de extensa, que alcanza regiones tan lejanas, de las que

sólo se conoce -por la razón - que comparten afinidades, pero que no se han vivido. La patria es algo que uno debe experimentar y no una conceptualización u organización, aunque lo segundo, en su momento, sea indispensable.

Así es como verdaderamente se va construyendo no sólo una América Latina unida y nacionalista sino, sobre todo, distinta y más libre; más que con tantos pactos, discursos o tratados. Esos acuerdos han fracasado, entre otras razones, por ser hechos entre gobiernos sin una base popular o por carecer de la fuerza de una convocatoria multilateral; la solidaridad latinoamericana existe entre los pueblos pero casi no está presente al nivel de los gobiernos. Históricamente, la tendencia general del continente ha sido el buscarse a sí mismo (conocimiento que debe hacerse dentro de la universalidad y no de lo local) fuera más que dentro, por eso ha importado toda clase de situaciones y objetos de las metrópolis, además de formas culturales que le son extrañas y encima violentas.

Con un poco de exageración, entre la ironía y el desencanto, podría argumentarse que, gracias a la autodevaluación, sí se ha construido una Patria Grande a este nivel, sobre todo, en el consumismo y lo mental. El fenómeno no afecta sólo a América Latina, pero sí la agrede en forma especial, ya que su propio desarrollo nacionalista y la dificultad para encontrar una identidad la han hecho muy vulnerable a esa penetración de patrones ajenos, que cada vez la uniforman más pero la unen menos. El anhelo de integración de muchos es el opuesto: donde la unidad sea superior a la uniformidad. Este mismo error, a nivel continental, ha sido hecho también, a nivel local, pues en varios países se ha confundido -intencionalmente- unidad con uniformidad.

NOTAS AL CAPITULO SEGUNDO

- (1)- R. Carrillo Arronte. "El nacionalismo ...", p. 121
- (2)- L. Costa Pinto. Nacionalismo ..., p. 33
- (3)- C. Rodríguez-Aguilera. "La nación ...", p. 69
- (4)- E. Torres Rivas. "La nación !..", pp. 101, 102
- (5)- J. Meyer. "Religión y ...", pp. 53, 54
- (6)- E. Polakovic. La formación ..., pp. 9-11
- (7)- C. Rodríguez-Aguilera. Op.cit., p. 65
- (8)- Ibidem, p. 57
- (9)- I. Sosa. "De la patria ...", p. 10
- (10)- J. Vázquez de Knauth. Nacionalismo y ..., p. 9
- (11)- L. González. "En México ..."
- (12)- A. Villegas. "Patriotismo ..."
- (13)- L. González. "Patriotismo ...". Cfr. J. Zepeda Patterson.
"La nación ..."
- (14)- J. Lederach. Educación ..., p. 90
- (15)- Ibidem, p. 99
- (16)- E. Frost. "Rechazo y ...", p. 18. Hoy día se ha retomado el término
"e incluso la concepción original- de "nuestra América" con motivo
del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, y organizaciones
indígenas campesinas han iniciado ya una campaña denominada pre-
cisamente "Autodescubrimiento de Nuestra América".
- (17)- S. Zavala. El mundo ..., pp. 611, 613
- (18)- E. Frost. Op.cit., p. 27
- (19)- C. Valcárcel. Rebeliones coloniales ..., pp. 105-116
- (20)- J. La Faye. "La conciencia"..."
- (21)- R. Soler. Idea y ..., pp. 267-274
- (22)- L. Zea. América como ..., pp. 86-88
- (23)- J. Oddone. "Regionalismo y ..."
- (24)- A. Villegas. Reformismo y ..., pp. 9-37
- (25)- En la actualidad esa disyuntiva de identidad continental, entre
latinismo y sajonismo, ha sido replanteada en un simposio de la
UNAM y el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoameri-
canos (CCyDEL) compilado en: L. Zea et al. La latinidad

También puede ampliarse todo el aspecto de la búsqueda de identidad en referencia al indígena, a la negritud y a lo cultural en: L. Zea. El pensamiento ..., pp. 451-540.

- (26)- E. Erro. "Patria Grande ...", pte. I
- (27)- A. Ardao. "Panamericanismo y ..."
- (28)- T. Halperin Donghi. Historia ..., pp. 287,288
- (29)- R. Soler. Op.cit., p. 230
- (30)- A. Ardao. Op.cit., p. 162
- (31)- R. Ares Pons. ¿Es viable ... p. 33. Cfr. G. y H. Beyhaut. Historia Universal ..., pp. 238-241
- (32)- A. Sandino. "Plan de ..."
- (33)- R. Ares Pons. Op.cit., pp. 19-45. El autor es un importante ideólogo, junto a Servando Cuadro, de un movimiento uruguayo definido como nacionalista, popular y revolucionario, con características caudillescas, llamado de la "Patria Grande". Aunque no se definen socialistas, promulgan el artiguismo como camino realista de la sociedad uruguaya hacia el socialismo; la cuestión nacional es fundamental en el movimiento. El fundador fue un senador, muy popular y perseguido, de nombre Enrique Erro. Nació dentro del tradicional Partido Blanco y luego, como Unión Popular, estableció una coalición con el Partido Socialista (1962); posteriormente se incorporó al Frente Amplio. Mientras en las elecciones presidenciales de 1966, sin ninguna infraestructura, obtuvieron 2000 votos en las de 1971 tuvieron 70000. Las ideas principales de Cuadro pueden encontrarse en: S. Cuadro. Los trabajos ...
- (34)- Ibidem, p. 38
- (35)- J. Oddone. Op.cit., p. 236
- (36)- L. Yáñez. "España no ...", p. 41
- (37)- Ibidem.
- (38)- L. Yáñez. "España estaría ..."
- (39)- E. Galeano. "Hay que ...", p. 5. Cfr. L. Zea. La filosofía ...

- (40)- H. Dietrich. "Identidad y ...", p. 7
- (41)- G. Gutiérrez. Beber en ..., pp. 31, 32
- (42)- A. Roa Bastos. "Una utopía ...", p. 14

CAPITULO TERCERO

EL PROCESO NACIONALISTA URUGUAYO: ARTIGAS, COMO FACTOR INTEGRADOR

La nación como fenómeno histórico en América Latina empezó a gestarse, según hemos visto, desde la época colonial, a través de los distintos grupos mestizos y nativos, con sus reivindicaciones paritarias e insinuaciones autonómicas. El tiempo y la situación española convertirían esos reclamos en naciones independientes que se consolidarían, por la fuerza del estado, en la segunda mitad del siglo XIX.

El proceso nacionalista uruguayo que describiremos, encuentra en Artigas uno de los pocos, o quizás el único, punto unificador que aún hoy pervive; a pesar de las leyendas blancas y negras. Daremos una visión histórica de este nacionalismo junto a los elementos más destacados en que se ha centrado la nacionalidad. La gama es vasta aunque no siempre fincada en la realidad.

En la segunda parte de este capítulo, haremos un recorrido por los procesos educativos del país, como antecedente a los dos capítulos finales, que tratan sobre el nacionalismo en la educación primaria, visto a través de Artigas.

III.1.- NACIONALISMO Y NACIONALIDAD ORIENTAL

Dentro de la gama de mestizos en la Banda Oriental, y regiones aledañas, destacaba un personaje muy singular: el gaucho. No son pocas las opiniones que lo ven como la especificidad de la nacionalidad uruguaya (mientras otros la centran en la inmigración). Hombre totalmente desenvuelto en el medio rural con una personalidad entre enigmática y anárquica. Su vida era, por un lado, muy dura, en medio a esas

extensas praderas desoladas y solitarias pero, por otra parte, la casi inexistencia de fronteras y abundancia de ganado le servían en bandeja su subsistencia. Ello aparejaba una absolutización de la libertad junto a un exacerbado individualismo; dos rasgos salientes de la psicología nacional uruguaya. Mismo si debía perecer, para que la nación fuese posible, legó su espíritu que "... anima aún todo el fondo de nuestro inconsciente colectivo" (1).

Al oponerse a Montevideo -dominado por la oligarquía comercial española- la población criolla, principalmente rural, trató de acentuar sus rasgos diferenciales, nacionalistas, y tendió a identificarse con el tipo que más expresaba su carácter: el gaucho. El país entero se volvió gaucho, incluso "... el patriciado [radicado en Montevideo con propiedades en el campo] progresista tipo Sarmiento, hijo espiritual de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, en sus regateos con las grandes potencias, se jacta de su esencia criolla, recoge los atributos gauchescos para afirmarse, para hacerse una idiosincracia diferenciadora y no ser una mera hechura del imperialismo" (2). Se buscaba algo específico donde fincar lo propio, y lo indígena no podía ser usado en el Uruguay.

Extrañará, sin duda, que en este proceso de definición de los elementos que caracterizarían la formación de una nacionalidad y un nacionalismo, dentro de un país latinoamericano, no mencionemos la religión católica ni la iglesia. El Uruguay atravesó en este aspecto -como en otros que veremos- una situación sui generis en el continente. Cuando la Banda Oriental empezó a integrarse, después de la fundación de Montevideo, y a ser una realidad, a fines del XVIII, la reli-

gión ya no jugaba el papel del XVI y XVII en América y Europa; los misioneros llegaban con otra mentalidad y el sentido del hombre en la vida era otro. Ese siglo ilustrado se caracterizó por sus ideas anticlericales por lo que se fue paulatinamente descristianizando la sociedad. Además, la influencia española en la Banda compitió fuertemente con la portuguesa, inglesa y francesa. La pobreza de la región y del clero, junto a su importancia muy secundaria, hicieron el resto. En ese contexto espiritual nació el germen de la nacionalidad oriental y uruguaya.

La revolución de independencia, cuyo proceso duró unos quince años, vio crecer manifestaciones que incubaban el futuro nacionalismo. Allí, la nacionalidad oriental se fue clarificando, y la convivencia hacia un ideal libertario superior unió a distintos grupos sociales, que no tenían mucho más que un territorio y la lengua en común. Ese pueblo, integrante de una provincia, saldría del ciclo, a su pesar, perteneciente a una nación libre. El inspirador y guía de todo ello fue Artigas (aunque él sólo buscara la autonomía dentro de una Liga de provincias); pero el destino quiso que no viviera de cerca el final del sueño cumplido. Para muchos -que vivieron el momento y contemporáneos, nosotros entre ellos- esa nacionalidad tomó conciencia de sí misma y de su nacionalismo en el éxodo; y terminó de afianzarse en las batallas sucesivas. Si especificamos un poco más, podría decirse que "Este sentimiento terruñero conjugado con el encono a la ciudad, es la primera raíz del particularismo oriental. El hombre de la pradera -el vencino poblador, el paisano industrial, pero también el gaucho, el indio y el mestizo- refiere a su 'pago' y a su tierra su definición

de 'americano'..."(3).

La semilla nacional nació entonces con un carácter marcadamente popular y de rebeldía ante la opresión; se gestó en la lucha independiente y tuvo un momento central durante el gobierno artiguista en la Provincia Oriental. El libertador se convertirá, en forma más o menos intensa, en un importante, o el principal, elemento de unión para la nacionalidad uruguaya, y en el germen del que casi brotó todo nacionalismo.

Un ex-presidente uruguayo durante el reciente período militar, Alberto Demicheli, más que en lo popular y el prócer como representante de ese sentir, fija el origen nacional en un culto personalista a Artigas. Es una manera sutil de esconder qué raíz e ideales encarnó esa figura. Sin duda existía el culto, pero no era fin a sí mismo, sino que representaba la exaltación de ciertos valores y sectores sociales (4).

Otros, como el destacado historiador Francisco Bauzá, ven en cambio la formación de la nacionalidad basada en tres elementos coloniales: los jesuitas que preservaron y valoraron la raza primitiva ante el conquistador; los portugueses que exploraron y marcaron las pautas del futuro desarrollo económico y político; los españoles que descubrieron la tierra y usaron las anteriores experiencias para sus fines (5).

Curiosamente, quien terminó de concretar el sueño artiguista -aunque extremado y deformado- y de Lavalleja, no fue oriental sino inglés: Lord Ponsomby. El Estado Oriental del Uruguay -constituído como república- fue fruto, creación e invención de la diplomacia

británica en la Convención Preliminar de Paz de Río de Janeiro (1828), ante la necesidad de tener una cuña o tapón entre quienes se perfilaban como las dos grandes potencias de América del sur. Sería un territorio neutral a partir del cual los ingleses filtrarían su comercio e influirían políticamente en los vecinos. Un nacimiento tan debilitado y dependiente sólo podía presagiar vasallaje; la oligarquía criolla vinculó su suerte al Imperio Británico y, en vez de ser la base de un nacionalismo y nacionalidad en formación, fue la intermediaria con las potencias extranjeras. Desde el comienzo, el país fue llevado a ser una factoría británica, aislada del continente, a la que sus élites dirigentes consideraban una isla europea (6). Existía un rechazo a solidarizarse con una problemática similar regional, junto a un deseo de establecer diferencias de identidad respecto a los demás países del área. Pero una declaración no podía transformar automáticamente una provincia, apenas en ciernes, en una nación. Por ello tantos avatares para consolidar esa nación, aún inexistente fuera del papel, lo que sólo se logrará en la década de los setenta con el militarismo de Latorre; el Uruguay sufrió antes como estado que como nación.

Desde la creación (jurada la Constitución el 18 de julio de 1830), el Estado Oriental padeció para determinar su espacio geográfico, especialmente con Brasil, ya que con Argentina el río Uruguay facilitaba la delimitación. Lo primero para una existencia nacional es la referencia territorial que debe tratar de ser lo más cercana posible a la, o las, nacionalidades en ella incluídas; la no correspondencia histórica entre estos dos factores ha causado hasta hoy

innumerables conflictos. Ese naciente estado no era aún nacional porque sus mismos habitantes vieron impuesta una independencia que no buscaban. Ellos se sentían pertenecientes a una nación (región) que había sido la Liga Federal y algunos, tal vez, también a una realidad supra-nacional que era la patria hispanoamericana. Pero ver a su pequeña Banda Oriental, desprovista de cualquier defensa o recurso importante, constituida en algo independiente de Brasil y de las cercanas (en todo sentido) provincias litoraleñas argentinas era demasiada audacia. Tal vez, después de las luchas artiguistas pudiera hablarse de una naciente orientalidad pero no de una conciencia de nación. A través del mismo pensamiento popular se puede ver la maniobra política que dividió una región naturalmente unida y complementaria; no ha sido tampoco el primer caso en la historia mundial. En el Plata se fracturó una nacionalidad y supra-nación confederada entre varios países: Argentina (norte y litoral), Paraguay (sur), Brasil (sur) y todo el Uruguay. Una prueba es la interdependencia existente hasta hoy en la región. Pero el Uruguay no sólo se alejó de la región sino del continente.

La consecuencia lógica fue que esa independencia política y económica permaneció sólo en la letra hasta mediados de siglo, pues prevalecían la dependencia y la confusión interna; el territorio no funcionaba como estado ni nación, y menos como república. El proceso de conformación del nacionalismo uruguayo tomaría impulso inmediatamente después de la Guerra Grande (1839-52); la constitución de 1830 no había sido suficiente para cambiar la realidad. Ares Pons distin que con simplismo y eficacia las antítesis o dilemas que atravesó el

país (junto a otros de América) desde su origen: campo-ciudad, civilización-barbarie, doctor-caudillo, blanco-colorado. Estas disyuntivas fueron en parte espontáneas, pero también provocadas por las clases dominantes para dividir a los sectores populares. Durante mucho tiempo ha sido una nación muy uniforme en varios aspectos pero dividida en dos bandos; en este siglo hasta en lo deportivo se desnuda ese bipartidismo.

La inicial división entre el doctor y el caudillo -del que luego derivarán los dictadores militares- reflejaba la existente entre lo rural y lo urbano, entre las élites y la masa. Eran dos proyectos de nación muy distintos que lo jurídico por sí solo no podía congeniar. La población rural veía en Montevideo, tan vinculado a Inglaterra y Buenos Aires, la negación de las raíces nacionales. No podían sentirse identificados ni integrados con algo que no les pertenecía ni respondía a una continuidad histórica de lucha emancipadora; la creación nacional había sido una ruptura y los primeros pasos la ahondaban. En el caudillo esas masas veían su salvación (aún si el apoyo era condicionado), además de la permanencia (sobrevivencia), y a veces el regreso al pasado. Esto, a pesar que después de Artigas casi ninguno formuló programas importantes en favor de los marginados del campo, y muchas veces se aliaron con los doctores.

La antítesis entre caudillos y doctores se complementa con otra desde el comienzo: blancos tradicionalistas, rurales, americanistas) y colorados (progresistas, urbanos, extranjerizantes). Existía un verdadero apego afectivo a esas divisas partidistas -o de corrientes- lo que originó no pocas luchas y guerras verdaderamente civiles, pues

ocupaban a gran parte de la población. Personificaban la patria, le otorgaban casi el único rostro visible, y por ello el sentimiento que despertaban era el patriótico. Ares Pons señala justamente cómo el mito de la divisa suplanta al nacionalismo. Estos partidos dan al gaucho, al peón, al inmigrante, un sentido comunitario, de acogida, lo que ayudó mucho a nacionalizar y unir -aunque fuera en dos bandos- al país. Al igual que el nacionalismo, todos los grupos sociales se ven afectados por el fenómeno (7); son los partidos una semilla importante de la nacionalidad uruguaya. Con el tiempo, incluso, se parecerían cada vez más entre sí por su composición policlasista y plurideológica. Un país tan pequeño, tan uniforme en cuanto a mentalidad y tan poco poblado, difícilmente podría albergar demasiadas diferencias dentro de una misma tendencia liberal burguesa.

Las continuas guerras civiles y la despoblación forzaron al país a abrirse rápidamente a las corrientes inmigratorias. En 1829 la población era de 74000 habitantes, en 1835 había ya 128000 y hasta el 42 entraron unos 50000 más. Surgirá con los que llegan -principalmente españoles e italianos- una clase media que primero se inclinó hacia el sector comercial capitalino por necesidad, pero en el futuro tendría importantes aportes a todo nivel e ideología. El inmigrante sería también el lazo para integrar el país a la civilización occidental y, con la mezcla blanqueadora, libraría a la nación del pasado mestizo y prehispánico, a la vez que permitiría desarrollar la ilusión geográfica de pensar que se habita un territorio situado en otro continente del que realmente ocupa. Por un lado, afirmaron la nación en una perspectiva realista y, por otro lado, la alejaron de su realidad.

Empieza desde allí -o continúa- una de las contradicciones básicas de la nacionalidad y del nacionalismo uruguayos. Este camino podría verse como una forma de desnacionalización, pero la inmigración fue también el verdadero elemento faltante para solidificar la nación, ya que la alternativa rural y caudillesca no tenía futuro a largo plazo frente al desarrollo internacional; su último intento sería en 1903 con la revolución saravista.

En los cincuenta y sesenta del siglo pasado, cuando empezó a impulsarse la modernización uruguaya, hubo también un período de búsqueda de la identidad nacional. Se repatriaron los restos de Artigas desde Asunción, se escribieron obras históricas y geográficas como El Catecismo geográfico, político e histórico de la República Oriental del Uruguay de J.M. Reyes, La vida del brigadier ... Artigas fundador de la Nacionalidad Oriental de Isidoro de María, o el Bosquejo histórico de Francisco Berra.

Esta tendencia a afirmar la conciencia nacional se retomó en los ochenta. Desde la independencia, habían existido discusiones acerca de la viabilidad del destino libre del país, al sostener algunos que el problema era garantizar el funcionamiento de las instituciones, mientras para otros no podía existir un estado tan pequeño entre Brasil y Argentina. En las obras historiográficas, pictóricas y literarias de esa década se encontraba muy presente el nacionalismo. Carlos María Ramírez con su Artigas... lo reivindicó como caudillo nacionalista, al igual que Justo Maeso y Clemente Fregeiro con los documentos que publicaron. Juan Manuel Blanes pintó epopeyas independentistas y Juan Zorrilla de San Martín escribió

su poema Leyenda Patria; esta búsqueda se manifestó también en la denominación de calles y barrios. Fue un período en el que se estaban hurgando las raíces nacionales (8) a la par que se intentaban construir la nación y la convivencia.

El coronel Lorenzo Latorre gobernó de 1876 a 1879 y fue el encargado, por la fuerza, de poner en orden el país, encaminándolo plenamente a la modernidad. No se puede desconocer su obra a pesar de la leyenda negra que pesó sobre él; incluso, accedió al poder por el llamado que le hizo un grupo de civiles. Su gobierno afirmó la propiedad privada empezando por lo rural, favoreció el capitalismo extranjero y las oligarquías nacionales a él ligadas, impulsó el ferrocarril y los frigoríficos, lo que cambió la dinámica del campo, cada vez más dependientes de la ciudad; el país se fue convirtiendo en exportador de carnes, sobre todo a Inglaterra, las relaciones fueron transformándose de pre-capitalistas a capitalistas, propició la importante reforma escolar con José P. Varela y saneó la administración pública. Aunque habría que examinar el costo de un estado siempre más influyente y fuerte, no fue poco lo logrado en ese breve lapso, principalmente la estabilidad y el impulso que heredó al futuro. El Uruguay había entrado modernamente en la órbita del imperialismo británico; a esta altura de su experiencia independiente y de la situación internacional, tal vez era el camino más lógico para garantizar su viabilidad como nación, aunque fuera en dependencia.

Los finales del siglo pasado presenciaron la llegada de nuevas oleadas inmigratorias que traían ideas socialistas o anarquistas, a la vez que otros inmigrantes se integraban a los grupos de poder capi-

talinos. El riesgo radicaba en cuanto al nacionalismo ya que las bases culturales eran aún demasiado débiles; según Ares se evitó el colapso de la nacionalidad gracias a los partidos políticos y al bajo nivel cultural de los inmigrantes. Estas masas fueron absorbidas principalmente por el Partido Colorado que, adaptándose a los cambios de la burguesía urbana, empezó también a conquistar al naciente proletariado. Los gobiernos de José Batlle (1903-1907; 1911-1915) representan conjuntamente esa corriente popular con la burguesía industrial y comercial; impulsarán el país hacia el progreso positivista indefinido, hacia la laicidad, hacia una mentalidad burguesa y un nacionalismo estatal. Crecía también una pequeña industria local, a la par que se reforzaban los vínculos con Inglaterra, la seguridad social y la legislación laboral se situarían entre las más avanzadas del mundo; hubo importantes avances en la educación superior y en materia electoral.

El Uruguay no sólo buscó constituirse definitivamente en una nación, a través de un estado más influyente y una gran burocracia, sino en una nación modelo de prosperidad para la humanidad occidental, o por lo menos la continental. La coyuntura internacional de guerras, y la interna, de recursos naturales y orden, favorecieron esa sensación de ser algo distinto, predestinado. Surgió así, la nación del "como el Uruguay no hay", la "Atenas, la Tacita o la Calabria del Plata", la "Suiza de América", la isla o el peñón. Se creía tener un destino separado de la fatalidad continental, con un ingreso per cápita en los veintes, igual al de Estados Unidos, gracias a la escasa población y a la alta productividad agropecuaria.

Pero esa exclusividad continental propició también un alejamiento de sus raíces culturales y una extranjerización mayor. La enseñanza fue más de instrucción que de formación, lo que se agravó con el hecho de que el pueblo no posee una vigorosa tradición cultural, aunque el país sí tiene algunos lineamientos propios, creados espontáneamente y con dificultad ante la indiferencia de las élites (9). Tulio Halperin Donghi observa que "El Uruguay es un país mesocrático, donde además los uruguayos son inmediatamente reconocibles. Curiosamente, aunque no lo crean, tienen un tipo nacional muy marcado y homogéneo. Eso crea incluso la posibilidad de un gran pluralismo, en la medida en que éste no incluye grandes desafíos" (10).

Hay en la nación elementos de psicología colectiva y tradiciones propias, donde intervinieron diferentes mestizajes entre inmigrantes europeos, criollos, negros e indígenas. Aunque a veces, por esa reacción ante la extranjerización, o por la necesidad de encontrar algo propio -distinto a los vecinos y a los europeos- se exagera en esas caracterizaciones nacionales. De ahí nacen, en ocasiones, síntomas de un falso, desubicado y desproporcionado orgullo nacionalista. Por otro lado, hemos ido viendo cómo, en relativamente poco tiempo, las bases de la nacionalidad fueron pasando de la orientalidad popular a algo más elitista, excluyente y extranjerizante. Sin olvidar al país clase-mediero, pequeño-burgués, como el centro de la nación; su mentalidad en esos comienzos de siglo cambiaba con el batllismo y la prosperidad.

Esta paulatina insularización condujo al repudio del pasado histórico hispanoamericano, y a la devaloración de lo indígena y

y lo hispánico (la Europa de la que se quería formar parte era otra). El Uruguay se imaginó distinto a los demás pueblos americanos -algo de razón había- como una pequeña nación europea en el Nuevo Mundo (hasta los cincuenta de este siglo se le seguía llamando la "Suiza de América"). Sin embargo, estas pretensiones de ser diferentes, europeos o insulares, sólo quedaron en la apariencia, porque en la realidad nunca se pasó de ser una dependiente factoría europea, con similares problemas de explotación que el resto de América.

Curiosamente, el nombre del país incluye el calificativo de "oriental", y su himno comienza con "Orientales ...", pero la ambición es la occidentalización; mientras la orientalidad viene más bien asociada a lo autóctono y al temperamento, a un pasado que permea de orgullo y originalidad la proyección contemporánea. Es un signo de ser, a la vez, algo distinto y propio, y para algunos será también una señal de fatalidad geográfica (11).

Siempre estuvo presente el conflicto inherente al criollismo americano, de sentirse menos que Europa y más que América, lo que acentuó la necesidad de reafirmar un fuerte nacionalismo, fundado sobre bases en parte irreales. Este nacionalismo, en un país atípico como el Uruguay, encontró otro elemento más a su favor en la postulada ausencia indígena; rasgo sin duda distintivo con el resto del continente. La problemática era inversa: explicar por qué no existen y quitarlos de la historia, en vez de integrarlos y ver cómo insertarlos en el presente. Se ha intentado también minimizar el factor prehispánico para no manchar la pretendida insularidad europea. En cambio, sí se ha buscado rescatar su carácter indómito, para asociar-

lo como un signo distintivo del uruguayo, esta vez, frente al europeo (12).

Un lugar común que todos los uruguayos conocen desde la infancia, con la educación, es que el precolombino -identificado principalmente con la "gran nación charrúa"- aporta a la nacionalidad la garra indómita, el no sentirse menos que nadie sino más que cualquiera, sea local o intruso. El indígena se integra a la historia nacional con ese sólo objetivo preciso. Muchos se enorgullecen de la abstracción de esta definición, la viven como real, la citan con soberbia, no saben exactamente qué es, pero sí que existe; y, sin embargo, es un orgullo que el Uruguay sea un país sin indígenas y, para muchos, erróneamente, también sin mestizos. En los rostros ya no quedan trazos prehispánicos, pero por las venas corre algo indefinible de esa cultura, que no tiene ninguna presencia en la realidad.

Todos los años, en el periódico Excelsior, con motivo del aniversario independentista uruguayo, aparecen unos textos, enviados probablemente por la embajada, que transparentan muy bien esta contradicción del ser nacional uruguayo. Al desembarcar Juan Díaz de Solís en territorio oriental fue "...asesinado por los aborígenes, los cuales desde ese momento demostraron su espíritu de rechazo al invasor... Pasaron los años pero los indígenas continuaban su lucha libertaria ..." (13), y junto a los criollos hacen surgir las ideas de la insurrección de 1811. En marcado contraste con la anterior afirmación indigenista, y evidenciando una ruptura histórica, encontramos el título de otra nota de la misma edición: "Característica del Uruguay es la total ausencia de indios; lo pueblan descendientes

de hispanos e ítalos" (14). La radicalidad -totalidad- del mensaje va más allá de lo étnico pues es cultural. El titular no sólo se refiere a los indios actuales, sino que busca transmitir una idea de nacionalidad, que se termina de dibujar perfectamente en un tercer encabezado: "Montevideo ha sido llamada la Atenas del Plata" (15). Es un país que tiene, en su mismo descubrimiento e independencia, el sello privilegiado de la sangre indígena, pero luego, nada de ello en sus tradiciones y cultura cosmopolita-europeizada.

Muy interesante, resulta también una reciente iniciativa (1988) de investigadores uruguayos, para encontrar a los descendientes de los charrúas. Cuentan con el respaldo del Ministerio de Educación y Cultura, de algunas Juntas Departamentales y la posibilidad de formar una institución con los familiares de esos descendientes. Es significativo que la búsqueda prehispánica sea dirigida hacia los charrúas, ya que ambos elementos se han ido haciendo sinónimos (algo simplista, falso y ahistórico), lo que permite deducir que el verdadero interés no es tanto etnológico o indigenista, sino nacionalista. En un período de fuerte crisis nacional de valores, y esencia de la nacionalidad, éste es un intento por retomar y reafirmar factores de exaltación y orgullo colectivo, a la vez que de definición nacionalista e integracionista. El aval oficial contribuye a certificar esta hipótesis; incluso se menciona la realización, en el mismo año, del I Encuentro Nacional de Descendientes de Indígenas. Hasta ahora despertó esa inquietud ...

Afirman los investigadores, con sus hallazgos, que a lo largo del país son varios los miles de herederos directos de la población

indígena. Desmienten así la leyenda popular, muy difundida en los libros de historia oficiales, que los últimos sobrevivientes charrúas fueron trasladados a París en la primera mitad del XIX; aunque también esa desesperada cacería del pasado denota la real ausencia de una presencia indígena pura contemporánea. De este descubrimiento, se pretende derivar que el vínculo con ese germen de la orientalidad no se cortó (ni siquiera por la recién terminada década de dictadura militar), y es necesario regresar a ese pasado para reencontrarse con las raíces de la nación. Iluminadoras al respecto son unas palabras de la coordinadora de la campaña: "... esta iniciativa que pensamos de extraordinario valor histórico y concreto para nuestro país ... [el Encuentro] fue el primer paso para que en un clima de confraternidad los descendientes de quienes fueron los dueños absolutos de nuestras tierras, se conocieran personalmente ... [algunos se avergonzaban] fruto del pensamiento con profundo sentimiento europeísta que tiene nuestra sociedad" (16).

De la cita del párrafo anterior llaman inmediatamente la atención ciertas radicalidades: "extraordinario valor histórico y concreto para el país" o "dueños absolutos de nuestras tierras". Las tenemos que agradecer, pues permiten traslucir más fácilmente la intencionalidad del hecho. Lo primero que salta a la vista, es que el interés o valor que importa no es el histórico sino el concreto para el país; se trata de una investigación nacionalista. Si no fuera así, nunca aseverarían con tanto énfasis -de repente- la propiedad territorial absoluta indígena, cuando por más de siglo y medio fue mínima la importancia, sería, dada al pasado anterior a la llegada de

Solís; utilizado nada más como objeto de manipulación nacionalista. La iniciativa, entonces, se refiere a la nacionalidad y no a la búsqueda de la verdadera historia precolombina (¿como podría darse una sin la otra?); otra prueba de ello es el enfoque, ya que se buscan descendientes vivos de esa raza -del pasado- no su conocimiento científico. Constatamos con ello, que también en una nación, casi sin aparentes rastros indígenas, puede darse un indigenismo nacionalista, folclórico, que persigue una afirmación nacional desde la raíz idealizada.

Lo indígena representa también, igual que el gaucho y el caudillo, a un Uruguay rural que la nación, para existir, debió sacrificar en aras de lo urbano; en este país el enfrentamiento se reduce a la capital y el campo. Ese esfuerzo de insularización y occidentalización burguesa ha dejado como saldo positivo, aunque significara a veces una desviación de las raíces autóctonas, que se redoblaron esfuerzos y prioridades culturales para mantenerse cerca, y a la altura, de los grandes centros culturales europeos. Ello aparejó el surgimiento de grandes talentos y el desarrollo en varios campos.

Del negro, en cambio, no se resalta tanto -en esta reseña oficialista para la prensa- su fiereza, sino sus danzas y canciones que, derivadas de los esclavos africanos, se conservan en el candombe (música típica de las murgas carnavaleras). Mientras al indio se le asocia más con el carácter nacional, al negro es con las tradiciones; y ambos enriquecen a la nacionalidad con su folclore. Son elementos que dan distinción frente a Europa y, a la vez, la postulada ausencia (indígena) y la occidentalidad diferencian al Uruguay frente a

América. Los puntos de referencia del país, como vemos, están al este del Atlántico y al norte de su suelo; satisfacerlos y distinguirse ante ambos entraña una contradicción en la definición de su nacionalismo. En el fondo, se trata de la contradicción más humana que pudiera existir: entre la realidad y lo ideal.

Podríamos resumir esta característica de la nacionalidad, como que frente al problema inverso al del resto del continente (la explicación indígena), el Uruguay tiene, como uno de sus principales rasgos y orgullos, su europeísmo, y esa diferenciación que le da el postulado no indigenista, frente a sus vecinos. Por otro lado, al no poder aferrarse con pleno derecho a las raíces occidentales, y también como una necesidad vital de ser, necesita distinguirse claramente de esa cultura que admira e imita, a través de una idiosincracia propia; busca así, paradójicamente, algo propio en lo que pregona inexistente desde mucho tiempo atrás. Aunque, naturalmente, existen otros elementos llamados a integrar esa identidad. El indígena se convierte en el reflejo de dicha contradicción y, a la vez, parte de la definición del ser nacional: ser lo más parecidos (a los europeos cultos) siendo lo más diferentes. Contradictoriamente, liberarse o estar libre de la principal atadura del pasado (frente al modernismo) que sufren los demás países del continente, es la fuente de una difícil búsqueda de autoafirmación. El recurso apunta a la mitificación; el indio está entre los fundadores de la nación, pero desde el mismo comienzo las campañas de Rivera indicaron que debía desaparecer de ella. Culturalmente, no tenían nada que heredar, pero sí poseían una especial fiereza de carácter, legada con el tiempo en los genes mas

no en la epidermis. Lo que hoy se niega con orgullo (al igual que respecto al gaucho) es a la vez algo que permite una existencia propia y singular; se inscribe dentro de la histórica dificultad nacional de integrar lo ideal con lo real. Hay una lucha desenfrenada, hasta inconciente a veces, por hacer converger dos afirmaciones contradictorias. En eso existe ya una originalidad.

La garra, además de su versión prehispánica, tiene otro matiz igualmente nacionalista ya que teñido de celeste patrio. Señala con justeza Mario Benedetti:

"Eramos tan perfectos, teníamos tanta garra celeste, que decidimos que ese rasgo excediera el deporte, que diera el verdadero tono a la vida nacional ... de modo que procedemos a golpes de inspiración, a juego individual, a arranques de divismo. La garra usa los mismos ingredientes que la pasión, pero no es la pasión ... La garra es una especie de tromba, pero una tromba menospreciativa, autosuficiente y grosera. Tomamos el sucedáneo por lo verdadero, la chafalonía por el oro puro ... desequilibrio entre esto que somos y eso otro que pretendemos ser ..." (17).

Otro factor, en cuanto a su influencia en la identidad uruguaya, y que se asemeja algo al anterior en lo racial y mental, es la muy mentada viveza criolla. La diferencia con lo indígena, estaría en que ésta es legado (post)colonial. La viveza perdura hoy en la conciencia nacional como herencia criolla y es tan abstracta como la garra. En realidad, es un elemento con aureola social positiva, pero los valores y actitudes que exalta son del todo negativos: falta de escrúpulos, lograr las cosas con el mínimo esfuerzo, humillar al otro, deshonestidad, individualismo. El más vivo es el que más extrema estas carac-

terísticas, para lograr la mayor ventaja personal; representa también un pregonar la superioridad de la deshonestidad y del que la ejerce.

Volviendo al marco histórico (dejado para analizar el indigenismo dentro de la nacionalidad, muy ligado a la insularización), la crisis mundial del 29 y el fin de la guerra de Corea marcaron el arco de tiempo en el que se fraguó la decadencia de ese país ilusorio. También fue el momento en que se empezó a hacer parte del área de influencia estadounidense. El sistema comenzó a declinar por la dificultad de colocar los productos pecuarios; no serían suficientes los esfuerzos por intentar hacer surgir una industria nacional capaz de sustituir importaciones y fomentar las exportaciones no tradicionales. El descontento social fue creciendo por el descenso en el nivel de vida; un signo estuvo en que después de 99 años consecutivos de gobierno colorado, entre 1958 y 1966, triunfaron los blancos. Especialmente, se trató de una crisis en las capas medias o pequeño-burguesas, base del país y de la mentalidad nacional.

En 1968, después de la sorpresiva muerte del presidente Gestido, la crisis se desencadenó, con continuos conflictos en todos los campos, debido a la inflación y al descenso de los ingresos reales de los trabajadores. Abundaron las grandes huelgas y se intensificaron los movimientos guerrilleros, como los tupamaros. La izquierda se unió electoralmente en una coalición llamada Frente Amplio, que agrupó desde demócrata-cristianos hasta comunistas. En los comicios logró 1/5 de los votos totales, lo que alarmó a los grupos más conservadores y aceleró, junto al caos social, el proceso de instauración de las Medidas Prontas de Seguridad. En esas elecciones de 1971, por

una peculiar característica del sistema electoral uruguayo, la Ley de Lemas decretó la derrota de Wilson Ferreira Aldunate, que había sido el candidato con más votos. Así llegó a la presidencia Juan María Bordaberry; tampoco Pacheco Areco -sustituto de Gestido- pudo alcanzar la reelección (18). Vendría luego el gobierno militar.

No fue fácil, ni para las instituciones ni para la población, esa caída material, política y de ideales. Se originaron repetidas crisis de valores. Los vínculos de cohesión del pueblo uruguayo fueron siempre precarios, ya que en su germen habitaban lo asocial y el individualismo (con la herencia del gaucho, del caudillo y del inmigrante), que también provocaban el culto a la personalidad. Habían ayudado a la unidad nacional el ideal de la patria, al nacer, el de la divisa, después, y por último, el culto al humanismo burgués cívico democrático, basado en la idea de un constante progreso y en el mito de construir una nación diferente. Su origen ilustrado, la poca religiosidad del gaucho, de sus habitantes rurales, y la total laicidad del estado desde inicios del XX, hicieron que la religión no fuera nunca algo central para la sociedad uruguaya. Por ello, los mitos nacionales tuvieron siempre un carácter político (19).

Acabadas una a una esas ilusiones, ¿qué quedaba como factor aglutinante? Algunos sostienen que el ideal de la Patria Grande es la salvación nacional, a la vez que continental y mundial. Con él la patria chica, o el "paisito", retomaría el trascendentalismo del pueblo (herencia española), la personalidad histórica del país y su libertad; concientes de la dificultad de construir una nación plena se aportaría algo peculiar, en cambio, a la nacionalidad lati-

noamericana.

"No sería extraño pues que el diminuto Uruguay abra las puertas de una gran turbulenta historia, preñada de grandes cosas. Y que plantee prácticamente, aún a pesar suyo, la cuestión siempre añorada y postergada: la cuestión nacional de América latina" (20). Según Methol Ferré, la situación geopolítica del país es clave en el continente, sea para unirlo que para balcanizarlo como hasta ahora; podría ser el nexo entre las dos grandes potencias del sur americano. La patria chica, para sobrevivir como nación, necesita de la Cuenca del Plata, realización imprescindible para la Patria Grande. Antes, el país debió aislarse en aras de sobrevivir, hoy sólo vinculándose podrá hacerlo. Creemos que en este momento no es suficiente, como factor de integración nacional. No por ello deja de ser una necesidad imperiosa -aunque aún lejana- pero el país necesita elementos de unión y sentido de ser ahora.

El gobierno militar de los setenta marcó el punto más bajo -esperemos- de una paulatina decadencia, y a pesar que en muchos aspectos la sociedad continúa hoy dividida, algo de la conciencia nacional se ha reforzado: evitar a toda costa la repetición de una experiencia tan traumática, a través de una revaloración de la libertad. En esa línea va leída la timorata respuesta popular frente al reciente referéndum de la Ley de Punto Final. Sabemos que, en parte, fue un retroceso respecto a la tradición democrática y civilista existente (olvidar el pasado no significa la impunidad), frente a la idea de justicia social, pero fue también una constatación realista de los límites sociales ante el modelo republicano, ante el recuerdo demasia

do cercano de esa experiencia autoritaria; se evidenciaron la debilidad y el temor de la sociedad, y la fuerza de los militares casi intacta. Así, como es indispensable mirar al pasado, lo es también hacerlo con el presente y, si es necesario, romper con aquél. La campaña para el referéndum unió y dividió, pero a todos dejó la sensación de estar participando en algo importante y superior: la (re)construcción, desde las cenizas, de una nación (del estado y la confianza en él), no a partir de un mito o de un modelo idealizado, sino de la difícil realidad nacional y mundial. Algunos sostuvieron que fue un enfrentamiento entre verdad y realidad; ambos términos finalmente siempre pasan por la experiencia de lo subjetivo. Por supuesto, Artigas no podía estar ausente en la empresa y, entre otras frases, su "Tan malo es condenar al inocente como absolver al culpable" (1815) pintó a Montevideo de verde.

Ciertamente, esa tarea de reconstrucción nacional, o de la Patria Grande, son ideales a largo plazo, que cristalizan sólo a partir de metas inmediatas; en este caso, la decisión de cómo la sociedad iba a enfrentar un aspecto básico (judicial y ético) del pasado cercano. No deseamos meternos en lo acertado de la votación, o en los medios empleados para alcanzarla, sino en que fue un paso importante de integración nacional, si se lo canaliza positivamente, aunque en apariencia pueda parecer que dividió e hizo retroceder más a la nación. El tiempo dará la respuesta final; también la unidad inicial del país vino de dos bandos.

Frente a todo este entusiasmo y confusión, Artigas sigue siendo la personificación del único elemento perdurable de unificación

nacional. En el batllismo se habló de nacionalidad uruguaya; no ya oriental, como era costumbre, en clara referencia a la Provincia o Banda vinculada al intento confederado americanista de Artigas. La consolidación de este proyecto nacionalista coincide con la reivindicación oficial artiguista, ante la necesidad de un centro aglutinador, por encima de las disputas históricas. Señala Luis Pérez Aguirre, líder de un importante movimiento social uruguayo y continental, que "... cada vez que se apela a algunos valores que están muy proyectados en el corazón de los uruguayos, muy ligados al fundamento de nuestra nacionalidad y del ideario artiguista, se reacciona de una forma muy típica, y hasta me animaría a decir bastante inédita en el concierto internacional" (21). Enrique Erro, líder del movimiento Patria Grande, fallecido en el exilio, señalaba que "Somos artiguistas; esta definición está en la raíz de la nacionalidad, de lo que se llama la orientalidad" (22). Zelmar Michelini, senador izquierdista asesinado por la represión militar en Argentina, acusaba a los militares, ante el II Tribunal Russell en Roma, "... de haber querido destruir su nacionalidad [de los uruguayos] y su fibra patriótica... Nada pedimos materialmente a otros pueblos ni a otros hombres. Nuestro padre Artigas, héroe de nuestra Independencia, nos enseñó que nada debemos esperar sino de nosotros mismos" (23). Todas estas claras referencias al nacionalismo artiguista no esconden escepticismos, e incluso períodos de leyenda negra alrededor del prócer, hoy ya indiscutible.

En Uruguay el factor de unidad nacional no podía ser religioso, como aconteció en México, Brasil y otros países. Artigas no es sólo

un libertador heroico, por su acción, como son Hidalgo, Sucre, O'Higgins y muchos otros, ya que cincuenta años después su figura y sus pensamientos siguen siendo lema, escudo y bandera para las fuerzas sociales y políticas; él sembró la nacionalidad uruguaya. Mientras el libertador oriental, como héroe vivo, es partícipe importante en la realidad contemporánea, los otros son como figuras de invernadero en cualquier nivel, sólo recordadas en fechas especiales. En el segundo caso, existe una escisión entre lo histórico y lo político, esas figuras no trascienden el primer plano; al haber sido convertidas en hechos históricos sólo les queda el refugio del panteón, la estatua y la desmemoria.

Es dentro de este contexto dicotómico de que veníamos hablando -donde se quiere ser algo distinto a lo que se es en la realidad o, al menos, en parte de ella- en que Artigas se convierte, en apariencia, en el único -o casi- punto de concordancia nacional. Pero sólo en apariencia, como símbolo superficial, porque cuando se empieza a rozar el frágil y delicado terreno de las ideas inmediatamente surgen serios contrastes. De su simbolismo se han apropiado, en gran parte, las tendencias oficialistas, interesadas en mantener el statu quo; privilegian lo que ayuda a este fin y conserva a Artigas bronceado sentado en su caballo de bronce. Pero sus ideas revolucionarias, en lo político, económico y social, permanecen ocultas en la intuición del pueblo, en movimientos populares, o en las polvorosas páginas de libros poco difundidos.

El clásico liberalismo de centro, con los tradicionales blancos y colorados, posee una estructura partidista caudillesca, desde su

mismo nacimiento, con los oficiales artiguistas Oribe y Rivera, y posteriormente con Saravia y Batlle. Querrán, por tanto, resaltar ese aspecto del libertador junto a su pensamiento ilustrado. La izquierda, agrupada en un Frente Amplio y en movimientos de liberación fuera de lo institucional, perseguirá al líder popular, revolucionario y agrarista. A los militares, queda la figura autoritaria y castrense. Sin embargo, tantas divergencias no impiden que, por sobre ellas, Artigas sea un personaje histórico vivo, dentro del Uruguay actual, que interacciona en todos los niveles de la sociedad -directa o indirectamente- como un factor unificador e inspirador por encima de ella y, a la vez, como un contemporáneo más.

Pero Artigas no es sólo una presencia permanente e integradora de la nación uruguaya, sino que también es impulsor de los ideales de la Patria Grande latinoamericana. Una extensa, pero muy clara, referencia a este aspecto la hace Carlos Quijano, fundador y director de Marcha, él alega que

"Ser oriental es ser artiguista. Ser artiguista es ser rioplatense. Ser rioplatense es ser hispanoamericano. Si hay leyes naturales, ésa es nuestra ley natural... Alguna vez llamamos a Artigas 'el gran traicionado'. Lo es y lo seguirá siendo por muchos años más. Tal como lo vemos el artiguismo es un fenómeno único -'cosa extraordinaria y sorprendente'- en nuestra América. Todo está en él: el ayer y el mañana, ese mañana que podemos imaginar o entrever y por el cual debemos trabajar. Los orientales seremos artiguistas, de la raíz a la copa, o no seremos nada. Y Argentina y Paraguay y Bolivia también. La Argentina Federal que está lejos de lograda, viene de Artigas... Artigas no es nuestro y la reivindicación provinciana lo empequeñece. Es de todos

los de éstas tierras de la patria grande. Está más allá de su tiempo, y también más allá de su solar. Es el héroe común de las repúblicas del Plata y la unión de éstas..."(24).

III.2.- EDUCACION NACIONAL Y HEROICIDAD

En todo el mundo, con mayor o menor intención, la enseñanza de la historia ha sido el instrumento del cual se ha servido el estado para estimular, o crear, el sentimiento nacional que unifica y asegura viabilidad. Por ello, el concepto de nacionalismo, en la historia enseñada, parte de una decisión política que persigue la afirmación. A través de esa enseñanza, con los símbolos o héroes patrios, las generaciones van unificándose en lo nacional. Son los historiadores, educadores cívicos, geógrafos y maestros los encargados de fortalecer esa lealtad al grupo nacional y al estado-nación, y transmitirla a través del sistema educativo, verdadero formador del "carácter nacional". Sin embargo, una función que tiene cierta lógica -incluso histórica- ha sido frecuentemente utilizada en forma exaltada, lo que despierta emotividades irracionales, fáciles de ser desviadas. El estudio, en cambio, debería conducir a racionalizar ese sentimiento (25).

La historia lationamericana se caracteriza generalmente por la aparición del estado antes que la nación; tal vez un retraso de la independencia hubiera hecho madurar más profundamente a las futuras naciones, aunque ciertamente ya existiesen sentimientos antihispánicos comunes. Pero los hechos propiciaron esa precipitación y, para la enseñanza oficial de la historia, la etapa independentista resul-

ta siempre la más importante, ya que permite definir por decreto la conciencia nacional, desde el mismo nacimiento de la nación; a pesar que en la realidad todavía no existiese en muchos territorios americanos. No es vista a partir de un proceso, sino como algo casi espontáneo desde que comienzan las conspiraciones. Si la revisión histórica de las primeras décadas independientes contradiciera esa afirmación nacionalista decretada, entonces, esos primeros pasos de libertad sí serán considerados un camino de males necesarios hacia la gran meta final, que es la nación presente. Igualmente, se considerará que ese desarrollo, en su subsuelo, siempre habrá viajado acompañado de la conciencia nacional, nacida con fuerza un día y no apagada aún, gracias al gobierno en turno. Lo importante en las versiones históricas oficiales y nacionalistas, es garantizar la continuidad entre el presente defendido y un pasado heroico, nunca perdido, que por ósmosis -o mensaje inconciente- convierte también la contemporaneidad en heroicidad.

No se trata de cancelar o censurar la historia nacionalista, pero frecuentemente la encontramos llena de mitos -algunos indiferentes, otros negativos- o caracterizaciones maniqueas. Incluso, aún en los casos más equilibrados, falta de todos modos un tratamiento menos serio y más cotidiano, que no restaría fuerza al nacionalismo, en aras de la verdad histórica. ¿Qué se puede aprender para el futuro de un libro (de texto) que esconde los errores del pasado?; entonces, ¿cuál sería el objetivo social de la historia enseñada o escrita? Se reduciría puramente a una tarea unificadora nacionalista, pero extraña al conocimiento.

Dentro de la enseñanza de la historia oficial hay un aspecto, no siempre suficientemente reflexionado, más allá de la evidente mención, que es el ideal heroico. La heroicidad no sólo está en los libros de historia sino que es una actitud mental, y a veces física, ante la vida y con la que esa misma vida nos recibe. Todos los medios de comunicación, la educación desde lo familiar, las relaciones sociales, están permeados por este valor. Aparece casi como inherente a la condición humana aunque sus formas, sí, hayan variado históricamente; es parte de esa necesidad de trascendencia -de ir más allá de las barreras de la humanidad- que el hombre trae consigo desde la eternidad.

Uno de los antecedentes más remotos del héroe lo hallamos en la antigüedad, cuando éste era un intermediario entre los dioses y los hombres, entre el cielo y la tierra, la muerte y la vida, entre los lejanos orígenes y la historia actual (sentido muy contemporáneo del uso nacionalista). Pero la heroicidad es dinámica, y cada época o región irán teniendo sus modelos, ya que el fenómeno cumple una función social en determinado tiempo. A grandes rasgos, en sus comienzos clásicos, ésta era sólo valentía y fuerza física, pero con el tiempo la búsqueda derivó al valor anímico, al autocontrol; se unieron valor exterior con prudencia. Lo humano del héroe siempre ha sido su mortalidad, a la vez que esta interrupción de la carrera heroica es aceptada por él mismo, pues nadie mejor conoce los límites de su condición. Quien no siempre acepta ese final es el que escribe sobre el héroe, y veremos un ejemplo con Artigas, en los libros de texto del período militar uruguayo. Paradójicamente, él es símbolo del alma inmortal,

del espíritu y la misión de una nación o pueblo, y a la vez debe perecer. Morir para dar vida, un sentido muy religioso y naturalista de esa figura.

Las características asociadas a los héroes en la literatura (sagrada y no), en las historias (oficiales y no), en la tradición popular, etc. han sido incontables, al igual que las clasificaciones históricas. Puede ser de gran nobleza, inagotable vitalidad y creatividad, inigualable generosidad, insólito, decidido, inteligente, solitario. Carlyle, un clásico en este tema, define la historia universal como la de los grandes hombres cuya vida "... es el alma de la historia del mundo entero" (26); traen al mundo un mensaje olvidado por los demás hombres. La finalidad es convertir el pasado en presente ejemplar. Muestra los modelos de heroicidad comenzando por el héroe como divinidad misma (Odin), como profeta inspirado desde lo alto (Mahoma) y como poeta (Shakespeare). El último tipo habría existido siempre, y respondía al tiempo del autor (siglo XIX), donde la ciencia progresaba demasiado como para permitir que otro hombre fuera Dios o hablase por él; no es perfecto el poeta y todos tenemos algo de él. A su vez, Carlyle critica su época por el escepticismo, ya que se niega a venerar a los grandes hombres mientras alaba sólo la apariencia y la ostentación. En su concepto es fundamental, en un destino nacional, tener una voz que diga lo que el corazón de la nación encierra; ello no depende del poderío armado sino de que aparezcan héroes geniales (como Dante). Una nación que habla está más unida que una silenciosa.

En realidad, antes que un conjunto moral de valores sociales,

el heroísmo es un signo vital en el que cada hombre proyecta sus ideales. Por ello, "... lo de menos en el héroe es que su vida real, su historia, coincida con su leyenda heroica, tan cierto es eso de que al héroe no le hace la muerte sino el mito. En efecto, generalmente entre una y otra cosa existe una desproporción tan desmesurada, tan evidente, que de ese monumental descalabro no parece salvarse más que el pedestal sobre el que el héroe reposará eternamente" (27). Las biografías, hasta entrado este siglo, han sido sobre todo panegíricos o hagiografías más que narraciones históricas, lo que representa una pena pues, en repetidas veces, la verdadera historia es más extraña e interesante que el mito. Pero, es evidente, que la función del héroe no es enseñar con su vida sino permitir en ésta un espacio de proyección colectiva y nacionalista. Sobre él no gobierna la historia, sino la leyenda, y las necesidades de cada generación, por ello en pocos años no es difícil pasar de héroe a villano y viceversa.

El héroe lleva a su extremo las potencialidades humanas y nacionales -a veces hasta las desborda- muestra una posibilidad de superación y trascendencia; él conoce y tiene fe (hoy no en Dios sino en el progreso de la razón humana). Por su misma historicidad, más que una meta, representa un camino. En nuestro tiempo, las formas de heroicidad son vistas a la vez con admiración y recelo. La cultura se caracteriza por el deseo de conocer lo estrictamente humano; ha indagado bastante las capacidades del hombre sin percatarse aún de sus límites. Es tal la fascinación ante la potencialidad humana y todo lo que en ese ser hay por conocer, que no se encuentra tiempo o interés por ir más allá de esa realidad. En parte, se trata de una com-

previsible reacción ante ciertas actitudes del pasado y, en parte, de una inconciencia frente a la verdadera esencia de lo humano y lo universal. La medida no es dada por el rey, el sabio o el héroe (honor, gloria, fama) sino por el ciudadano medio (profesión, bienestar, dinero), él es el real paradigma. Ha sucedido que el héroe es cada vez más definido por lo humano y menos por lo divino, cada vez es un hombre más común, aunque con cierto talento excepcional, que le puede venir de su voluntad o de condiciones externas.

Dice bien Fernando Savater, al apuntar que "La verdad del héroe va más allá de su propia opción libre, va más allá de la virtud que en él encarna, más allá del carácter que asume como destino: la verdad del héroe es su risa, la alegría que brota de la gran seriedad de lo irremediable momentáneamente vencida"(28). Contradictoriamente, la característica con que se presenta al héroe, en las ceremonias o relatos de historia (oficialistas y no), es la solemnidad y gran seriedad, en vez de la risa, entendida no como burla sino como espontaneidad. Nuestra sociedad teme cada vez más lo informal, lo que escapa de la planificación, de la regla, o de los esquemas y lugares comunes.

El párrafo anterior nos permite volver a las características de la enseñanza de la historia. Esta real deformación en el aprendizaje del pasado comienza desde las primeras épocas escolares con la educación primaria; en el caso particular del Uruguay, donde más claramente se evidencia es en los dos últimos años de ese ciclo (5° y 6°). La historia es, por un lado, fuerte parte integrante en cada conciencia y, por otro, peligrosamente utilizada en la formación básica, lo

que termina por someter a la población a innumerables lugares comunes, instrumentados generalmente más por el estado que por la memoria colectiva.

En dicho país existe otra variante que hace aún más sensible esta instrumentación de la educación, pues el promedio alfabetizado de la población es muy elevado (posee el menor índice de analfabetismo del continente, hoy tal vez junto a Cuba), por lo que no se puede negar la influencia que la educación primaria ejerce en amplios estratos sociales. Desde las primeras décadas del siglo, contaba ya con este avanzado nivel, debido en mucho a reformas educativas implantadas por José Pedro Varela en el grado primario, y por Alfredo Vázquez Acevedo en el universitario.

Al igual que en el resto del continente, se ha vivido siempre, como sostiene Leopoldo Zea, con los ojos puestos en el presente o hacia el futuro; en algo, quizá, porque la historia propia data de poco más de un siglo y medio. Esto no quita, sin embargo, que superficialmente la historia -sobre todo bajo forma de un pasado lleno de gestas heroicas- aparezca en ocasiones como un elemento vivo, casi en cada hombre, y colabore a uniformar e integrar la sociedad alrededor de figuras consolidadas, por encima de cualquier interpretación o juicio individual. Son verdaderos próceres, que en la realidad sólo sirven para deformar sus pensamientos, y ser utilizados indistintamente por las extremas corrientes políticas, a fin de sustentar y disfrazar sus ideologías tras la aparente credibilidad patriótica que la historia ha otorgado a estos personajes. Lo que sucede es que, por un lado, se despersonalizan esas ideas y, por otro, se personali-

zan las tendencias políticas en busca de apoyo. Estas figuras, según la época -sea en los libros de texto que en los planteamientos políticos- se convierten alternadamente en verdaderos mitos de perfección, interpretados anacrónicamente y con falsedades, debido a que no se busca entenderlas sino adaptarlas en aras de un sentimiento nacional o partidista; o en verdaderos mitos de perversión. En realidad, dicho lenguaje nació con la misma independencia, cuando los nuevos caudillos y gobernantes necesitaron infundir en las masas un sentimiento unitario, y justificar unas fronteras inexistentes hasta ese momento.

En el Uruguay, lo anterior se ha dado ampliamente y ayudó al proyecto, intensificado con José Batlle y Ordóñez a inicios de siglo, de construir un país sobre bases creadas y no desde su realidad continental. A partir de 1973, en que a un exilio económico forzado ya existente se suma uno político, más forzado aún, se comenzó a tomar conciencia más clara de la necesidad de pertenecer al proceso de latinoamericanización, y dejar de lado el soberbio y falso mito de la insularidad.

Pero todo ello pasa primero por el campo educativo. Los maestros Traversoni y Piotti han hecho un rápido recorrido por la evolución histórica del sistema educativo uruguayo (29). Desde el gobierno artiguista había existido preocupación por fomentar la educación. Allí se fundó la primera biblioteca nacional, y en la inauguración se dispuso que su lema fuera también aplicado al ejército: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes"; el prócer se molestaba por no encontrar más gente de cultura para desarrollar otras iniciativas. Más

adelante, el débil estado, apenas independiente, centró sus iniciativas en la capital y buscaba, a través de la educación, terminar con un período anárquico a fin de impulsar un desarrollo nacional. A pesar de ser un proceso estatizado la enseñanza privada se permitió desde 1858. Sin embargo, el país no siempre fue un modelo de alfabetismo; sólo en 1877 se puso en marcha la reforma escolar de José Pedro Varela con el Decreto Ley de Educación Común. Ante un gran analfabetismo, principalmente entre los trabajadores, esta reforma dio notable impulso al sistema educativo; Varela consideraba la educación suficiente para generar un cambio político y social, a la vez que básica para formar la conciencia ciudadana y la búsqueda de la verdad. Se asentaron definitivamente -aunque ya se mencionaban antes- los principales fundamentos del sistema uruguayo: gratuidad, obligatoriedad y laicidad; implícitos estaban el de autonomía e intercoordinación de niveles.

La acción del positivismo, la reforma vareliana, los cambios en la enseñanza media y superior del último cuarto del siglo XIX, transformaron la mentalidad de grupos dirigentes y de amplios sectores de la clase media. El proceso de urbanización aumentó, y en 1908 Montevideo ya albergaba el 30% de la población nacional; este factor y la escasa población ayudaron a la rápida eliminación del analfabetismo. Las clases medias también comenzaron a ver en la educación una posibilidad de ascenso social. Con la modernización, democratización y auge económico de las primeras décadas del XX, el sistema educativo se desarrolló; así se expandió la primaria, la secundaria adquirió nivel nacional (al separarse de la universidad en los treinta), se fomentó

la enseñanza técnica manual para la industria y aumentaron las carreras universitarias. La escolaridad penetró eficazmente en todos los niveles de la población: en 1930 la primaria alcanzaba el 77% de la población y en 1968 al 97.5% (30).

La educación primaria era el sector más consolidado, la secundaria el que más crecía ya que por la competitividad el primero no resultaba suficiente; mientras la universidad se politizaba cada vez más para intervenir activamente en la política nacional. La autonomía total universitaria se incorporó a la constitución de 1952 y se legisló en la Ley Orgánica de 1958. Después de la guerra de Corea, se agudizó la crisis política y económica, lo que trajo aparejada una disminución del presupuesto educativo y de los salarios magisteriales; las organizaciones sindicales docentes -con el apoyo estudiantil- empezaron a confrontarse con el gobierno. En 1968 iniciaba un quinquenio de ocupación de locales, paros, huelgas, etc. que terminaría con la represión de las Medidas Prontas de Seguridad.

El Poder Ejecutivo fue sometiendo a los entes de enseñanza: en 1970 (12 de febrero) se intervinieron la secundaria y la Universidad del Trabajo; en 1973 (28 de octubre) la universidad; en 1975 (4 de febrero) el Consejo Nacional de Enseñanza. Los maestros, estudiantes y sindicalistas fueron los principales acusados por el gobierno de propiciar el golpe y la disolución de las Cámaras. La educación pasaría a ser un claro instrumento de control e ideologización social; en 1975 se constituía para ello la Comisión Supervisora de la Enseñanza, integrada por oficiales militares.

El conocimiento pasó a segundo plano, las destituciones de do-

centes y administrativos, por cualquier participación política o arbitrariedad, serían una constante. Dogmatización (versiones unilaterales), burocratización, devaluación de la enseñanza, disminución de la preparación, escaso financiamiento e impulso cultural, mala administración, orden ante todo y autoritarismo (verticalidad), se impusieron en aras de la Seguridad Nacional. Los sacrificados fueron la libertad de cátedra, la laicidad, el contenido de las asignaturas ideológicamente claves como la sociología, filosofía, historia y educación cívica y moral, la prohibición de muchos libros y la pérdida de la autonomía. Mientras tanto, el presupuesto de la enseñanza disminuía vertiginosamente: en 1967 representaba el 4.2% del PIB y en 1978 sólo el 2.2%. En todo sentido, el nivel educativo descendió considerablemente bajo el signo de la censura y la represión; lo veremos en los libros de texto que analizaremos.

A partir del primero de marzo de 1985 comenzó un proceso de reinstalación del profesorado y personal administrativo; se reincorporó en su cargo al antiguo rector, Samuel Lichtensztein, exiliado en México. La meta es reconstruir un sistema educativo, que de alguna manera respondía a las necesidades sociales, antes de 1973, y era fruto de un largo proceso de desarrollo. No por ello se ha buscado revertir la tendencia liberal burguesa, donde el objetivo es impartir una educación general básica y cívica para toda la población, y reservar para las élites el conocimiento superior.

NOTAS AL CAPITULO TERCERO

- (1)- R. Ares Pons. Uruguay: ¿Provincia ..., p. 13
- (2)- Ibidem, p. 16
- (3)- W. Reyes Abadie. et al. La Banda ..., p. 114
- (4)- A. Demicheli. Artigas el ..., p. 280
- (5)- F. Bauzá. Historia de ..., t.2, p. 314
- (6)- R. Ares Pons. ¿Es viable ..., p. 7
- (7)- R. Ares Pons. Uruguay: ¿Provincia ..., pp. 24-33
- (8)- M. Pastorino. Proceso de ..., pp. 257-259
- (9)- R. Ares Pons. Op. cit., pp. 60, '61
- (10)- T. Halperin Donghi. "En el Uruguay ...", p. 21
- (11)- Ha existido, incluso en décadas recientes, una polémica a todo nivel, acerca de la denominación a aplicarse con los habitantes de esta tierra: si orientales o uruguayos. No es sólo un hecho anecdótico sino que esconde toda una concepción sobre las raíces, características y futuro del país.
- (12)- En el deporte, recurrentemente se resalta la sangre prehispanica. En una entrevista, el director técnico de fútbol uruguayo durante el mundial de 1986, Omar Borrás, muestra claramente la contradicción entre la ansiada occidentalidad y el pasado negado. Con testa él: "¿Garra charrúa? , no tenemos nada de charrúas. Somos los únicos descendientes de europeos. Indios, ¿de dónde?, aunque el arco y la flecha sin duda son mejores que la bomba atómica, vale más la conciencia" (La Jornada, México 1986, mayo 25).
- (13)- G. Appendini. "El CLXIII Aniversario ...", pp. 1, 5
- (14)- G. Appendini. "Características del ...", pp. 1, 3
- (15)- G. Appendini. "Montevideo ha ...", pp. 1, 6
- (16)- M. Lubetkin. "Campana en ..."
- (17)- M. Benedetti. El país ..., pp. 95, 96
- (18)- R. Ares Pons. "Uruguay 1978"
- (19)- Mario Benedetti, en su controvertido libro de El país de la cola de paja, intenta un análisis profundo de las carencias y falacias de la identidad y el nacionalismo uruguayos; por esas décadas habían existido en América Latina otros intentos por conocer la esencia de lo propio. El autor, a pesar de la crudeza, busca de-

jar siempre una nota de esperanza. La "cola de paja" es la antesala de la cobardía; sentirse culpable, con la opción de asumir o no una actitud frente a ese sentimiento. Denuncia también a la democracia uruguaya -en ese momento único prestigio exportable- como una maravillosa red de apariencias; y, a la vez, cómo el país había vivido de espaldas al continente. La solución, según Benedetti, estaría en una vuelta pasional al viejo "corazón de oro" de los orígenes independentistas, que todavía late, aunque escondido por la moderna frivolidad.

- (20)- A. Methol Ferré. El Uruguay..., p. 87
- (21)- L. Pérez Aguirre et al. "Referéndum y ...", p. 6. Pérez Aguirre es coordinador del Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) en Uruguay.
- (22)- R. Ares Pons. "Exposición pronunciada..."
- (23)- Z. Michelini. "Denuncia de ..."
- (24)- C. Quijano. "Patria Grande...", p.4
- (25)- J. Vázquez de Knauth. Nacionalismo y..., pp. 7-19. Cfr. J. Vázquez de Knauth. "Nacionalismo y enseñanza..."; P. Galeana de Valadés. "El nacionalismo..."
- (26)- Carlyle. El culto..., p. 8
- (27)- J. Escobar. "El pedestal...", p. 139
- (28)- F. Savater. "El héroe...", p. 74
- (29)- A. Traversoni y D. Piotti. Nuestro sistema..., pp. 13-25
- (30)- W. Warren et al. "Educación en...", p. 129

CAPITULO CUARTO

IMAGEN ARTIGUISTA EN LA EDUCACION PRIMARIA: GOBIERNO MILITAR (1973-1985)

Examinaremos en este capítulo qué imagen de Artigas dan los libros de texto de historia para 6º año de primaria, correspondientes a 1980. De ese tratamiento extraeremos las actitudes y valores que se buscan transmitir en el nacionalismo presente. En ese momento el gobierno uruguayo estaba en manos, de facto, de las Fuerzas Conjuntas (Fuerzas Armadas y Policía) por lo que ambos textos nos permitirán ver las bases en que pensaban centrar la sociedad.

Del libertador se analizará su figura a distintos niveles, a fin de desentrañar qué modelo de ciudadano, de poder y de nacionalismo hay detrás para la contemporaneidad. La segunda parte del capítulo versará sobre la visión que del proceso histórico presente da el mismo protagonista -el anónimo gobierno militar- también en parte a través de la figura de Artigas. De ahí, el doble interés del capítulo.

IV.1.- URUGUAY: LAS FUERZAS ARMADAS EN EL PODER

Antes de adentrarnos en los dos últimos capítulos de este trabajo, correspondientes al análisis de los libros de texto en historia para los años 1980 y 1985, se hace necesaria una breve introducción. Ella se refiere al marco histórico en que fueron escritos esos materiales. Fueron doce años demasiado marcados ideológica y culturalmente, con gran repercusión en los textos, sea como defensa que como reacción, por lo que no se puede obviar una sinopsis del entorno.

Desde la década de los sesenta, varios países continentales han sido

políticamente conducidos por gobiernos con fuerte rectoría de los mandos militares, denominados usualmente dictaduras. No era tampoco la primera vez que muchos espacios del área atravesaban esa situación de creciente militarización política. Podría decirse que en ocasiones racismo, nacionalismo y dictaduras han sido caras de un mismo poder; el militarismo ha estado muy relacionado con deformaciones del nacionalismo agresivo y militante. Aunque paradójicamente, las dictaduras latinoamericanas de este período se distinguieron por su contradicción entre el autoritarismo salvacionista y moralista que las veía depositarias de los destinos de la nación, y los proyectos nacionalistas de desarrollo (basados en la dependencia financiera internacional).

Para estas formas de gobierno todo atentado al individualismo lo es a la civilización; el autoritarismo y la obediencia se ennoblecen, la paz social es el fin. Ante la amenaza de desintegración de los valores tradicionales necesitan identificar y eliminar enemigos que conducen al desorden. Las categorías más usadas son: culto al héroe, exaltación de la raza, de las masas, importancia de la familia, anticomunismo feroz, antisemitismo, xenofobia, etc.

En muchos países latinoamericanos se instauró un modelo de estado de excepción contrainsurgente, basado en la Seguridad Nacional y la teoría geopolítica (1). Las consecuencias fueron que la burocracia militar se convirtió en nueva clase política, al desplazar a los políticos profesionales en un nuevo sistema de exclusión, la sociedad se despolitizó y fue reprimida por un estado muy fuerte; ya no existían casi más canales de expresión que los oficialistas y surge una nueva burguesía financiera y tecnocrática. Estas dictaduras tendrían características distintas a las anteriores pues obtuvieron el poder para construir un nuevo tipo de estado,

por lo que llegaron a él con un plan político y económico más que militar o de pacificación. Ante la incapacidad para enfrentar cualquier guerra moderna y por la ausencia de éstas en el continente, de una institución técnico-profesional de seguridad y defensa los militares pasaron a ser un organismo político integrador de la sociedad y promotor de la modernización.

También resulta innegable, que en América Latina hubo varias veces en que los militares fueron llamados al poder por expreso pedido de los civiles -Latorre es un ejemplo en Uruguay- ante un caos indecifrable e indefinible. En ocasiones estos requerimientos fueron ciertos, en otras simulados, pero antes los golpes eran conducidos por los civiles y hoy ya no. Se estimuló así su vocación mesiánica a la vez que la participación política. Hoy, los mandos castrenses han percibido un nuevo papel en la historia, no regido por plazos, sino por objetivos de cuyos tiempos sólo ellos tienen noción; la permanencia en el poder ya no es transitoria y su actuación se asemeja más a un partido político que a una corporación encargada de defender la seguridad. Precisamente porque en el pasado los golpes de estado eran pasajeros no necesitaban una ideología muy elaborada y hoy, en cambio, sí (2). En su origen el cuerpo militar estaba más centrado en la postura heroica, luego al no existir casi guerras continentales desempeñaron funciones gerenciales o burocráticas, y actualmente hay grupos de élite con alta especialización técnica. La fuerza del nuevo militarismo se ha ido incrementando por la debilidad de las instituciones y de las agrupaciones políticas o sociales con poca representatividad real.

Los militares en el Uruguay no aparecen con violencia en la escena política, para tomar el poder, sino que lo hacen paulatinamente. El período entre 1968 y 1973 ve un creciente protagonismo de las Fuerzas Armadas (con el ejército a la cabeza) en el terreno político, principalmente con la misión de defender al estado -de él dependían además estrechamente- que cada vez aparecía más debilitado e incompetente para responder a la realidad nacional. En su gradual expansión, presionaban por el reconocimiento y legitimación de espacios autónomos de poder. A comienzos de siglo, el batllismo había construido el modelo político donde el estado neutralizaba a las Fuerzas Armadas, pero ahora la situación iba progresivamente invirtiéndose.

El ejército pasó a influir e insertarse en la sociedad con tintes de "...paternal y popular [populista]"(3). Aumentó el número de sus integrantes y buscó apoyos en los sectores marginados. Además, participaba en la administración pública lo que le derivaba numerosos sostenes. Fueron incorporados a estas fuerzas, y a su protección, núcleos importantes de la población que habían pertenecido a los partidos políticos; aprovecharon el vacío de estas agrupaciones. A su vez, los oficiales disidentes eran despedidos.

Parte de los militares fue entrenada para combatir la sedición, y en pocos meses extinguieron los focos más peligrosos, después de que el Parlamento mediante la Ley de Seguridad del Estado otorgó facultades especiales a las Fuerzas Armadas. La interrogante pasó a ser si asumir un rol político protagónico o regresar a los cuarteles; la mediación ya había sido ejercida en el pasado. Fue así que en 1973 un grupo se adueñó de la institución y comenzó a depurar opositores dentro y fuera de la corporación. Las Fuerzas Conjuntas dieron un golpe de estado el 9

de febrero de ese año y en junio disolvieron el Parlamento, para concentrar el poder público en el Consejo de Seguridad Nacional (COSENA), dominado por militares. Señala con precisión Minello, que "Desde la disolución del Parlamento podemos hablar con propiedad de un Estado militar"(4). El ámbito del Poder Ejecutivo se fue agrandando, colaboraron con él el Consejo de Estado (una especie de Poder Legislativo) y un Poder Judicial subordinado. Ese grupo era un verdadero "partido militar" que intentó conducir el proceso con la negación de la política (5); convertir a las Fuerzas Armadas en una especie de partido político era rebajar su función de tutela de la soberanía nacional a la de un sometimiento respecto a la votación popular.

A partir de allí se sucederían tres presidentes civiles (Bordaberry, Demicheli y Méndez) que en realidad tenían un poder totalmente controlado. Las fórmulas legalistas eran importantes para los militares por consideración a la tradición nacional. García Márquez decía, que la democracia representativa tradicional uruguaya fue como un fantasma para los mandos castrenses, porque no les permitía hacer otra cosa con las bayonetas que sentarse en ellas (6). En la década de los ochenta el comandante del ejército, y oculto líder, Gregorio Alvarez, asumió el poder.

El régimen de los militares uruguayos fue todo el tiempo oficialmente nacionalista, a la vez que la nación se perdía ante el capital extranjero y la falta de democracia. Esto se pudo dar por la forzada despolitización de la sociedad. Ese nacionalismo despolitizaba los conflictos sociales y entendía el patriotismo como devoción al bienestar material y a las Fuerzas Conjuntas, reducía el número de temas de debate político y subordinaba todo al interés supremo de la nación. Esta formulación, en lo interno, era políticamente desmovilizadora, y en lo externo, insistía en

la soberanía nacional y en soluciones autóctonas (7).

Las Fuerzas Armadas se propusieron para enfrentar la cambiante coyuntura internacional que rebasaba al débil estado. La disyuntiva era si adelgazar el estado, como proponía el neoliberalismo, o continuar con su tarea asistencial y acaparadora, sustituyéndolo por las fuerzas castrenses. La solución fue, por un lado, liberalizar y desproteger a muchos sectores de la economía y, por otro, se reforzó al estado más aún que en la época batllista. Las orientaciones económicas predominantes fueron la privatización de muchos sectores industriales, de bienes y servicios, fomento de industrias de exportación no tradicionales, de la inversión extranjera (llegó a controlar el 80% del capital bancario), con constantes devaluaciones para favorecer las exportaciones. El crecimiento económico no redundó en un aumento considerable del poder adquisitivo del salario real. La crisis económica, aunada a la persecución política, provocó una importante emigración, sea de cuadros profesionales calificados que de población en general. La disminución considerable de la población, por otro lado, permitió conservar un relativo equilibrio interno.

Los militares comenzaron a predominar en la conducción política y judicial constituyéndose como partido sustituto. Se crearon juntas, consejos, comisiones, etc. que eran puestas por encima, o para vigilar, a las instituciones públicas y castrenses. Dentro de la misma corporación los ascensos eran sólo por selección de la jerarquía, lo que también evitaba caudillismos o liderazgos carismáticos. La autonomía del poder militar, respecto de la sociedad civil, lo fue paulatinamente hacia el estado ya que el presidente y el Ejecutivo perdían facultades de control sobre él. Dejó de ser simplemente el brazo armado del Ejecutivo, para convertirse en el conductor de la sociedad en lugar de la clase política.

El proceso de transformación política, en un comienzo, fue de represión a profesionales y disidentes, una vez asegurado el control entonces los militares se adueñaron de las instituciones.

Este creciente poderío los obligó a desdoblarse entre las funciones políticas y las armas. A la vez, al aumentar la desprofesionalización, por la actividad política, se incrementó el armamentismo bélico y se acentuó la corporativización, para actuar como fuerza cohesionada alrededor de la doctrina de Seguridad Nacional. Era ya necesario lograr una síntesis soldado-político. Este nuevo rol lo expresaba claramente en 1980 un coronel:

"La misión de las FFAA, en última instancia es política. No de partidos, ni de clases, ni de parcialidades; consiste fundamentalmente, en defender los valores esenciales y permanentes, que fundamentan la existencia de la patria.

"Es política, porque los que se preparan para sacrificarse y morir por la patria, deben saber qué cosa es la patria, la esencia y el fin, lo que la fortalece, y lo que la debilita, lo que la confirma en su ser, y lo que la niega ... Y deben saber, además, que las FFAA son parte constitutiva e indivisible del poder político: la fuerza que funda y sostiene la soberanía, el orden y la paz interna"(8).

En ese mismo 1980, el 30 de noviembre, los militares no lograron convertir esta idea en postulado pues en un referéndum la población la rechazó. La propuesta era constitucionalizar la situación de predominio de las Fuerzas Armadas en el aparato estatal. El tiempo fue breve para considerar el documento propuesto por el gobierno y la prensa estaba controlada, no obstante el 58% de los votantes rechazó la propuesta. Después del contraste, algunos sectores militares se inclinaron por una apertura hacia la reinstitucionalización. Existían varias razones por las que debían proponer la reinstalación del poder civil ya que lo prometieron

desde el inicio, y en la cultura política tradicional no podía concebirse un gobierno militar permanente; además la situación castrense de los países vecinos cambiaba y el impacto del fracaso económico no era poco. Comenzó allí la negociación de una salida al proceso armado, que considerara a las Fuerzas Armadas como actoras en el futuro político nacional y también mantuvieran parte de su autonomía.

La inexperiencia política de los militares y sus divisiones internas dificultaron el proceso de redemocratización. Finalmente, el acuerdo fue firmado, a mediados de 1984 en el Club Naval, en base a un Acta Constitucional que regiría durante 1985 para luego ajustarse a ratificación. En 1982 hubo -por primera vez en la historia- elecciones internas en los partidos tradicionales, donde se eligieron representantes para las convenciones nacionales, que nombrarían candidatos presidenciales para las elecciones del 25 de noviembre de 1985. Los militares buscaron neutralizar las bases opositoras, incluso al prohibir la participación de dos de los más destacados dirigentes (Jorge Batlle y Wilson Ferreira); las facciones de oposición triunfaron igualmente con gran amplitud. En las presidenciales el Partido Colorado obtuvo el 39%, el Blanco el 33% y el Frente Amplio el 21%. El primero de marzo de 1985, asumía la presidencia el colorado Julio María Sanguinetti y se retornaba a la constitución de 1967. Concluía así el período iniciado en 1973 y denominado "el proceso" o de una "democracia tutelada"(9). La libertad que el gobierno había ofrecido en los doce años pasados era muy distinta a la que un anciano (representante de un país que ya no podía existir), en medio de una muchedumbre para un mitin electoral de 1984, reclamaba con su pancarta: "Ten go 87 años y quiero morir en libertad". Sin embargo, las Fuerzas Armadas no regresarían a la situación en que estaban cuando accedieron

al poder, pues habían incrementado su autonomía política e institucional respecto al estado. La transición a la democracia, a diferencia del resto del continente, se había dado por un pacto cívico que dejaba a los militares con capacidad de veto.

Entre esos años y hoy la sociedad uruguaya, principalmente a través de organizaciones populares, de derechos humanos, de lucha por los desaparecidos o de la izquierda, ha retomado el debate sobre la responsabilidad y penalidad de la acción de las Fuerzas Armadas durante su período de gobierno. Militares y policías se han repetidamente negado a comparecer ante tribunales penales, al aducir que su conducta siguió la "obediencia debida" del subordinado hacia los superiores. Se suscitaron dos bandos: los que los apoyaban y quienes reclamaban justicia común para ellos. El gobierno colorado, un tanto apresurada y sospechosamente, hizo aprobar en la Navidad de 1986 la llamada Ley de impunidad (Caducidad de la pretensión punitiva del Estado) que escogía el primer camino y protegía a quienes, en cumplimiento de su deber, hubieran violado los derechos humanos entre 1973 y 1984. La reacción siguió siendo jurídica y se logró, mediante extensas campañas populares, el alto porcentaje de firmas exigido por la constitución para convocar a un plebiscito sobre el tema. Hubo, en el ínterin, varios intentos del gobierno por anular la validez de los medios, al aducir razones como la ilegalidad de las firmas. Superados estos obstáculos, la sociedad votó verde (anulación de la ley) o amarillo (confirmación) el 16 de abril de 1989, con un estrecho resultado de aproximadamente el 58% a favor de los oficialistas.

IV.2.- ANALISIS GENERAL DE LOS TEXTOS

Ignoramos el texto utilizado de 1973 a 1980, pero los dos que examinaremos en este capítulo -escritos en 1980- resumen muy bien la ideología del poder de 1973 a 1985, por ello pueden considerarse suficientemente representativos de todo ese período. Al igual que el de Traversoni -editado en 1985- es válido como reflejo general desde ese año hasta hoy.

El análisis que haremos se refiere a dos textos de historia que componen el programa del último año (6°) de la primaria uruguaya. El plan de estudios de ese curso abarca desde la gesta de independencia (1810) hasta la contemporaneidad. La primera parte, o primer libro, llega hasta la declaración constitutiva como nación separada de España y del resto de las potencias que la anhelaban; corresponde casi totalmente al período artiguista. El segundo texto finaliza en nuestros días. En total, son 460 páginas de papel y tapa finos, con abundante colorido y tipos de letras; el gasto no debió ser poco. Llama la atención este despliegue cuando durante ese gobierno disminuyeron los gastos oficiales para la educación y la cultura. El objetivo consiste en descifrar la imagen artiguista, muy ligada a la interpretación del presente y del proceso histórico que forjó la nacionalidad. De ahí que en las dos etapas -1980 y 1985- nos detendremos rápidamente en la visión de los autores sobre ese proceso y, ante todo, acerca del presente pues a él va finalmente abocada la interpretación de Artigas. Indudablemente, las historias nacionales oficiales siempre tenderán a ser epopéyicas pero detrás hay valores resaltados y a ellos nos dirigiremos.

Ambos textos de 1980, no especifican su autor sino que éste se esconde bajo el anónimo Consejo de Educación Primaria. El hecho refleja una de

las principales características del gobierno militar uruguayo (10), reconocido internacionalmente como la dictadura sin rostro. No era posible identificar públicamente un jefe, por encima de los demás, sino que todo se fraguaba en el anonimato institucional, lo que otorgaba seguridad. Apenas en los últimos años se pudo identificar a Gregorio Alvarez como líder.

Desde el título de los libros, "Historia Nacional", se puede presagiar el contenido y sentido del relato. La finalidad no enfoca el conocimiento sino el sentimiento (nacionalista); en realidad, es una historia de la patria, ya que detrás de Artigas el eje histórico oculto es el patriotismo. Constituyen un instrumento, no para hacer entender un proceso a los alumnos, mas para grabarse que la patria nace como -y es- una gesta heroica y sagrada, iniciada por Artigas contra el invasor y culminada hoy por los militares. El largo desfile militar que se presenta contiene un fuerte antilaicismo al resaltarse los períodos castrenses (Latorre, Terra y el actual). El resto de los elementos en la presentación de los textos, como veremos, sólo habrán de ir gradualmente reforzando ese sentimiento. Hechos aislados y descontextuados permitirán ir cultivando fuertes sentimientos maniqueístas, exaltadores de los ánimos pero no de la razón. Al niño se le desvía de la verdad.

Las tapas merecen ser descriptas con atención porque desnudan y complementan los mencionados objetivos. El primer texto, muestra al prócer en fiera posición de caudillo militar mientras dicta a un presbítero. La tapa de la segunda parte, escenifica a una mujer blanca vestida a la manera de la antigüedad clásica, dentro de una túnica con los colores nacionales. En la mano derecha sostiene un largo palo terminado en un sol dorado, la otra mano está apoyada en un pedestal con un libro, una balanza y la bandera nacional. Detrás de esta majestuosa y desafiante joven,

similar a alguna semidiosa ateniense, se encuentran los símbolos del escudo nacional. Es una perfecta representación gráfica del mote que tuvo Montevideo algún tiempo: la Atenas del Plata. Este cuadro de Juan Manuel Blanes se titula "Altar de la Patria"; en los libros la palabra "Patria" irá siempre con mayúscula .

La primera tapa muestra el aspecto del héroe militar que dio su vida por la patria; la segunda, en cambio, precisa el ideal europeizante de la cultura nacional. De Artigas lo que más importa es su casta militar, su don de mando, la ciega obediencia de los suyos, el heroísmo y la integridad moral; de lo cultural, económico y político poco se destaca y, si lo hay, es para resaltar lo ilustrado, que le viene de la cultura europea. Están así representadas las dos caras en que se funda el nacionalismo.

En las contratapas, aparece en grandes mayúsculas una frase de Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931), poeta romántico y político cantor de la épopeya revolucionaria: "¡Pueblo, Despierta! ¡Arranca el Porvenir, de tu Pasado!". En la primera página también se cita la frase artiguista: "Los jóvenes deben recibir un influjo favorable en su educación para que sean virtuosos y útiles a su país". El bombardeo de frases y consignas de la presentación no termina allí pues enseguida, antes de comenzar el escrito, aparecen escudos, óleos con militares desafiantes, mapas y lemas.

Por si fuera poco lo anterior, las páginas de ambos textos están contorneadas de celeste (color de la bandera) y los subtítulos, mapas, cronologías también brillan con ese color. Además, se intercalan fuera del relato moralejas o frases que, al ponerse en relevancia y estar descontextuadas, constituyen verdaderas proclamas subliminales, en algo que más parece un panfleto de divulgación ideológica que un libro de historia para la primaria. A la vez, hay un culto a los objetos sagrados de la patria, que va desde armas de militares hasta el bracero en que se que-

maron los tratados con el Brasil en 1864. Abundan las referencias a altar, juramento, patria sagrada, etc.; hasta se incluye una foto con la bendición de la bandera.

Tipográficamente la composición es mala y confusa bajo cualquier aspecto. El exceso de las mayúsculas es notorio, infinitos son los subtítulos inútiles (11), los subrayados están por doquier, muchos tipos diferentes de letras, cursivas y espesor de la tinta. Además de los títulos, apartados, subtítulos y demás ramificaciones, cada página tiene centrado arriba un mensaje a transmitir. En fin, la estructura general de los textos es desordenada y ni siquiera invita a leer los titulares, que finalmente son el reflejo de lo que se quiere inculcar. La metáfora podría ser una frenética carrera donde cada renglón, párrafo, título, mapa, estadística o ilustración quisiera decirle al anterior que él es más importante, luego, al voltear hacia el siguiente, se encontrará con la triste sorpresa que su triunfo poco duró. La consecuencia, a más de la ideologización, será que el alumno aborrezca la historia para siempre.

Técnica o profesionalmente, los libros están mal elaborados. En muchas citas no aparece la referencia ni la fuente, en ocasiones ni siquiera la referencia cronológica es fácil de establecer. Las frases de cada párrafo a veces no tienen nexos (por ejemplo, se habla del grito de independencia y de golpe sigue una apología de Artigas); una sucesión de hechos no ligados por frases, y menos por un proceso analítico, sino sólo por la pura secuencialidad cronológica de actos militares. Los libros están plagados de fechas, batallas, documentos interminables, cifras, mapas, símbolos nacionalistas e ilustraciones militares. Incluso, dentro del tratamiento fáctico, hay lagunas incomprensibles como por ejemplo la carencia de la cronología de 1820 a 1828. Naturalmente, por otra parte, las cronologías

están totalmente conquistadas por pactos y batallas; sabemos que el territorio se hallaba en constante guerra pero también se desarrollaban interesantes procesos económicos y sociales.

Historiográficamente, pues, mal desde el elemental tratamiento de las fuentes, que al menos exigiría coherencia y no estas carencias e increíbles abundancias, hasta la excesiva complejidad que desborda el nivel primario. Los textos son poco pedagógicos, abundan en irrelevancias, quienes los hicieron probablemente no eran historiadores profesionales sino militares-historiadores, en el mejor de los casos. Las consecuencias son un fraccionamiento de imágenes heroicas pero nada acerca de un proceso histórico explicado. La intención es desmembrar la capacidad crítica y de análisis desde la niñez. Las láminas e ilustraciones -un elemento que fácilmente se graba en la mente- corresponden en su gran mayoría a escenas bélicas, desfiles y muy poco al costumbrismo del pueblo; en ellas los militares siempre están gallardos y triunfadores. También los documentos seleccionados siguen esa línea. Este último aspecto podría ser positivo, en cuanto familiarizara al alumno con fuentes primarias, pero no con esa abundancia y carga ideológica, además que a esa edad se necesita bastante explicación. Junto a la proliferación de elementos castrenses, hay una reiteración de los aspectos legalistas y constitucionales, ya que para el gobierno militar era básica la fachada institucional, que colocaba automáticamente fuera de la ley a sus enemigos.

Pasando ahora más al contenido, vemos que el primer libro está dividido en seis temas, cada uno con un preciso objetivo. Destacan la especificación del surgimiento -por decreto- de la "Nacionalidad Oriental" en 1811 con el inicio de la lucha independentista, así como el análisis reflexivo propuesto respecto del pensamiento y la conducta del General Artigas hacia la soberanía del Pueblo Oriental. Casi todo se refiere a

la época artiguista y el encabezado general es la "Orientalidad" (p.7). El segundo texto, se ocupa de la nación independiente bajo dos grandes títulos: "Los primeros cien años"(p.7) y "Los últimos años"(p.173). El período entre 1967 y 1980 posee el mayor espacio (54 páginas; más del 10% de la obra total), especialmente después de 1973 (44 páginas), con un largo listado de los logros del gobierno militar. Esto, a pesar de haber definido el contenido del capítulo como el "Ubicar objetivamente los procesos de los últimos años"(p.262). Implícitamente ellos son los restauradores o continuadores del "sistema artiguista o americano", ya que desde la independencia Artigas sólo vuelve a ser mencionado, como símbolo, durante ese período.

En todas las páginas de la primera parte aparecen ininterrumpidamente ilustraciones, mensajes, cartas, proclamas, hechos alrededor de la vida de Artigas. Podría bien llamarse, en vez de "Historia Nacional", la "Apología de José G. Artigas, fundador de la Nación Oriental". La última frase en que él aparece vivo lo ilustra muy bien: "... como el Licurgo de la recia Esparta, engendró en torno de esa luz una Nación, dejando abiertos los caminos del Sistema de América basado en la Libertad"(12). También en las épocas posteriores la historia viajará detrás de las grandes personalidades y sus biografías. De gauchos, indios, esclavos negros y peones -parte esencial de la tropa artiguista y verdaderos forjadores de sus triunfos, como él mismo reconocía- casi nada se habla pues quedan aparentemente fuera del "Sistema" y del "Pueblo".

Artigas es un estadista moderno, ilustrado, en constante correspondencia a fin de estar actualizado en esa larga franja que eran las Provincias Unidas. Es un héroe militar, hasta magnánimo con sus enemigos, cuya figura nunca desaparece y pervive en el corazón de la nacionalidad urugua-

ya; el único lugar donde se dice que murió es en un renglón de la cronología.

Vimos que la cita con que termina la figura viva de Artigas se refiere, como conclusión, al "Sistema de América en la Libertad". Este último principio, casi siempre con mayúscula, es tal vez la reiteración más constante. Construir la libertad era la meta. En realidad, se busca, por un lado, destacar la amenaza extranjera a la libertad y, por otro, poner en relieve la figura del heroico cuerpo militar -encabezado por Artigas- único capaz de restablecer la paz y el orden social. Es la misma tesis con que el gobierno militar permaneció tantos años en el poder, más de un siglo y medio después. Aunque paradójicamente las Fuerzas Armadas no poseían una cabeza visible -la corporación lo era- la nación en parto sí la necesitaba. En América Latina, los militares consideraron al marxismo enemigo de las "esencias nacionales" y siempre representó la "amenaza extranjera".

En los textos, hay también un intento de integrar el Uruguay a la historia mundial. Se llega a hablar de "Artigas en la Mesopotamia"(13), como subtítulo. La Mesopotamia sería la zona entre el Paraná y el Uruguay, pero la asociación buscada es con la milenaria cultura asiática, cuna de la europea. Muchos autores usan esta caracterización geográfica, pero aquí hay un trasfondo de otro tipo.

También es destacado el americanismo artiguista como parte de su "Sistema". Dicho término, en los años del gobierno militar, poseía un fuerte contenido ideológico, y no casualmente en los textos va asociado a "Patria", "Libertad" y América. Sin embargo, se olvida poner el complemento que Artigas asociaba al término: "de los Pueblos Libres". En los setenta, hubo ciertamente americanismo en el cono sur de nuestro conti-

nente, pues los gobiernos estrecharon lazos para intercambiar exiliados y fugitivos políticos.

IV.3.- FIGURA DE ARTIGAS

Del análisis de la figura artiguista los ejes serán: el modelo de héroe que se busca inculcar, para aplicar esos valores en el presente, su personalidad e ideas. El tipo de trabajo exigirá que nos apoyemos continuamente en citas de los textos, ya que en muchas ocasiones ellas hablan por sí solas, sin necesidad de ulteriores explicaciones. Veremos también cómo los tres ejes están muy interrelacionados con el objetivo de lograr una imagen clara de Artigas, que representa la que en la actualidad se buscaba en la sociedad.

IV.3.1.-EL HEROE MILITAR

Como señalábamos, el texto muchas veces se sirve de la transcripción de documentos para expresar las ideas ya que la parte explicativa es pobre. De ahí, que al usar estas frases de Artigas las consideraremos, en parte, como la imagen que de él se busca dar. En la narración de la batalla de Las Piedras, se dice que harán el relato "Siempre siguiendo la figura del Héroe eje central de todos estos sucesos y por lo tanto, nadie mejor que él para narrarlos..."(14). Vemos también cómo la referencia es a sucesos y no a procesos.

Un inmediato acercamiento al Artigas del primer libro, viene dado por los encabezados centrales de cada página. La mayoría mencionan nombres de batallas, adjetivos morales del héroe, frases suyas o algo respecto a la

patria y la libertad. Paradigmas son: "Lealtad y Virtud" (p.38), "La Patria peligra" (p.40), "Nuestro Gran'Sistema'"(p.41), "La voz de la patria" (p.47), "La historia memorable" (p.51), "Hombre de entera probidad" (p.53), "La energía es necesaria" (p.70), "El sable de Artigas" (p.95), "Qué harían sin mí" (p.96) y "El tiempo es el mejor testigo" (p.171). Poco necesitan que se les agregue a estas frases; sucedería igual si tomáramos los subtítulos (15). Nos limitaremos, en ocasiones, a no hacer demasiados comentarios ya que la intención es muy clara, en cierto sentido haremos lo mismo que el texto.

Artigas es el "Héroe", "Caudillo", "Conductor y guía", "el General", "Protector", "Jefe de los Orientales", "ilustre americano" y el "primer historiador de la gesta heroica". Son constantes las sustituciones de su nombre por estos sinónimos. Además, salvo muy contadas excepciones, nunca aparece sin el rango militar delante. Este es el primer Artigas que aparece: un líder militar, con arrastre popular, que lucha valientemente por la libertad contra el invasor extranjero. O es el héroe triunfante o es la víctima de las intrigas entre gobernantes. De él se propondrá continuador el gobierno militar contemporáneo, por eso la importancia de este apartado que describe, indirectamente, la imagen que buscan dar de ellos mismos.

La biografía artiguista comienza exactamente con su ascenso a capitán de Blandengues y una página entera que reproduce el despacho. Todos sus ascensos y proclamas al ejército son meticulosamente referidos. Incluso, en el colmo del exceso, hay un gran cuadro inventarial del ejército donde se alternan complicados datos de todos los niveles (16). Lo que sea sangre, heroicidad y belicidad siempre ocupa un espacio central.

La Junta bonaerense de Mayo tenía un alto concepto de los talentos de Artigas y Rondeau a quienes "... concediéndoles facultades amplias, concesiones, gracias y prerrogativas, harán en poco tiempo progresos tan rápidos..."(17). A la Junta de Paraguay, Artigas señala que "...oficiales esforzados, soldados aguerridos, armas, municiones, dinero, todo vuela en nuestro socorro"(18). Sin embargo, en momentos de peligro algunos orientales se dejaron seducir por beneficios personales y abandonaron el campamento olvidando "... que si por algo habían sido fuertes... en los peores momentos, había sido por su unión"(19). Iguales logros y concesiones tuvo el gobierno militar en su guerra.

En el mismo inicio, existe ya un párrafo que transparenta las intenciones y el enfoque personalista que se hará del relato histórico:

"Como las limaduras de hierro atraídas por el imán, fueron impulsadas las partidas criollas por la presencia de Artigas. Encabezadas 'por los sujetos más caracterizados' de cada pago fueron rodeando la figura de Blandengue heórico, la cabeza del levantamiento, su Caudillo. Figura omnipotente en torno a la cual se entretejen los acontecimientos a lo largo de la década que va desde 1811 a 1820, siendo la Historia de los Orientales, la historia del General don José Artigas"(20).

Palabras altisonantes enmarcan el tono apoteótico, de decadente forma épica, que conceptualiza una historia anacrónica. Habla también de los seguidores artiguistas en abstracto.

En el relato de la batalla de Las Piedras -ocupa cuatro páginas- narra Artigas que "Exhorté a las tropas recordándoles los gloriosos triunfos que habían inmortalizado la memoria de nuestras armas y el honor con que debían distinguirse los soldados de la patria y todos unánime exclamaron con entusiasmo, que estaban resueltos a morir en obsequio de ella"(21). Ante la adversidad él mismo anadía, que

"... las verdaderas ventajas que llevaban nuestros soldados sobre los esclavos de los tiranos estarán siempre selladas en sus corazones inflamados del fuego que produce el amor a la patria ... la fuerza con que el patriotismo más decidido ha electrizado a los habitantes todos de esta campaña, que después de sacrificar sus haciendas gustosamente en beneficio del ejército, brindan todos con sus personas, en términos que podría decirse, que son tantos los soldados con que puede contar la patria, cuantos son los americanos que la habitan en esta parte de ella"(22).

Después, se agrega que "En los momentos de peligro, en las horas de incertidumbre, el comandante militar es llamado por su pueblo para transformarlo en su guía, en su Conductor"(23). Gran paralelismo con la interpretación del presente donde era también necesario sacrificarlo todo "gustosamente en beneficio del ejército".

Por el triunfo en esa lid, además del ascenso y "...entre otros premios recibe una espada. Esta arma que ha llegado hasta nuestros días está ligada a un hermoso episodio familiar..."(24). Este elemento entraña un fuerte simbolismo, no es tampoco la única arma patria que aparece. El episodio familiar a que se hace referencia es que Artigas regala a su hermano Manuel el sable y "Sin duda, con este gesto nacido del alma, comprende a su hermano y olvida el pasado... Este magnífico sable, símbolo del mando, no se volcaría contra el pueblo de Buenos Aires"(25).

Es oportuno detenernos un poco más en este hecho pues hay en él unos comentarios que no pueden obviarse. Al votar el hermano de Artigas por la unión con Buenos Aires,

"Como buen oriental y un Artigas que era, sin la visión del General, al igual que su Pueblo, ve el presente olvidado de los trabajos de los tres años pasados.

"El General, que veía más lejos, se desprende del hermoso sable ..."(26).

Luego, el héroe se va románticamente solo y empieza a ser seguido por el pueblo en su camino de éxodo; aunque quiera, no puede dejar de ser el General en Jefe de los Orientales. En las tres páginas del sable fotografiado, se reproduce una carta de Artigas a "un amigo" donde el prócer aparece un poco diferente en su normal modestia, y se presenta como el único redentor para restituir la paz y la libertad.

Es importante recordar que cuando este libro fue escrito los orientales hacía tiempo que empezaban a pedir que el gobierno se fuera, olvidando los siete años pasados. Los militares que ya estaban por dejar el poder lo hacen, igual que este Artigas descontextuado, a través de un gran gesto de magnanimidad que permite al pueblo expresarse libremente en un referéndum. Curiosamente, ellos pierden -aunque por razones distintas a las de Artigas- por la presión y el rechazo del mismo pueblo oriental, al que Manuel Artigas obedeció con su voto. En un futuro cercano, entonces, también los militares tuvieron que irse y hasta hoy siguen convencidos que no pueden dejar de ser los Generales en Jefe, protectores y redentores de los uruguayos. Pero Artigas sí era sinónimo, en gran medida, de patria y nacionalidad para esos orientales y por ello le seguían casi ciegamente.

Bajo el título de "Milicias", se precisa que "Siempre estuvo en el primer plano del pensamiento artiguista el 'arreglo' [orden, regla, coordinación] de la Provincia en todos sus aspectos. No separaba para nada la jurisdicción política de la militar sino que la ordenaba coordinando ambos aspectos"(27). Pero del "arreglo de los campos" no se menciona casi nada. Ante cualquier documento militar el texto se desborda en espacio, mientras el Reglamento agrario sólo ocupa su transcripción textual. No hay una sola mención explicativa de una de las ideas principales de Artigas. Cier-

tamente se trata de una figura militar, pero interesante justamente porque su trascendencia no se agota en ese plano. En realidad, repartir latifundios entre desheredados era una acción tal vez demasiado subversiva.

Respecto al servicio de las armas,

"El pensamiento de Artigas era claro ... seguía el pensamiento tradicional hispano. 'Ningún americano debe ser indiferente al Sistema. Todo el mundo debe alistarse para servir en un caso forzoso'. Buscó, como se puede ver, dar 'la mayor seguridad a la Provincia' providenciando 'su mejor arreglo', anunciando 'mi resolución y eficacia con que deben reanimarse los intereses de la Patria para su sostén y defensa'. 'Este paso no es conveniente solamente por la guerra sino como un medio de la tranquilidad. De su allanamiento resultan ventajas a nuestra situación política'"(28).

La palabra " Sistema " -casi siempre en relieve- engloba toda la ideología militar y la libertad; en aras de ella entraba cualquier exceso pues nunca se especificó lo suficiente públicamente su contenido. La razón de ser de las Fuerzas Armadas era para garantizar la tranquilidad social.

"Allanamiento" fue una de las palabras más frecuentes de la época y a la que nadie escapó; el texto la maneja en un doble sentido que la favorece. Más adelante, en forma muy descontextuada, lo que acrecienta la suspicacia, se menciona a dos orientales como partidarios del "SISTEMA" artiguista (p.135). El entrecomillado y las mayúsculas aparecen desproporcionados. Implícitamente, ese sistema tan referido por el gobierno militar presente, se convierte también en el ideal artiguista y, por ende, dicho gobierno es el defensor actual de ese ideal, frente a los enemigos externos.

En Río de Janeiro,

"Están pues, todos los enemigos de Artigas y su 'Sistema', lo que Nicolás Herrera dio en llamar la 'sublime intriga', si sublime

es reunir a los enemigos de la Patria para que vengan a sojuzgarla.

"Frente a tal situación el general Artigas toma sus medidas para enfrentar al poderoso enemigo, que no son otras, en líneas generales, que el plan de 1812, ... defenderse atacando al enemigo en su propio territorio"(29).

Pocos renglones después, Artigas escribe al delegado Barreiro (bajo los encabezados: "Movimiento General", p. 149 ; "Todos se sacrifiquen", p.151 y "Guerra en la campaña", p. 153) que "... nosotros debemos abrir la campaña contra ellos y dar primero para descompagnar todas sus ideas... El movimiento general se ha de hacer con la brevedad y la sorpresa posible a cuyo fin impartiré las órdenes y cautelas convenientes... También hablo al Gobierno sobre la vigilancia que debe haber en todos los sospechosos... Es preciso que todos se sacrifiquen para conseguir la gloria inevitable de un general esfuerzo"(30). Esta larga carta tiene una muy precisa razón de publicarse, por el paralelismo enorme de las medidas artiguistas con las presentes de Seguridad Nacional. Las tácticas son casi calcadas, aunque el espíritu y el bando que defendían eran opuestos. Aparece aquí el libertador como estadista con sentido político (soldado-político), oportuno y planificador.

El general Artigas,

"... emprende con gran optimismo la ardua empresa de la defensa de la Patria contra el poderoso invasor, como puede extractarse de su correspondencia: Todo debe esperarse de la energía de los orientales y de su denuedo por el sostén de la libertad. La decisión es unánime y firme en todos los orientales. Su genio magnánimo y guerrero sólo necesita de dirección y confianza... Los elementos de la capital para los cuales la Patria es una institución destinada a defender sus intereses particulares, niegan en los momentos de peligro su sangre y como en todas las épocas, sirven al enemigo de la tierra desde la retaguardia"(31).

Es muy común, como en este caso, que las frases sean utilizadas para lanzar una moraleja o un mensaje subliminal. Toda reflexión, es más bien una posición altamente subjetiva y ligada al presente, que busca tocar la emotividad a través de extremismos (odio-amor), sin propiciar mínimamente la comprensión.

El arraigo artiguista en el campo era indudable. Un oficial de marina español, José de Salazar, así lo certifica. Además, no sólo los pobres se le unían: "... vecinos establecidos, poseedores de buena suerte y de todas las comodidades que ofrece este suelo, eran los que se convertían repentinamente en soldados" (32). En suma, un héroe popular en todo el país y entre todas las clases sociales.

Sin embargo, el espectro de acción política y militar era grande pues "... la dimensión geográfica de su influencia iba: de Córdoba a la Banda Oriental y de Buenos Aires a la cerrada de Asunción del ahora Dictador (temporal) Gaspar Rodríguez de Francia" (33). Extrañamente, se coloca esa precisión de "temporal" junto a la de "Dictador". Sabido es que Francia de temporal no tuvo nada pues dejó el poder, después de cuarenta años, por su muerte. Podrían también haberse ahorrado la palabra dictador y, por ejemplo, usar la de Doctor, que es otra característica frecuentemente ligada al paraguay. La sensación es que se aprovecha, con toda intención, la asociación dictadura-temporal con ánimos de caracterizar la situación presente.

Aún si temporal seguía siendo dictadura, por lo que era necesario ablandar esa dureza (exigida por el momento histórico) con una imagen de perdón, que a la vez enaltecía más al que magnánimamente lo otorgaba. Bajo un sugestivo encabezado de "Yo no soy verdugo. (Paysandú, 1815)" (34) y con una gran foto celeste, superpuesta al texto, de un general prisionero al

que Artigas le perdonó la vida, se transcribe la carta firmada por ese militar, donde relata la justicia y buen trato que Artigas hacía en el caso de los militares y subalternos que luchaban en su contra -por órdenes superiores- no por su propia voluntad. Los mismos militares uruguayos, durante el gobierno de Sanguinetti, se encontraron en la situación inversa ya que ellos, los continuadores artiguistas, se ampararon en esa misma obediencia debida a los superiores para lograr su impunidad civil. Por otro lado, hoy está comprobada la falsedad de ese paralelismo, por el trato tan distinto que recibieron los guerrilleros contemporáneos.

La figura militar del héroe, por más tergiversada e inmortalizada que estuviera, no podía evitar de enfrentar su final bélico. Veamos cómo es interpretado:

"Es muy común escuchar que el general Artigas fue derrotado a partir de 1817, con la caída de Montevideo. Que fue un mal general porque perdió batallas. Los que esto dicen desconocen el período de mayor poder del Protector en el cual desplegó sus mayores dotes de gobernante y conductor, que justamente se ponen de manifiesto en los momentos de más peligro, actuando con enemigos en todos los frentes... De este modo resistió más de tres años, siendo derrotado por traición, pues ante las batallas perdidas, jamás decayó su voluntad"(35).

Perdió por traición, así de simple. De nuevo, se busca llevar la conclusión al terreno de lo irracional y sentimental. Las dotes de gobernante y conductor se manifiestan cuando hay peligro. Deben recordarse esos momentos de mucho poder del Protector y casi casi olvidar el resto. Las derrotas se convierten en algo circunstancial debido a la mala fe de otros, no empañan la imagen patriótica y triunfadora. Al final, después de haberse referido a su derrota, se destaca el triunfo sobre Pueyrredón y se arguye que los enemigos (si lo son de Artigas lo son de todos) triunfaron"... logrando la

traición lo que no consiguieron las derrotas militares de Artigas: su alejamiento del teatro de la lucha"(36). También el gobierno militar se acercaba a su derrota -en mucho justificada por los mismos argumentos- en el mencionado referéndum. Pero existe una considerable diferencia entre 1980 y 1820: en el inicio de la década contemporánea, la lucha había terminado hacía muchos años, aunque los esfuerzos por fomentar lo contrario fueran enormes; en la época artiguista todavía quedaban años muy difíciles.

José Carbajal, el "Sabalero", cantante de protesta uruguayo, con fama en su país y fuera de él debido a su largo exilio, decía que

"...jamás votaría por un militar, se llame Seregni... creo que un militar no puede cambiar. Fue educado para mandar, para imponer una disciplina cuartelera, y se llame lo que se llame no deja de ser lo que es. Incluso es más. ¿Qué sabemos si Artigas fue bueno o malo? Fue militar también ¿no? ¿Quién te dice que todo lo que sabemos de él no haya sido producto de un montón de gente que estaba a su alrededor? De la educación que nos dieron..."(37).

IV.3.2.- PERSONALIDAD

El aspecto militar, con todas sus connotaciones, ciertamente constituye la parte central en la imagen proyectada de Artigas, por ello preferimos presentarlo por separado. Sin embargo, el que exista una definición tan fuerte no excluye otras caracterizaciones dignas de mención.

Al Artigas "justo" algo nos referimos en el perdón que otorgaba a los prisioneros de guerra. Otra faceta de ello, la vemos cuando él se queja del saqueo de sus tropas y manda una partida al lugar donde podrían estar los objetos robados, para restituirlos a sus dueños. También, restituye los bienes a los presos después de sus condenas. En el éxodo, hay un bando donde dice que se fusilaría a los ladrones fueran de la condición social que fuera.

Es además un hombre preocupado por los desamparados, responsable y al servicio de los demás; a la vez que es enérgico y tiene todo el poder, es respetado por el pueblo. Se mezcla una imagen de inocencia, honestidad y valor a toda prueba. Carlos Anaya señala de Artigas, que "Ese temple, digo, estaba adornado de honradez y probidad, en sumo grado. Su firmeza era indomable luego que había formado sus conceptos, acaso no meditado con la madurez y detención que demandaban; pero siempre con candidez y buena fe"(38) . Esta es probablemente la primera, y única vez, que el libro presenta algo crítico respecto a la personalidad artiguista, aunque realmente esa inocencia se transforme en elogio. Tiene así importantes componentes de un héroe: lleno de virtudes por un lado y, por otro, su benignidad es el arma del enemigo.

Un héroe que también es injuriado por el rival: "He sido tratado con el último desprecio, vejada mi dignidad, atropellada mi estimación y comprometida mi seguridad y la de los Pueblos, empleando para ello esos hombres impolíticos, los medios más indecorosos"(39). Incluso es declarado "Traidor a la Patria" y su cabeza puesta a precio. Aquí comienza oficialmente la leyenda negra, aunque Rondeau insista que se le hace un favor al aumentarle la popularidad, y luego el gobierno bonaerense se retracte y lo declare "Buen servidor de la Patria". Sin embargo, a pesar de tantas calumnias y traiciones Artigas protege a su pueblo que lo sigue.

Aún así, es traicionado por sus propios amigos a los cuales dio todo:

"Yo he dado la última prueba de mi generosidad en medio de todo y aun tocando los desprecios de mis mismos paisanos en cuyo obsequio he prodigado tantos sacrificios. Ellos tuvieron el placer bárbaro de complotarse con mis enemigos y titularon mis fatigas por desventajas. Ellos tocan su desengaño y se convencerán ahora que es más necesario mi persona que lo que les había hecho creer ... Yo les proporcionaré [a la Banda Oriental] la paz y la liber-

tad, usted me pide compasión por mis paisanos. ¡Ah! Yo la tengo, sin embargo de haber oído decir a algunos que para nada se me necesitaba -no es vanagloria- pero qué harían, qué harán sin mí. Ellos tocan los resultados de su imprudencia y yo, los efectos de mi generosidad. Voy siguiendo mi grande obra"(40).

Queda derivada la interrogante: ¿Qué habrían hecho los uruguayos en 1973 sin la intervención de las Fuerzas Armadas?...

En realidad, Artigas estaba más allá de las cuestiones personales por encarnar el ideal de la patria. Lo demuestra al afirmar que "... cuando mis días terminen al estruendo del cañón dejarán mis brazos la espada que empuñaron para defender la Patria. Yo no soy vendible, ni quiero más premio por mi empeño, que ver a mi nación libre del poderío extranjero"(41). Parecería una textual comunicación oficialista de 1980.

Para describir el estilo austero de vida, se utiliza la crónica de viaje de los hermanos Robertson -Traversoni también lo hace, de manera menos extensa- quienes visitaron a Artigas en su campamento de Purificación en 1815. Maravillados y sin comprender relatan cómo el "Protector de la mitad del Nuevo Mundo", sentado en una cabeza de buey junto a otros oficiales, igualmente vestidos con ropas gastadas, en un ambiente sin la más mínima comodidad, mientras charlaba ruidosamente, dictaba y despachaba gente con cordialidad y buenos modales, como si se abstrayera del bullicio.

En el trato artiguista todos los hombres eran iguales sin importar la cuna, la patria exigía el mismo sacrificio. A pesar de ello era necesario un guía: "La pureza de mi conducta debe ser la norma de los demás subalternos. De lo contrario ellos serán responsables de sus defectos y yo no podré mirar con indiferencia su castigo. Al tenor de las cabezas se mueven los miembros del cuerpo político y según sus virtudes son la tras-

endencia de la sociedad"(42).

El prócer es generoso hasta llegar a desprenderse de todo por sus seguidores, manda lo que tiene a los prisioneros orientales de los portugueses. Casi lo único que lo irrita es la traición a la patria. A Pueyrredón, Supremo Director de Buenos Aires, escribe indignado por su apoyo neutral a los portugueses.

La despedida del héroe cierra coherentemente el tono epopéyico que el texto propone. Artigas cruza el océano y los milenios, para convertirse en un legendario legislador espartano. Después de ser derrotado en un ataque por sorpresa,

"El genio indomable del general Artigas cruza el Paraná con la intención, sin duda, de continuar la lucha... Internado en el Paraguay, la luz de su antorcha se hizo más viva en la noche de sus treinta años de soledad y, como el Licurgo de la recia Esparta, engendró en torno de esa luz una Nación, dejando abiertos los caminos del Sistema de América basado en la Libertad"(43).

Así desaparece Artigas del relato. Treinta años silenciados. No se explicita que "murió", los héroes no mueren y si lo hacen es en el fragor de la batalla. Queda esa incertidumbre de saber cómo terminó sus días. Tal vez, al ser años apacibles, no merecieron un relato. Lo que escapa al contexto bélico tampoco lo merece. También Lavalleja, quien concluye la obra artiguista, recibe explícitamente el adjetivo de "inmortal"(44). Artigas sólo morirá en un escondido renglón de la cronología.

La hipótesis triunfalista supuesta en estos textos es que él pensaba -"sin duda"- regresar ya que era indomable. Traversoni, en cambio, propondrá otra, referente a un Artigas posiblemente desalentado y cansado. El mensaje final, al fondo de la página en grandes mayúsculas, reza así: "Pero el tiempo es el mejor testigo y él admirará ciertamente la conducta del Jefe de los Orientales. General José Artigas al Coronel Martín Güemes, 5 de febrero de 1816"(45).

IV.3.3.-IDEARIO

El ideario resaltado está muy centrado en la libertad. Artigas mismo nos dice que "... continuaré siempre en mis fatigas por la libertad y la grandeza de este pueblo. La energía nivelará sus pasos ulteriores hasta su consolidación y en medio de los mayores apuros no me prostituiré jamás. Libertad, igualdad, seguridad son nuestros votos"(46). Se habla del pabellón y las armas de la libertad; el Cabildo de Córdoba responde a Artigas que: "Si la Libertad, ese Idolo de todos los Pueblos Americanos, a quien han sacrificado sus fortunas y consagrado sus vidas, es la tranquilidad y seguridad pública, la moderación particular y el imperio de las leyes; si usted es el protector de esta libertad... este pueblo da a usted las gracias por su protección..." (47).

Se trata de una "Libertad" con mayúscula pero sin significado, en ella entra todo. Se ensancha cuánto se quiere y también puede acabar pronto. Escribe Artigas a Larrañaga, que "... los méritos son buenos y las recomendaciones mejores: pero nada es tan loable como ver resplandecer la justicia. Sean buenos los paisanos y no habrán motivos de sentimientos. No abusen de mi generosidad si no quieren verse reprendidos"(48). Esta brevísima carta viene en medio de dos largas referencias a la inauguración de la Biblioteca Pública de Montevideo y la libertad de imprenta. El sentido de la libertad está muy unido a la lucha contra el invasor, y por ende al presente anti-comunista. En ese aspecto lo es todo; en la imprenta, en cambio, ésta se abrevia considerablemente. El tono paternalista está también muy ligado al presente pues el gobierno militar tenía todo el poder de reprender.

Más fuerte aún es el control en lo político: "El general Artigas quería extirpar de la sociedad a los elementos que representaban un peligro

para la realización de sus ideales políticos, los enemigos del Sistema de la Patria"(49). Esta frase está puesta como un párrafo aislado, sin conexión directa con el anterior y el posterior, no es el primer caso en que se usa a Artigas para legitimar amenazas contemporáneas. El prócer aparece, a la vez, como el mayor impulsor libertario y, en aras de esa defensa, como un severo protector que corrige y limita. Se trata de una libertad, o una patria, que necesita alguien con autoridad moral superior que la guíe, pues el pueblo no está plenamente capacitado para administrarla.

Esta libertad es primeramente sinónimo de nacionalismo. Artigas, ante todo, es un profundo amante de la patria y todo lo hace en su nombre, hasta pide que se convenza a algunos sacerdotes para que desde el púlpito y confesionarios alienten ese sentimiento. Para él su "... principal objeto era el propender con mi influjo a la total expulsión de los tiranos de la Patria ..."(50). En su respuesta a Elfo, subrayó que "... Sólo aspiro al bien de mi Patria en la justa causa que sigo"(51); lo anterior aparece todo en mayúsculas.

Para garantizar esa patria, lo principal consistía en la unidad y confianza alrededor de los guías. Dice Artigas, en la Proclama de Mercedes, y podría repetirlo exactamente el gobierno militar, que "Para conseguir el feliz éxito,... os recomiendo... una unión fraternal, y ciego obediencia a las superiores órdenes de los jefes, que os vienen a preparar laureles inmortales"(52). Cuando el texto maneja la idea de pueblo deja siempre el término como una abstracción, como algo ya desde esa época unido, uniforme, conciente de su particularidad y nacionalidad.

Hay también, algo veladamente, la imagen democrática de Artigas quien como "... hijo de este suelo, no podía olvidar cual era el sentir de los

pobladores del mismo, así como tampoco dejar de consultar la voluntad de los orientales..."(53). En el Reglamento Electoral que envía al Cabildo de Montevideo, precisa que los resultados deben respetar la voluntad general: Donde más se explaya ese deseo popular es en la oración inaugural del congreso de Tres Cruces. No podía tampoco evitarse alguna forma de relacionamiento de este principio democrático con el libertario, aunque en casi todo el relato sea Artigas quien hace y conduce, y el pueblo su apéndice.

Otra importante idea que se desarrolla es la del federalismo: "Las ideas federales, herencia hispánica, producto del sentir localista de la Península implantado en América, se vieron impulsadas por la circulación de los textos norteamericanos, en boga en el correr de la década. Para llevarlas adelante fue necesario luchar contra el centralismo enraizado en Buenos Aires"(54). El enfoque es el de un ataque al centralismo extranjerizante y una forma de regionalismo o americanismo, más que una fuente de unión y solidaridad entre las Provincias Unidas. Dentro de la Liga Federal, es también el momento en que Artigas alcanza la cúspide de su poder como modelo y protector fuera de sus fronteras.

Un pensamiento casi tan importante como el federal era el agrario, y en el libro poco más que nada es lo que se menciona. Inaudito ante tanto espacio desperdiciado en detalles intrascendentes de batallas. Las instrucciones políticas del año XIII y el federalismo poseen hasta resúmenes explicativos, mientras el Reglamento agrario de 1815 sólo se transcribe textualmente, algo muy difícil de comprender en primaria sin una explicación. A la vez, una descripción de las fiestas cívicas de 1816 ocupa cuatro páginas. No es que ignoremos el valor de las costumbres, pero es obligación,

al menos, la coherencia y la proporción en el tratamiento de un tema histórico.

Hemos visto cómo la libertad, el nacionalismo y el federalismo —también el americanismo lo será— tienen como eje común la lucha contra el invasor. La defensa del extranjero es otro punto clave en el ideario artiguista que proponen estos textos; es mucho el espacio para demostrar lo sangrienta que es una invasión y la heroicidad que se necesita para contarrestarla. El éxodo es tratado como un modelo de nacionalismo que define la orientalidad frente al enemigo extranjero; junto a la batalla de Las Piedras fueron dos formas distintas de derrotar al de afuera.

Artigas escribe que los orientales,

"... protestaron no dejar la guerra en esta Banda hasta extinguir de ella a sus opresores, o morir dando en su sangre el mayor triunfo a la libertad... oyen sólo la voz de su libertad y unidos en masa marchan cargados de sus tiernas familias... determinados a no permitir jamás que su suelo sea entregado impunemente a un extranjero" (55).

En la visión contemporánea de la historia veremos la gran importancia que el texto da a este aspecto.

No hay ningún intento de reflexión o profundización acerca de los intereses que se mueven detrás de Artigas, tan sólo hechos y adjetivos de amor o traición a la patria; heroísmo y caballerosidad frente a cobardía y calumnia. Los enemigos de Artigas pasan automáticamente a serlo de los alumnos.

El "inmortal" Lavalleja y sus treintatrés hombres "... con la rodilla en tierra, desplegando las dos banderas, juran ante Dios y por la Patria, libertarla del poder extranjero o perecer en la lucha" (56). Un ejército de antiguos guerreros y jóvenes —niños que defienden la patria, se conjuga lo

patético y lo heroico. Traversoni en vez de hablar de guerreros se refiere a guerrilleros...

Otra reafirmación de la actualidad de esta lucha (anticomunista), la tenemos al mencionarse que "... el sentimiento de nacionalidad que se ha ido gestando, en la lucha contra el portugués, contra el porteño bonaerense o el porteño montevideano, en una palabra, contra toda imposición foránea, se irá encarnando en el sentir de la orientalidad"(57). Pocas páginas después, la idea toma forma de fuerte amenaza, ya no para los orientales de 1811 sino para los de 1980: "El 'Nada debemos esperar sino de nosotros mismos' aparecería asentado a partir de estos momentos en el epistolario artiguista de la década. Esta expresión se deberá tener en cuenta a lo largo de nuestra vida como Estado independiente: ¡Pobre de aquellos que van a buscar ayuda al extranjero para solucionar los problemas domésticos! Traerán sobre sí la condena de las generaciones venideras"(58). Es un patriotismo de poco nivel que, para su fin, descontextúa a Artigas, quien al decir esa frase se sentía abandonado por Buenos Aires; el héroe solo contra todos vence y salva su honor. Además, curiosamente, ese mismo gobierno que promueve este reforzamiento hacia adentro, buscó sus soluciones en el capital extranjero.

En boca de Artigas se coloca también la moraleja del tema: en último término "La cuestión es sólo entre la libertad y el despotismo: nuestros opresores, no por su patria, sólo por serlo forman el objeto de nuestro odio"(59). El texto está enfocado en esa línea maniquea e irracional. A pesar de ello, Artigas distingue entre los opresores y sus súbditos, en referencia al gobierno y pueblo de Buenos Aires.

Aunado al defensor de la libertad y la patria, al federalista, al democrático, al antiimperialista, Artigas es también un americanista. Durante el éxodo, escribe que "El honor, la humanidad, la gran causa que forma la

pasión de los americanos reclaman nuestros afanes respecto de estos héroes que han comprado su libertad al mayor costo"(60).

Los orientales son propuestos, según Artigas, como sinónimos de americanos y estaban dando un ejemplo al continente y al mundo, pues "... cubiertos de la gloria han entrado los primeros en la inmortalidad de la América"(61). Los soldados patriotas serían tantos como los americanos que habitaban en la campaña y defenderían el sistema de libertad proclamado en América. En el discurso inaugural del congreso de Tres Cruces, se señala con énfasis que la proyección de la empresa oriental alcanzaba los márgenes del Paraná. Artigas propone también a Rodríguez de Francia, San Martín y Pueyrredón adherirse al sistema americano.

Culturalmente, el prócer aparece como un hombre moderno, al tanto de las ideas de su tiempo y preocupado por impulsar la prensa y las letras. En la oración inaugural de la Biblioteca Pública de Montevideo, el vicario Larrañaga señala que:

"Estas luces son las que éste ilustrado y liberal Gobierno viene á hacer comunes á sus conciudadanos... El Gefe [Artigas] que tan dignamente nos dirige y estos zelosos Magistrados, lexos de temer las luces, las ponen en manifiesto y desean su publicidad... Gloria inmortal y loor perpetuo al zelo patriótico del Gefe de los Orientales, que escasea aun lo necesario en su propia persona, para tener que expender con profusión en establecimientos tan útiles á sus paisanos!"(62).

La cultura y la política estaban impregnadas, como en el resto del continente, de las ideas liberales norteamericanas e ilustradas francesas. Artigas lamenta no tener más ejemplares de la historia de la revolución norteamericana, y en sus instrucciones de 1813 se cita la fuente de Thomas Paine. El mismo libertador habla de las miras liberales y los orientales piden condenar a Sarratea y otros por su conducta antiliberal.

Sin embargo, también libertad y fomento cultural encuentran un rápido límite que el texto, para reforzarlo, pone en boca artiguista:

"Entretanto usted debe velar porque no se abuse de la imprenta. La libertad de ella al paso que proporciona a los buenos ciudadanos la utilidad de expresar sus ideas y ser benéficos a sus semejantes, imprime en los malvados el prurito de escribir con brillos aparentes y contradicciones perniciosas a la sociedad... Por lo tanto usted mande invitar por el periodista a los paisanos que con sus luces quieran coadyuvar nuestros esfuerzos, excitando en los paisanos el amor a su país y el mayor deseo por ver realizado el triunfo de la libertad" (63).

La imprenta debía entonces usarse para incentivar el patriotismo y apoyar los esfuerzos del gobierno; era exactamente el sentido que el gobierno militar daba a los medios de comunicación: la propaganda. Más allá acababa su misión. El objetivo consistía en controlar y guiar a los ciudadanos. Dice Artigas, en las vestes de Padre amenazador:

"Para mí es muy doloroso que no haya en Montevideo un solo paisano que encargado de la prensa dé a luz sus ideas ilustrando a los orientales y procurando intruirllos en sus deberes. Todo me penetra en la poca decisión y la falta de espíritu público que observo en ese Pueblo... Más energía, más actividad, de lo contrario tomaré providencias más ejecutivas... Sean los Padres de la Patria más inexorables en su deber: de lo contrario aún me sobran bríos para firmar su exterminio" (64).

IV.4.- LOS PRIMEROS CIENTO AÑOS DE VIDA INDEPENDIENTE

Continúa, naturalmente, en este segundo texto la tónica patriótica y militarista con titulares dedicados a banderas, escudos, constituciones, homenajes, batallas y desfiles. El estilo en todo sentido es idéntico al del primer libro, los hechos cambian pero siguen las mismas moralejas.

A la muerte de Artigas la referencia es mínima, en cambio, se abunda en el desfile de exequias y los honores militares. La urna "... iba cubierta con el estandarte de la época en que el general Artigas conquistaba glorias a su patria"(65). Era ya de otra época, el recuerdo vivo del héroe regresará con el gobierno militar de cientocincuenta años después. Hay también un encabezado de "Homenajes al General Artigas"(p.127) donde se mencionan conmemoraciones, monumentos y feriados en su honor, un departamento geográfico con su nombre y la defensa en la prensa de su imagen ante ataques bonaerenses.

Al período del coronel Lorenzo Latorre corresponde el mayor espacio del siglo pasado. Tomó el país en medio de un completo caos y reorganizó honesta y eficazmente la economía, administración y enseñanza. Todo, presentado en términos similares a la intervención militar de 1973. El capítulo de su gobierno termina así:

"Con el coronel Lorenzo Latorre se logra la unidad nacional. Se reorganiza la administración de la justicia... ordenamiento de todas las actividades del Estado... El ejército se profesionaliza... Afirma el principio de autoridad... Hace de la honradez y el control al máximo de los gastos, los principios fundamentales del funcionario público. Es el surgimiento del Estado Nacional"(66).

Es cierto también que con Latorre se ha cometido una injusticia histórica, al considerarlo siempre como un dictador y olvidar los importantes logros de su gobierno. En la presentación que de él se hace, se dice que "... aparece una forma nueva que no es el militarismo como se ha señalado. Es el propio Latorre que gobierna con la suma del poder público... Se apoya en el Ejército pero éste no participa en la conducción del gobierno" (67). Es un poco la idea que se ha querido transmitir con los actuales gobiernos de Bordaberry, Demicheli y Méndez.

A Latorre fue un grupo de ciudadanos quien le solicitó que tomara el mando para hacer un gobierno honrado. Así,

"Durante su gobierno, se logra la unidad nacional. Nuestros hombres, como los bandos políticos, van aislándose de los conflictos de los hombres y los bandos de los países vecinos. Las instituciones se han de ir adaptando a la realidad del país. El gobierno ... se caracterizó por lo práctico y expeditivo"(68).

Sin duda, los párrafos dedicados a este militar del XIX resultan muy contemporáneos. No es casual que "El 23 de mayo [1975] son repatriados los restos del coronel ... en un sentido homenaje que la población emocionada tributó junto a las autoridades"(69). Artigas, en primer grado, y Latorre son los dos modelos de los que el gobierno militar se propone continuador. De ahí que todo lo que de ellos se señale posea mucha actualidad y aplicación al presente. Es significativo que los gobiernos del civil José Batlle, tan importantes para la modernización, el reformismo y la democracia del Uruguay, sean tratados sin importantes titulares ni nada en relieve más que la guerra civil. El mismo texto reconoce, en un oculto renglón, su importancia al decir que fue una "... figura gravitante durante las tres primeras décadas del siglo XX"(70).

Todo el siglo XX hasta la época militar contemporánea en su gestación -los sesenta- son rápidas generalidades, a excepción de la dictadura de Gabriel Terra (1931-38; 10 páginas). Además -detalle importante- su gobierno inicia el capítulo final("Los últimos años") que contiene precisamente al contemporáneo gobierno castrense. Se destacan en su mando, llamado "Presidencia" -aunque continuado por un golpe de estado- todo tipo de realizaciones como las redes viales, la constitución, el Código del Niño, el voto femenino, la amnistía a presos y perseguidos políticos, etc.

Sin embargo, lo más importante es el mensaje político, muy ad hoc con

1980, donde precisamente se votaría por una propuesta militar de reforma constitucional. Lo encontraremos en las justificaciones del golpe de estado de 1933. Terra propuso un cambio a la constitución ante la Asamblea General "...con el serio propósito de proporcionar al país un régimen de gobierno más eficaz y armónico que el que nos rige' debido a que éste 'se encuentra profundamente conmovido con la doble crisis económica y política, cuyas consecuencias resulta por demás difícil de prever'". En la continuación de la cita queda implícito que el golpe fue forzado por la actitud de la Asamblea (fuerzas políticas tradicionales), ya que el presidente "...no quiere, no desea ni busca la dictadura'... 'Lo único que desea patriótica y ardientemente es la consulta popular...'"(71).

El mensaje es muy claro y adecuado al presente. Casualmente, como señalábamos, el período final de la historia uruguaya comienza con este intento de reforma constitucional, cuya negativa provocó un golpe de estado, y ese mismo período se cierra al escribirse el texto (1980), justamente cuando las Fuerzas Armadas proponían una reforma de igual tipo. Por suerte, a pesar que obtuvieron la misma negativa de Terra -aunque por distinta vía- no pudieron responder en idéntica forma, mismo si esa era la amenaza implícita.

También se destaca, en esta parte, el movimiento inmigratorio. Vemos aquí el anhelado país de fuerte raigambre europea, que deja de lado lo poco de prehispánico y oriental que quedaba. El capítulo concluye con la significativa frase: "Así, durante los primeros años de la República, a pesar de sus luchas internas, mostró al mundo su capacidad de transformarse en un crisol de razas del cual saldría el elemento humano que hoy la habita; hombres de diverso origen, admiten como suyas todas las tradiciones de esta tierra" (72). El "crisol de razas", con el tiempo, se irá transformando en el crisol

de culturas, y a la vez en una raza y cultura más dentro del occidente civilizado; orgullo oriental y uruguayo.

Respecto al elemento indígena, se señala que:

"...poco a poco va desapareciendo como grupo puro. Luego de las acciones... los sobrevivientes pasan la frontera; las mujeres y los niños son distribuidos entre las familias. Algunos indios son enviados a bordo de los navíos. Francisco de Curel lleva a Francia a los llamados 'Últimos charrúas'... Luego de la Guerra Grande aún subsisten al sur de San Fructuoso (Tacuarembó) los restos de esta indómita raza"(73).

En el mismo capítulo de la inmigración, son citados los indígenas con una estadística que precisa 65 nacimientos entre 1835 y 1839. Lo que queda es una infima minoría que -a la vez que hay orgullo por su extinción, motivo que diversifica a la nación en el continente- es necesario que exista, pues otorga algo autóctono y particular que la cultura uruguaya puede presentar ante el mundo europeo.

IV.5.- LOS ÚLTIMOS AÑOS: FRENTE AL ESPEJO

No es posible estudiar el pensamiento sobre Artigas, que tenía el gobierno militar, si no se analiza cómo se veían a sí mismos y al presente. De ahí el título "frente al espejo".

Toda la pretendida objetividad fáctica que caracteriza los dos textos hasta los sesenta se pierde en las décadas siguientes, donde cada vez que se nombra a los sindicatos o a la izquierda se les asocian los adjetivos de comunistas, sediciosos, extranjerizantes o agitadores; están fuera de la ley. En realidad, la diferencia en el tratamiento del pasado inmediato y el mediato es que para los juicios de valor del segundo se usan indirectamente citas de la época, mientras para el primero la explicitación es

directamente realizada por el autor del texto, lo que facilita la interpretación. Sin embargo, el contenido y la línea de esos juicios no difiere en los siglos. Llama la atención tanta radicalidad en el tratamiento de estos años (1973-1980), pues era aún una historia muy fresca y no concluía el ciclo militar (faltarían todavía cinco años). Lo panfletario aquí es transparente.

El mismo clima in crescendo del caos, con su posterior momento de salvación, que el libro busca ir transmitiendo a través de fotos, relatos y adjetivos, es el que promovieron los militares en la realidad. El texto reproduce con plena fidelidad esa interpretación de la historia, cuyo eje implícito es la continuidad Artigas-gobierno militar contemporáneo. La importancia de esta sección es doble, pues refleja el heroico continuismo artiguista y la realidad ideológica actual de esa nación.

Los subtítulos no necesitan explicación: "Familia: base de la sociedad" (p.203), "Ataque a la Nación" (p.207), "el Terrorismo" (p.208), "Las Fuerzas Armadas en acción" (p.209), "Ley de Seguridad" (p.214), "Derechos humanos e individuales" (p.228), "Mausoleo del General Artigas" (p.230) y "Proceso cívico-militar" (p.231). El último contenido del capítulo se titula "El nuevo Uruguay. Búsqueda de soluciones nacionales. Conquistas alcanzadas en todos los órdenes" (p.237). Allí se enumeran los logros del gobierno militar en las áreas económicas y educativas. Es fácil, con estos encabezados, sentir el clima de guerra, según el texto, causado por el terrorismo con inspiración foránea, derrotado por las Fuerzas Armadas, que a su vez construyen un nuevo país.

El gran espacio es dedicado al camino que possibilitó la subida al poder de los militares (1967-1973). Lo importante era la justificación histórica de la inevitabilidad de esa intervención, de ahí que se re-crea con

lujo de detalles superfluos, adjetivos, mayúsculas, letras de distinto tamaño y colores. A diferencia con el resto de ambos textos, aquí sí existe un esfuerzo explicativo. Igual que Artigas, los militares contemporáneos defendían sin manchas la nación; son ellos los héroes que hacen la historia, aunque sin una figura central identificable como era el prócer. El centro es más impersonal, no tiene otro rostro público que una institución, de la cual lo más cercano a un nombre que aparece es que su jefe era el general más antiguo. En este período todo es así de oculto, tampoco aparecen nombres de opositores o sediciosos; la dinámica es dada por las instituciones o agrupaciones (Poder Ejecutivo, Convención Nacional de Trabajadores (CNT), partidos políticos, etc.). Ni siquiera en las cronologías están explicitados los protagonistas. Se trata de una historia institucional y anónima por encima de las personas, porque los intereses y la nación así lo reclamaban. Curiosamente, se quejan que los marxistas hablan de masas genéricas, pero el relato ni siquiera individualiza a los líderes agitadores o a los paladines de la justicia.

Veremos cómo la oposición que protesta, siempre es sinónimo de perversión y extranjerización. Otra causa, esgrimida como importante para el deterioro, fue la paulatina pérdida del respeto por la legalidad, con el abuso de paros y exigencias desmedidas de los obreros. No se menciona al conflicto político de fondo, a las medidas económicas erróneas ni la lucha social interna. Sólo hay grupos totalmente buenos o igualmente perversos.

De Artigas, directamente, hay una especial mención a su mausoleo: "En 1975, tienen lugar los festejos del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825, que la población siguió con gran entusiasmo en todos los actos de rememoración de nuestros héroes poniendo de manifiesto que nuestra Patria no necesita la importación de ídolos disgregantes extranjeros"(74).

Luego, en medio a grandes fotos:

"El 19 de junio de 1977 se traslada del cuartel del Regimiento de Caballería N°1 'Blandengues de Artigas', la urna con los restos del general don José Artigas al Mausoleo construido en la Plaza Independencia. Una gran multitud de personas, como nunca se había reunido en Montevideo, se volcó a las calles. En la Plaza Independencia hizo uso de la palabra el Comandante en jefe del Ejército"(75).

El pueblo que apoya a los ídolos nacionalistas, sólo aparece como una multitud que respalda físicamente. Artigas, hombre amigo del pueblo y cercano a él, si pudiera, seguramente bajaría de ese pedestal inalcanzable.

El deterioro de los sesenta, comienza a ser tratado a partir de la mala utilización de los medios de comunicación para disociar la familia, la educación y las costumbres; era necesario recuperar los valores tradicionales. Además, la inflación causaba estragos. "El 31 de julio de 1963 tendrá lugar el robo de armas de la Sociedad de Tiro... el comienzo de lo que más tarde se transformaría en una guerra, la subversión... 1964 se caracteriza por el caos bancario y el surgimiento de la Convención Nacional de Trabajadores, maquinaria de guerra para el establecimiento de un gobierno paralelo"(76). Por otro lado, "Los partidos mayoritarios se han resquebrajado, se está a un paso de la anarquía por la formación de grupos menores"(77). Dentro de ellos:

"Los grupos de izquierda claman por fuentes de trabajo que destruyen, por recursos para la enseñanza que corroen, por aumentos para los obreros que conducen hacia el despeñadero de la anarquía"(78).

Continuando con el mismo tono, "En el año de 1969, el poder sindical, en manos de los comunistas, trató de subrogarse al Poder Ejecutivo mientras que otros grupos, sin marcar aún definitivamente su ideología, tratan de hacer justicia por mano propia"(79). Aparece cerca de esta cita, la foto de una

manifestación con la especificación de "Agitadores profesionales provocan disturbios". Como consecuencia de marchas contra los Estados Unidos, por una visita al país de Nelson Rockefeller, señala el texto que "En estos enfrentamientos se pudo apreciar el alto grado de adiestramiento recibido en el exterior por los agitadores. Nuestra población vivió una situación de guerra como nunca había ocurrido en nuestra Historia" (80). Esta guerra es entonces incluso peor que la invasión portuguesa de 1816, el climax ya tocó la cúspide.

Ante tal desorden "... el Ejecutivo dispone que entren en acción las Fuerzas Armadas* que, junto a la Policía, actuarían como las Fuerzas Conjuntas"(81). Es interesante la anotación que se hace al pie de página con relación al asterisco de la cita anterior:

"Los Comandantes en Jefe... se fijan como objetivo 'consolidar y mantener la adhesión activa de la población a los ideales democráticos republicanos' y como misión, 'restablecer el orden interno y brindar seguridad al desarrollo nacional'".

Así, la irrupción militar en la escena pública está cargada de mesianismo.

Poco antes del golpe militar, "El año de 1972 se presenta ante la Historia como el año de máxima violencia. Es a la vez el año en el cual las Fuerzas Conjuntas logran romper el aparato subversivo... [hubo] un tenaz ensañamiento hacia integrantes de las Fuerzas Conjuntas"(82). A pesar de los intentos por atemorizarlos, los héroes triunfan en el momento de máxima violencia en la historia. La sobreexaltación es grande; Artigas sirvió de trampolín y base, pero el salto colocó a este gobierno castrense por encima de sus méritos.

En el texto, se resalta la total colaboración de la población con los militares (el pueblo estaba con ellos) y gracias a ello el nombre de Uru-

guay pudo "... demostrar al mundo, como ayer, de qué son capaces los orientales. Al ser derrotada la sedición, una nueva campaña a nivel mundial se iniciará, la de la propaganda de desprestigio contra nuestra República"(83). Junto a esta nueva asociación con el ayer artiguista, está la de la fuerza militar con la República, por lo que hacerles algo era hacérselo a la misma nación. Sedición fue otra palabra diariamente satanizada en los medios de comunicación. Según los cánones de la doctrina de Seguridad Nacional, se manejan los dos niveles: guerra civil interna y guerra fuera de las fronteras. Ello agrava la tensión, aumenta los méritos de la victoria y el premio de la recompensa.

Paradójicamente, a pesar que se habla de la derrota subversiva, continúan apareciendo fotos de manifestaciones y desórdenes con citas como la de "Siembra del desorden y confusión", bajo el título general "Ley de Seguridad", que indica su obvia consecuencia(84). Un salvamento tan importante ameritaría una recompensa proporcional. Aquí radicará la principal crítica de Traversoni, al argüir que los militares no supieron conformarse con su papel y buscaron arteramente el poder.

Veamos, en cambio, cómo presentan la situación los mismos militares:

"Se llega a que los factores que favorecen la subversión en el país son el deterioro de la moral pública, la economía extenuada... la inseguridad social... y la penetración ideológica foránea... pérdida de la conciencia nacional, debilitamiento del patriotismo y, sobre todo, una poderosa infiltración marxista en todos los sectores de la sociedad... Tal era el clima que se vivía al comenzar el año de 1973"(85).

Debido a que la resistencia nacional estaba derrotada, y la guerra debía seguir a fin de justificar la permanencia militar en el poder, se exalta entonces el peligro foráneo y antinacional, con lo que se entra de lleno

en una de las principales tareas castrenses. Un conflicto de esas proporciones podía mantenerse vivo al infinito por su abstracción ideológica. Las causas del deterioro van desde motivos tan vagos como la confusión mental, la pérdida de la conciencia nacional o la infiltración marxista en todos los sectores de la sociedad, hasta razones tan concretas como la incontrolada intervención y paternalismo del estado o las constantes huelgas. La consecuencia inevitable es que el presidente comunica a los ciudadanos la necesidad que las Fuerzas Armadas brinden seguridad a la nación.

Al darse esta intervención (febrero de 1973) los militares emiten unos comunicados muy importantes. El primero propone, entre otras cosas, redistribuir la tierra, combatir los monopolios y propiciar la cogestión; todo sucedió al revés. El segundo comunicado -todo en letras cursivas- complementa al primero:

"El comunicado previene... que las Fuerzas Armadas no ajustan sus esquemas mentales a ninguna filosofía política partidaria sino, a una concepción propia inherente a un Uruguay ideal y por ello mismo inspiradora de la más intensa dosis posible de bienestar y felicidad para todos los ciudadanos, lo que se complementa con la inspiración de crear una mística de la orientalidad, consistente en la recuperación de los valores morales fundamentales legados por los forjadores de nuestra nacionalidad, como medio de facilitar el reencuentro de todos los orientales y hacer posible que la República alcance sus más altos destinos, etc." (86).

De los "más altos destinos" pudo haber hablado Artigas en su tiempo, pero en 1973 suena demagógico y anacrónico. Se utiliza a los próceres para obtener el apoyo y aferrarse ideológicamente a la abstracción de ciertos valores legados del pasado, y que nadie define. La propuesta es constituirse en un puente entre la historia de la orientalidad y el presente, prometen el pasado oriental con su mística capaz de cualquier hazaña. Las ener-

gías para un futuro distinto e ideal se sacarían del pasado. Es importante recordar la frase de las contratapas a cargo de Zorilla de San Martín: "¡Pueblo, Despierta! ¡Arranca el Porvenir, de tu Pasado!". La incoherencia está en idealizar un pasado nacionalista para construir un presente de entrega al capitalismo internacional; claramente hay dos tipos de extranjeros: los comunistas y los otros. En nombre de los dos principios artiguistas: democracia y republicanismo, se hizo todo.

En las conclusiones de este período se señala que:

"Durante la lucha contra la sedición se pudo comprobar que para erradicarla no bastaba destruirla militarmente sino que era necesario hacer desaparecer los factores que permitían su desenvolvimiento.

"Este proceso no puede compararse con el desarrollo en cualquier otro punto de la tierra... Podría representarse por una cañería en la que el metal es la seguridad y guía; y el agua circulante el desarrollo, que se volcará en beneficio de la población del país"(87).

A continuación, al terminar el capítulo y la misma página, aparece una frase del presidente Méndez en la que dice que "Aceptamos las críticas, afrontamos las consecuencias de nuestros actos, pero mientras estemos convencidos, como lo estamos, de que éste es el camino para salvar al país, no habrá fuerza que nos aparte de él". Esta última es la moraleja de dos textos de primaria para el estudio de la historia, de más de 450 páginas, de casi dos siglos de vida independiente, de parte central de lo que pretendemos demostrar en este capítulo. Acompaña la frase una foto del traslado de los restos de Artigas al mausoleo; la continuidad y el aval perfectos para no errar. La historia de ambos textos no mira a explicar el pasado sino a justificar el presente.

El resto del libro, referido al "nuevo Uruguay"(p.237), propone una

interminable serie de logros a todo nivel. Hay una gran foto colorida que recuerda el "Sesquicentenario de la Jura de la Primera Constitución (1830-1980). Batallón 'Florida' de Infantería N°1" (88). Es el pasado legal defendido por el actual batallón.

Finalmente, ya analizado el proceso con sus principales actores positivos, profundicemos un poco la cara negativa, pues similarmente fueron tratados los enemigos de Artigas. En el texto, los partidos políticos tradicionales habían visto perecer a sus líderes históricos y eran, en parte, causantes del caos, por el desprestigio de que gozaban. Protagonistas negativos fueron también los estudiantes, movilizados por los agitadores. Se revisaron salones y encontraron materiales subversivos que, hoy está probado, fueron muchas veces colocados por los mismos militares.

Los principales fomentadores del desorden eran los sindicatos, no sólo buscadores de reivindicaciones salariales, sino que proponían verdaderos planes de gobierno, con lo que se ponía en juego el principio de auto-ridad. La Confederación Nacional de Trabajadores, en manos comunistas, organizaba paros para destruir al país y luego surgir como salvadora de la nación; ellos crearon el clima de guerra. No se niega tampoco que algunas causas fueran justas, pero el momento no era el indicado para debilitar más al gobierno y corroer las fuerzas morales de la sociedad. Sin embargo, más que huelgas, la principal falta fue ser instrumentos del comunismo internacional, sinónimo de antinacionalismo.

Con motivo de una marcha de cañeros desde el norte, se alega que

"Bajo el rótulo de fuentes de trabajo los líderes extranjerizantes, elementos de ciudad, los emplearán como ariete destructor. De las ruinas pretenden construir un imperio mundial. Estos olvidan las bases del pensamiento del general José Artigas que cimentan su ideario político al expresar: 'la soberanía particular de los

pueblos será expresamente formulada y declarada como único objetivo de nuestra revolución'. Es decir, los pueblos (villas, ciudades, en la concepción artiguista y no la concepción sinónima de masa que le ha dado el marxismo) elegirán sus representantes, quienes a través de pactos con las otras provincias (estados) formarán la gran confederación de los 'Pueblos Libres'. La concepción artiguista del Sistema en los aspectos localista y americano que no reniega de las raíces hispánicas, contempla el asiento de la población a la tierra en que vive y no a la concepción foránea de otras ideologías y hombres que quieren imponerse. Fija lo real sobre lo impuesto"(89).

Esta extensa cita, que transparenta bastante el manejo que de Artigas se hace, muestra la contraposición entre el prócer (nacionalismo) y el marxismo (extranjerismo); es el maniqueísmo quien actúa de eje de toda la explicación histórica. La influencia europea hispana sí, la soviética no. Se tergiversa la idea agraria artiguista, al presentar sólo el sentido de la propiedad y olvidar lo principal: el reparto de tierras entre los marginados.

La visión de la realidad que da el texto es que "Estaban creados los dos bandos: el Ejecutivo y las fuerzas armadas por un lado y una minoría de los que habían votado a Ferreira Aldunate aliados a los grupos políticos vinculados al exterior, que esgrimían como arma a la Convención Nacional de Trabajadores"(90). Con esta definición se persigue tocar el sentimiento, el falso patriotismo, el nivel irracional del pueblo para conceptualizar todo bajo el plano maniqueísta. Desprestigian a los opositores con hechos descontextualizados o fuertes adjetivos, crean además un clima de guerra cuya responsabilidad sería del adversario. Detrás de la conspiración contra la patria uruguaya, la lucha es entre el capitalismo y el comunismo, lo que da un relieve internacional al mesianismo militar. En realidad, el anticomunismo que ha caracterizado la política estadounidense y de secto-

res conservadores latinoamericanos por decenios"... es una gran mentira, de la que se valen los círculos dominantes para difamar todo lo que no conviene al sistema capitalista. Suministra argumentos para el superarmamentismo y sirve como anteojos por los que millones de norteamericanos [y latinoamericanos] miran al mundo"(91).

NOTAS AL CAPITULO CUARTO

- (1)- Esta doctrina de Seguridad Nacional constituyó la base ideológica de los gobiernos, encabezados por las fuerzas armadas latinoamericanas, a partir de los sesenta. Ella fue estimulada por los Estados Unidos, especialmente después de la segunda guerra mundial, y ampliamente difundida en las escuelas militares del continente. El estado es el único que interpreta la voluntad nacional y debe garantizar la supervivencia de la sagrada nación. Para lograr la unidad interna necesita la sumisión ciudadana, para sobrevivir en el mundo no es posible el aislamiento o la neutralidad, hay que alinearse a un bloque. La guerra total y permanente, en que todos los estados están involucrados, invade cualquier tiempo y espacio, abarca todos los campos sociales. Naturalmente, esta "estrategia total" no ayudó nada a la integración continental. En las últimas décadas, la doctrina agregó a sus bases los temas del desarrollo económico y la democracia.
- (2)- L. Costa Pinto. Nacionalismo y..., pp. 58-60
- (3)- J. Rial. "Las FFAA...", p. 107
- (4)- N. Minello. "La militarización...", p. 26
- (5)- J. Rial. Op.cit., p. 106
- (6)- M. Amarillo. "El ascenso...", pp. 59, 60
- (7)- S. Loaeza. "El nacionalismo...", p. 11
- (8)- J. Rial. Op.cit., p. 114. Discurso de J. Laitano el 14 de abril de 1980.
- (9)- El problema de la transición uruguaya ha sido ampliamente tratado en un número monográfico de la Revista Mexicana de Sociología, Méx., UNAM, Inst. de Investigacs. Socs., 1985, abril-junio, Año XLVII, n° 2, 412 p.
- (10)- Hablar de "gobierno militar" podría ser refutado por la fachada democrática que mencionamos, pero es sabido que el poder lo tenían las Fuerzas Conjuntas y que sus oficiales poseían decisiva influencia en la administración pública. Por tanto, usaremos ese término para identificar al gobierno uruguayo entre 1973 y 1985.
- (11)- Estos subtítulos -abundantes en cada página- van desde lo más concreto como la "Proclama de Mercedes" (p.16), hasta lo más abstracto y tendencioso como ser los "Sentimientos de honor, patriotismo y humanidad" (p.41).

- (12)- Consejo de Educación Primaria del Uruguay. Historia Nacional. Sexto Año-Primera Parte..., p. 171
- (13)- Ibidem, p. 97
- (14)- Ibidem, p. 22
- (15)- Otros encabezados destacados son: "El triunfo de la Justicia"(p.67), "Igualdad Libertad y Seguridad"(p.74), "Sin ejemplar presidente" (p.83), "Nuestra Seguridad ulterior"(p.84), "Honrado, probo e indomable"(p.92), "Ser Útil a mi país"(p.101), "Lo sagrado de la Patria" (p.122), "Ninguno indiferente al Sistema"(p.126), "Yo no soy verdugo" (p.147), "Todos se sacrifiquen"(p.151), "Fin de la noche"(p.177) y "Hacia la Patria"(p.179).
- (16)- Consejo de Educación Primaria del Uruguay. Op.cit., pp. 56, 189
- (17)- Ibidem, p. 9
- (18)- Ibidem, p. 48
- (19)- Ibidem, p. 57
- (20)- Ibidem, pp. 14, 15
- (21)- Ibidem, p. 23
- (22)- Ibidem, p. 25
- (23)- Ibidem, p. 30
- (24)- Ibidem, p. 26
- (25)- Ibidem, p. 94
- (26)- Ibidem, pp. 93, 94
- (27)- Ibidem, p. 126
- (28)- Ibidem.
- (29)- Ibidem, p. 148
- (30)- Ibidem, pp. 148-151. Otra postura similar la hallaremos en una carta a Rodríguez de Francia (p.140).
- (31)- Ibidem, p. 153
- (32)- Ibidem, p. 21
- (33)- Ibidem, p. 135
- (34)- Ibidem, p. 147
- (35)- Ibidem, p. 155
- (36)- Ibidem, p. 167
- (37)- José Carbajal. "Borracho, pero..."
- (38)- Consejo de Educación Primaria del Uruguay. Op.cit., p.92. Otra referencia en p.167.

- (39)- Ibidem, p. 95. Otras referencias en pp. 142, 166.
- (40)- Ibidem, p. 95, 96
- (41)- Ibidem, p. 100
- (42)- Ibidem, p. 131
- (43)- Ibidem, p. 171
- (44)- Ibidem, p. 180
- (45)- Ibidem, p. 171
- (46)- Ibidem, p. 68. Otras referencias en pp. 124, 138.
- (47)- Ibidem, pp. 136, 137. Otras referencias en pp. 138, 139.
- (48)- Ibidem, p. 118
- (49)- Ibidem, p. 105
- (50)- Ibidem, p. 15
- (51)- Ibidem, p. 22
- (52)- Ibidem, p. 16
- (53)- Ibidem, p. 66
- (54)- Ibidem, p. 127
- (55)- Ibidem, p. 50, 51
- (56)- Ibidem, p. 180
- (57)- Ibidem, p. 8
- (58)- Ibidem, p. 30
- (59)- Ibidem, p. 60
- (60)- Ibidem, p. 36
- (61)- Ibidem, p. 61. Otras referencias en pp. 138-140, 165.
- (62)- Ibidem, p. 117. Otra referencia en p. 118.
- (63)- Ibidem, p. 119
- (64)- Ibidem, p. 120
- (65)- Consejo de Educación Primaria del Uruguay. Historia Nacional. Sexto Año-Segunda Parte..., p.61
- (66)- Ibidem, p. 124
- (67)- Ibidem, p. 96
- (68)- Ibidem, pp. 96, 97
- (69)- Ibidem, p. 226
- (70)- Ibidem, p. 167
- (71)- Ibidem, p. 175

- (72)- Ibidem, p. 51
- (73)- Ibidem, p. 47
- (74)- Ibidem, pp. 225, 226
- (75)- Ibidem, p. 230
- (76)- Ibidem, p. 200
- (77)- Ibidem, p. 201
- (78)- Ibidem.
- (79)- Ibidem, p. 208
- (80)- Ibidem, p. 209
- (81)- Ibidem.
- (82)- Ibidem, p. 213
- (83)- Ibidem.
- (84)- Ibidem, p. 214
- (85)- Ibidem, p. 215
- (86)- Ibidem, p. 217
- (87)- Ibidem, p. 231
- (88)- Ibidem, p. 250
- (89)- Ibidem, pp. 206, 207
- (90)- Ibidem, pp. 219, 220
- (91)- ADN. "El anticomunismo...". Esto fue señalado en una conferencia en la Universidad de Harvard, acerca de la historia y las repercusiones del anticomunismo en Estados Unidos. Participaron en ella más de mil científicos, escritores, políticos y combatientes por los derechos cívicos y sindicales.

CAPITULO QUINTO

IMAGEN ARTIGUISTA EN LA EDUCACION PRIMARIA: GOBIERNO DEMOCRATICO (1985)

Entre este texto de Alfredo Traversoni y los dos del período militar, analizados en el capítulo anterior, hay cinco años de diferencia; en otro contexto, parecería un breve lapso, e incluso podría considerarse innecesario el cambiar un libro con esas características en un tiempo tan corto. Sin embargo, para el Uruguay de 1985 ese espacio fue demasiado importante y ameritaba no sólo esa sustitución sino otras muchas.

En ese interin hubo un plebiscito para garantizar la institucionalidad del poder militar, una negativa popular para ello, elecciones internas en los partidos políticos tradicionales, retorno de importantes personalidades en todos los campos que estaban exiliadas, elecciones presidenciales y toma del poder de un presidente electo después de catorce años. Sobre todo, fueron cinco años en que un aire nuevo empezó a sentirse en el rostro, la inteligencia y el corazón de los uruguayos; ya no fue un tiempo de triunfalismos, banderas e himnos que alentaban el patriotismo, sino de un conquistado realismo que colocó a cada habitante frente a un espejo, que le representaba esos largos años de ruptura institucional. Una prueba de este autoanálisis individual y colectivo es la campaña para el referéndum, convocada en 1988, para anular la llamada Ley de Punto Final.

Es ya otro país respecto a 1980, como es también otra la concepción de la enseñanza y de la historia. Del examen de la imagen artiguista, veremos el enfoque nacionalista postulado, en contraposición al del gobierno militar apenas terminado.

V.1.- ANALISIS GENERAL DEL TEXTO

Alfredo Traversoni no es un autor surgido en la década de los ochenta, sino en el país con tradición liberal que se fue consolidando en la segunda mitad de este siglo. Junto con los de la pareja Schurmann-Sanguinetti, sus textos eran los escogidos en la enseñanza primaria y secundaria oficial, y privada, durante los sesenta (1). Deseamos puntualizar desde ahora que de ninguna manera este autor es la panacea, no concordamos con todas sus interpretaciones, pero en el estudio se analizan sólo dos concepciones de la historia y de la nación.

Frente a los libros de la época militar éste es totalmente diferente, desde que tomamos el texto en las manos notamos diverso enfoque y objetivo. Contiene muchas menos páginas (312 frente a 462) que los otros dos, y además incluye los temas de los programas del 4°, 5° y 6° año de la escuela primaria. Los dibujos son más que las fotos y casi todo es explicación. La abundancia del material de los textos de la época militar está dada por la cantidad de documentos, fotos, reproducciones y estadísticas. Aquí, en cambio, lo primero en saltar a la vista es su sobriedad y uniformidad, la buena redacción y la claridad en la exposición de las ideas en sencillos índices. Hay un mayor trabajo del autor en cuanto a la tarea explicativa, mientras en los otros textos (2) la principal labor consistía en seleccionar qué fuentes agregar al collage. Traversoni da el libro ya digerido por lo que no son necesarias tantas citas. Además, con el dibujo es más fácil tener variantes en las ilustraciones a la vez que representar elementos de mayor cotidianidad y más populares, mientras los cuadros se refieren generalmente a los grandes episodios históricos.

Como en el capítulo anterior, aquí también comenzaremos por lo primero que resalta en un libro, o sea, la presentación, título y composición tipográfica. Este último aspecto podría parecer simplista, hasta aburrido, pero creemos que en períodos tan radicalizados en la vida de un país, incluso en estos puntos se denotan características significativas, que ayudan a comprender mejor las distintas hipótesis. Luego veremos los lineamientos generales del contenido y a grandes rasgos la presentación de Artigas, para posteriormente en subcapítulos, desglosar y profundizar estas impresiones.

El de Traversoni se llama "Historia del Uruguay" y no, como los otros textos, "Historia Nacional". Por lo que ya desde aquí existe una diferencia, al referirse uno a la historia de un país como globalidad, y el otro, enfocar directamente el aspecto del nacionalismo y la nacionalidad. Una acción para nada fortuita -y más política que histórica- dentro del contexto en que se realizaba. También en las tapas hay distinciones. Ambas presentan a Artigas de militar, pero en la de Traversoni está él de pie, como uno más en asamblea (la del año XIII), discutiendo con letrados y gauchos, mientras en el libro de la época militar está casi solo, en posición gallarda, dictando.

El texto de Traversoni es todo en blanco y negro, pocos son los mapas y descripciones o ilustraciones de escenas militares, las cronologías están muy resumidas. Las citas son siempre colocadas de la misma forma, sin poner nunca la fuente completa o en ocasiones sin ponerla siquiera. La unidad y el relacionamiento se ve también en las referencias que acompañan a los dibujos, pues son transcriptas del contenido de la misma página, la anterior o la posterior. Es casi redundante recordar la confusión que en este aspecto eran los otros textos, a partir

de la descontextualización y abundancia de mayúsculas. Aquí, el único historiador uruguayo contemporáneo citado es el prestigioso y prolífico Alberto Zum Felde, con motivo del caudillismo (3).

Por otro lado, la relación entre capítulo, subcapítulo y apartado se mantiene siempre uniforme, al igual que los cambios de letras y espe sor de la tinta. No hay exasperación de subrayados, mayúsculas, coloridos patrióticos ni manipulación tipográfica. La misma presentación del libro y la forma del relato ayudan pedagógicamente a reflexionar todo como un proceso, no como un cúmulo de sensaciones visuales acompañadas de propaganda, cuyo segundo paso es conducirnos a un camino encerrado en el maniqueísmo, y el tercero llevarnos a odiar al enemigo en turno y amar al héroe. En realidad, Traversoni propone una comprensión del pas do sin demasiados juicios de valor, y los otros textos tienen por finalidad principal justificar al gobierno presente, adaptando el pasado a esa interpretación contemporánea.

El libro que analizaremos se divide en cuatro grandes capítulos referentes a la historia de América y del Uruguay: "Población indígena" (p.3), "Epoca colonial"(p.25), "La Revolución [oriental]" (p.113) y "El Uruguay independiente"(p.231) con su actualización. La lucha por la independencia es la "revolución" y los combatientes son las "guerrillas revolucionarias"(4); además, el término revolucionario es usado en varios subtítulos referidos al continente. Los habitantes de la región son siempre los "orientales" y la revolución libertadora es la "sagrada misión"(5). De este modo, el proceso independentista, y a la vez período artiguista, es revolucionario y las milicias libertadoras son guerr lleras. Estas simples afirmaciones, en el momento histórico en que son hechas, poseen una carga ideológica muy especial, pues destruyían la

hipótesis de la Junta militar como continuadora de Artigas, ya que ellos combatían explícitamente a los guerrilleros revolucionarios. Detrás de esta terminología, se esconde una puntualización respecto al papel histórico de los militares. En los otros textos, este período se denominaba la "Orientalidad" lo que desde allí otorga un matiz diferente al enfoque.

Este libro llega hasta el inicio de la presidencia de Sanguinetti, el 1º de marzo de 1985, y casual o simbólicamente la edición es también de marzo de ese año. Para la época posterior a la independencia, el método de análisis es distinto al del texto del período militar. Los procesos están guiados por áreas -cultural, política, institucional, etc.- y en ellas se aprecia someramente la evolución fáctica; en los otros libros es la secuencialidad de los hechos políticos quien conduce la trama y no los temas. Para Traversoni, el siglo XX encuentra un país en progreso en todos los campos, con una positiva estatización y un flujo de inmigrantes que lo hace cosmopolita. El breve análisis efectuado de la década de los setenta es suficiente para observar su posición respecto al gobierno militar.

La búsqueda de una relativa objetividad en este autor, la veremos en el tratamiento que hace de los hechos claves de la historia, los cuales ocupan un espacio y destaque normal sin sobreexaltación a través de cursivas, tintas y colores. Tampoco aparecen ciertos símbolos del patriotismo y escasas son las banderas o escudos en las ilustraciones. Casi la única mención a este respecto, la encontramos referida a los comienzos de la vida independiente al mencionarse que "Durante la gesta artiguista, el pueblo oriental izó la bandera tricolor. En la guerra y en la paz, esta enseña fue símbolo de todas las esperanzas, los sacri-

ficios y la voluntad de un pueblo en lucha por su libertad"(6).

Los temas centrales giran en torno a la democracia, el republicanismo, el federalismo y el americanismo. De la libertad no se habla tan repetidamente como en los otros textos, ya que su idea va siempre implícita en los conceptos mencionados. En estos lineamientos generales no deja de destacarse la influencia de la independencia de Estados Unidos, la revolución francesa y la tradición hispánica, aún si el enfoque del personaje es más bien latinoamericanista.

El general José Artigas en este texto es simplemente "Artigas". Parecería una redundancia elemental, pero no lo es si recordamos el trato que se le da a este respecto en los otros libros. Aquí no se habla demasiado de su figura militar, no tiene el grado antes del apellido y ni siquiera el nombre, también son esporádicas las menciones a sus ascensos castrenses. Las referencias diferentes corresponden a "prócer" o "jefe de los orientales"(7). Ciertamente es Artigas el centro del proceso entre 1811 y 1820 -los dibujos se refieren a él, los relatos son suyos o de sus colaboradores- pero él gira alrededor del proceso, de los hechos, y no viceversa(8). No dependen de él todos los acontecimientos, en los subtítulos normalmente no se menciona a Artigas y muchas partes del relato señalan a "los orientales" como protagonistas.

A pesar de lo anterior, no se puede negar la parcial personalización que se hace de la historia. Algo por demás acostumbrado en la educación básica, a cuyos alumnos al parecer no se considera capaces de percibir la realidad más que como una sucesión de disputas entre héroes y villanos, al margen de todo proceso o participación popular. Ciertamente hay que considerar que en esta etapa del estudiante, la enseñanza de la historia tiene además del conocimiento -y quizás anterior aún- una función

de inculcar un sentido nacionalista y de respeto a algunos valores. Para ello, se recurre frecuentemente a transmitir ese ideal a través de personalidades destacadas, pues resulta más fácil y eficaz asociarlo a ellas como sinónimos que usar abstracciones. Así, la cronología entre 1811 y 1820 es titulada "Del período artiguista"(p. 198), la revolución empieza con un apartado de fotos denominado "Artigas a través de los artistas"(p.112), y habrá un juicio expreso sobre su obra donde se le catalogará de "héroe"(9).

Aún con esta aparente similitud de forma, no hay comparación en el contenido con el trato heroico recibido por Artigas en los textos militares, ya que Traversoni no lo menciona todo el tiempo ni excede con las citas. Además, admite su derrota y el desconocimiento de su autoridad(10). Está implícito que él se encuentra detrás de los hechos, que éstos fueron escogidos justamente por esa razón, pero la sensación general de personalización es inferior.

Los dibujos de Traversoni son un buen indicativo para escudriñar qué se busca reflejar del personaje. En ellos aparece Artigas con gesto fiero, generalmente a caballo -o sea en lo alto- y rodeado de negros, gauchos e indios, gente del pueblo pobre (aunque en el texto no se haga demasiada referencia a ellos). Una de las características centrales de Artigas, que el autor destaca, es el rasgo democrático (consulta al pueblo y se rodea de él), mientras los otros libros resaltan su autoridad (moral y militar) situada por encima de todos. Traversoni es también menos legalista, al sobreentender ese punto e insistir más con el aspecto de la soberanía popular; el federalismo y el republicanismo son dos consecuencias de ella.

Finalmente, se pone en relieve el (latino)americanismo artiguista. Si bien a veces ese continentalismo parecería regionalismo, lo cierto es que detrás va implícita la intención de extender la idea federalista al resto de América y unirse. En los otros textos, en cambio, primero es oriental y después americano. El reconocimiento del pueblo hacia Artigas y su americanismo son importantes para comprender a Traversoni. Indirectamente, se postula la necesidad que el pueblo apoye y elija libremente a sus gobernantes, y la conveniencia de unirse continentalmente ante las varias dificultades comunes en política y economía. Ambos aspectos eran centrales en el Uruguay de 1985.

V.2.- FIGURA DE ARTIGAS

Intentaremos guiar este estudio según los lineamientos que la estructura del texto propone. En un primer momento nos detendremos, al igual que en los libros de 1980, en los rasgos generales ideológicos y de personalidad del prócer. Luego se tratará de enriquecerlos, y verlos concretizados, en la experiencia de gobierno artiguista en la Provincia Oriental. Para terminar lo directamente referente a Artigas, analizaremos el subcapítulo con el que el autor cierra el período artiguista: "Juicios sobre la obra artiguista".

Finalmente, como hicimos con los dos textos del gobierno militar, vendrá la visión contemporánea de la historia ya que a ella, en último término, va dirigida la imagen del libertador y del nacionalismo que encarna.

V.2.1.- EL HEROE DEMOCRATICO: PERSONALIDAD E IDEARIO

Debido a la constante interacción de estas dos facetas -ideas y personalidad- en Traversoni, buscaremos seguir el orden del relato y a partir de ahí desmenuzarlas; la secuencia es debida a la biografía de Artigas y no a una jerarquización. La primera aparición del prócer se da en el contexto continental, aspecto que retomaremos más adelante aunque es importante verlo desde ahora, porque el autor lo pone como introducción a su visión. "La historia de la Revolución Hispanoamericana abunda en nombres de personalidades que dieron por entero su talento, su patriotismo y su heroísmo al servicio de la causa. Algunos tuvieron un relieve singular que los hace especialmente merecedores al recuerdo de los americanos...". Menciona a continuación a Morelos, Bolívar, San Martín y a "José Artigas, héroe nacional del Uruguay, precursor del federalismo y la democracia política y social en el Río de la Plata"(11).

Ya en el comienzo, aparece como un hombre arraigado al campo y a su gente pues

"Desde temprana edad mostró preferencia por la vida rural, trabajando primero en campos de su padre y luego independientemente. En ese diario trajinar por los campos de la Banda Oriental, adquirió grandes conocimientos sobre estos territorios y los hombres que lo poblaban. Sus cualidades sobresalientes le crearon en poco tiempo una vigorosa personalidad de caudillo... Su actuación militar no hizo sino aumentar sus prestigios, mereciendo elogios de los superiores y de los hacendados que se sentían protegidos contra la gente al margen de la ley que asolaba la campaña (12).

El origen mismo de la independencia nace de ese apego, pues "... la revolución comenzó cuando una personalidad querida y respetada en toda la campaña oriental, exhortó a los paisanos a emprender la lucha por la libertad"(13). A pesar de relatar los sucesos en España, los de Hispanoamérica y Buenos Aires, y la situación de la Banda Oriental, se sitúa el comienzo de la revolución oriental en una exhortación personalista. Además, a continuación, hay varias páginas con la biografía artiguista.

La referencia al campo no es sólo a un estilo de vida sino, sobre todo, se insistirá en la relación de Artigas con los marginados de ese sector que finalmente son los principales en otorgarle su mandato democrático; destacan entre éstos gauchos e indígenas. En los otros textos, casi no se habla de estos habitantes más que para asociarlos como elemento folclórico o muy secundario.

El capítulo de "La Revolución" es introducido por un dibujo del prócer a caballo mientras comanda un ataque, bajo la descripción de "Artigas al frente de sus gauchos, con los cuales promovió un movimiento de insurrección en la campaña de la Banda Oriental contra las autoridades españolas"(14). Salta primero a la vista el protagonismo central del gaucho en la lucha, además se señala que Artigas promovió junto a él la revuelta, no fue entonces el héroe aislado o el simple jefe autoritario por encima de todos, como vemos en los otros libros. Es una presentación más humana de quien igualmente continúa siendo el eje del relato. Junto con el prócer aparece "El gaucho, señor de la campaña oriental y protagonista principal de la revolución emancipadora"(15).

El dibujo de una carga de gauchos lleva escrito que "Las montoneras gauchas constituyeron la fuerza principal en la lucha contra el centra-

lismo". Luego, se precisa que "En esta Liga [Federal] desempeñaron un papel muy importante los caudillos provinciales, pues eran los que contaban con la adhesión de la población de la campaña y los que conducían a la lucha a las montoneras, nombre con que se conocían las guerrillas revolucionarias"(16). El gaucho como sinónimo de guerrillero y la independencia como guerrilla revolucionaria, el enemigo es el centralismo, el autoritarismo y el despostismo. Asociar estos términos a los momentos históricos más importantes del país era como afirmar que toda la fraseología e ideología usada por el gobierno militar, apenas terminado, eran una mentira y además falsedad histórica. La crítica a la concepción militar del pasado y del presente es muy fuerte y directa. Por eso, escribir un libro de texto con esta terminología en el Uruguay contemporáneo sólo podía ser después de marzo de 1985, fecha exacta de su publicación.

Para concluir este punto, Traversoni propone un criterio de revaloración actual de la figura gauchesca:

"A los pobladores de la campaña que llevaban una vida errante, la gente de la ciudad los llamó despectivamente gauderios o gauchos. Esta última denominación, cuyo origen se desconoce, se generalizó más tarde, y perdiendo su sentido despectivo, comprendió a todos los hombres ocupados de las faenas rurales. En la actualidad, la de gaucho es calificación que no desmerece y de la que muchos se precian"(17).

Aquí entendemos en parte el por qué el gaucho es bastante más resaltado que el indígena, con él se busca identificar en el presente a todos los peones rurales. De este modo, se podía encontrar en la actual sociedad uruguaya un continuador que siguiera siendo, de alguna manera, símbolo de la gesta independentista. Incluso, en varias facetas persona

les el carácter gauchesco se asemeja al de Artigas, pues "Tenía el gaucho un salvaje amor a la libertad, un concepto práctico, pero elevado de la vida; era valiente por excelencia... Era sobrio en sus gustos, y sus voluptuosidades fueron escasas; modesto con todos, era altanero y soberbio con los fuertes"(18).

Los otros grandes marginados del sector rural son los indígenas. Al describir a los primeros pobladores del país, Traversoni menciona a los grupos prehispánicos de cultura muy primitiva. De los charrúas agrega que "... fueron los más belicosos. Temibles en la lucha, a la que se lanzaban con gritos y ademanes impresionantes, guerreaban frecuentemente contras los otros indígenas, y cuando se produjo la conquista no se sometieron"(19). Su descripción es un lugar común que todo uruguayo trae desde el vientre materno.

Traversoni no destaca la presencia indígena en su relato, aunque en los dibujos sí aparecen bravamente junto al gaucho, para representar el apoyo popular y la raíz autóctona de Artigas. Al hablar de la inquietud artiguista por mejorar la vida de la población de la campaña se señala que "Esa preocupación se extendió a los indios, por los cuales mostró un gran afecto"(20). La preocupación se alargó hasta el indígena, como si éste no fuera un habitante con plenos derechos en el campo y habitara allí desde antes que todos los demás; parecería un anacronismo del autor. Hay también un cierto paternalismo detrás de esta puntualización, como si los indios no se hubieran ganado esa consideración en la lucha. Es una imagen disminuída de ellos, vistos como algo marginal que ya casi no existe de no ser por el "afecto". En el subcapítulo del "Juicio sobre la obra de Artigas" se podrán econtrar más elementos para reafirmar esta idea.

Al continuar con el análisis de la figura de Artigas, el siguiente aspecto que se menciona es el militar: "Actuando en el Regimiento de Blandengues, aumentó su experiencia y su prestigio"(21). Cuando él regresa desde Buenos Aires (abril de 1811) con el grado de teniente coronel" ... la Revolución Oriental tuvo su jefe indiscutido"(22). En la batalla de Las Piedras" ... reveló Artigas sus dotes de jefe militar ... El prestigio que ya tenía Artigas como caudillo aumentó al demostrar se su capacidad para conducir un ejército a la victoria"(23). El tratamiento de esta característica es diferente al de los otros libros que la privilegiaban frente a cualquiera. No casualmente, tampoco, los aspectos más relevantes de Artigas para Traversoni son justamente los menos importantes para los textos del período militar. Por un lado, hay una contraposición de momentos políticos distintos al escribirse los libros y, por otro, entre los autores existen dos modelos de sociedad e ideología diferentes.

La anterior característica va íntimamente ligada a la investidura de líder y la relación con el poder. Es una autoridad que le viene dada por el pueblo, en repetidas ocasiones se demuestra cómo él se entregaba totalmente al bien de los marginados y no perseguía ventajas personales. En la Quinta de la Paraguaya los assembleístas resolvieron darle la jefatura: "Esta última resolución es muy importante. Artigas, que hasta ese momento había tenido solamente una autoridad militar otorgada por el gobierno de Buenos Aires, es consagrado Jefe de los Orientales por el pronunciamiento expreso del pueblo"(24). Continuamente, Traversoni busca refrendar y recordar esa asociación Artigas-pueblo que es la que lo legitima. El análisis aparece como objetivo, pues da la sensación de un proceso gradual en el poderío del prócer, quien no nació con todo el

poder sino que lo fue ganando con heroicidad, constancia y servicio(25).

Pronto inició también su experiencia como gobernante:

"Artigas debió desplegar una gran actividad: atender a los múltiples problemas que creaba el abastecimiento y el mantenimiento del orden en la población... y en el íntimo contacto con su pueblo, sintió el respeto y la veneración de éste obligándose a servirlo como lo haría hasta consumir sus últimas energías"(26).

Hay aquí rasgos de cierto populismo y patriotismo exagerados, cada vez irá siendo mayor la simbiosis entre el "jefe" y su pueblo. Artigas estaba por encima de cualquier autoridad o sentimiento americanista, ya que los orientales "... no se oponían a luchar junto a las fuerzas de Buenos Aires contra el enemigo común; pero deseaban conservar su autonomía y mantenerse organizados separadamente bajo la autoridad de Artigas"(27).

El punto culminante se da en el éxodo:

"Artigas... inició con sus fuerzas la retirada hacia el norte. Y lo que al principio fue solamente la marcha de un ejército, se convirtió rápidamente en la marcha de todo un pueblo, ya que los orientales se decidieron a abandonar sus hogares antes que resignarse a un nuevo sometimiento.

"Esta extraordinaria marcha de un pueblo, desde las afueras de Montevideo hasta el Salto, ..." (28).

Con esto el autor no busca resaltar al Artigas caudillo, sino a alguien que tiene un mandato popular y por eso es apoyado, en vez de ser simplemente seguido por su liderazgo gallardo. Es un punto importante para este texto, sea para analizar el pasado que para el presente, y del cual se ramifican la mayoría de las otras ideas asociadas al libertador.

Al quedar instalada la Asamblea Constituyente en Buenos Aires (31-1-

1813), se ordenó a los pueblos su reconocimiento:

"Artigas también recibió esta orden, pero entendió que antes de reconocer a la Asamblea, el pueblo oriental -por intermedio de sus representantes- debía estudiar el problema y adoptar la resolución que mejor conviniera a sus intereses.

"Esta preocupación artiguista por contemplar la voluntad popular ya se había manifestado anteriormente... Y entre las instrucciones dadas a su representante, figuraba una que representaba claramente su sentir democrático: La soberanía particular de los pueblos será precisamente declarada y ostentada como único objeto de nuestra Revolución"(29).

En la sesión inaugural del congreso de abril del mismo año:

"El discurso de Artigas... contiene ideas muy interesantes que reflejan su pensamiento democrático.

"En una de sus partes dice: Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana. Con esto expresa su adhesión plena al principio de la soberanía popular, o sea que el pueblo es la fuente de la que emana todo el poder, y que la autoridad de los gobernantes depende del consentimiento de los gobernados"(30).

Sin embargo, la libertad tiene un precio, que permite al enemigo porteño declarar "traidor a la patria" y poner precio a la cabeza de Artigas. El autor presenta estas críticas como algo normal dentro de las disputas existentes y no lleva la reflexión, como hacen los otros textos, al terreno de lo visceral y emotivo. Son los avatares de la democracia.

Pero la democracia de Traversoni no es algo aislado o abstracto, sino el tronco del que parten importantes ramas políticas. En 1813 los dirigentes orientales prepararon dos proyectos de constitución, "Ambos proyectos, redactados bajo la influencia de las constituciones norteamericana, constituyen una nueva prueba del pensamiento democrático y fede

ralista del artiguismo"(31). En los libros del período militar lo federal era algo aislado -como el resto- ya que las únicas asociaciones iban referidas a su autoridad. Ante la invasión portuguesa, Pueyrredón ofreció ciertas condiciones para ayudar a la Provincia Oriental, pero Artigas las rechazó por no renunciar a los principios federales.

Las instrucciones que el libertador entregó a los diputados orientales para la Asamblea Constituyente representan una síntesis de su pensamiento político. Los principios de gobierno allí incluidos, que Traversoni destaca, se refieren a la independencia, el republicanismo y la democracia, el federalismo. El apartado del republicanismo y la democracia es el que trasluce mejor una idea que el autor asocia primordialmente a Artigas, e indirectamente al momento nacional contemporáneo. El prócer "Se propone el establecimiento de un régimen republicano y democrático en el cual el pueblo gobierne por intermedio de sus representantes, que exista libertad civil y religiosa y se adopten todas las medidas necesarias para evitar el despotismo"(32). Asociar republicanismo y democracia tiene una gran importancia en ese momento uruguayo, pues las Cámaras habían sido disueltas en 1773 y luego sólo hubo simulacros de republicanismo; por tanto, ese sistema político casi no había existido por diez años y, por consiguiente, mucho menos la democracia. Podría uno caer en el riesgo o tentación de atribuir al autor conceptos no pensados por él -algo difícil de evitar en un análisis historiográfico- pero el momento en que se publica este texto hace pensar que, en el campo político referido, el riesgo es pequeño y la coincidencia demasiada. Una prueba que ayudaría, sería revisar los mismos libros de Traversoni en los sesenta y las frases o enfoque que utilizaba al describir igua-

les aspectos, para luego compararlos con el de 1985.

La figura de Artigas tiene una dimensión continental, no sólo influencia en la Banda Oriental sino en todas las provincias del litoral argentino; la idea de federalismo está también asociada a la de americanismo. Después de caer Posadas y Alvear, el nuevo gobierno de Buenos Aires quiso tratar con el libertador ofreciéndole la independencia de la Provincia Oriental pero "Artigas no se conformó con estas concesiones. Deseaba ante todo que se consagrara el ideal federalista ... se debían contemplar los problemas de todas las provincias hermanas mediante la organización de una gran república federal rioplatense"(33). Entre 1817 y 1820, "Artigas realiza el último esfuerzo para hacer triunfar la causa de los orientales y del federalismo rioplatense"(34). Ambas causas son inseparables, al igual que la heroicidad y el pensamiento artiguista son también americanos, como vemos en la primera referencia que del personaje se hace en el texto. A la vez que oriental, Artigas es ante todo regionalista y por extensión americanista.

Sea en los libros del período militar que en el de Traversoni, más que un antihispanismo se denota un fuerte antiporteñismo y antiportuguesismo (luego transformado en rechazo a los brasileños); muchas ideas artiguistas vienen del exterior, de las revoluciones norteamericana y francesa. En los otros textos no se mencionan demasiado explícitamente, entre las causas de la independencia, las corrientes de pensamiento foráneas, como si todo fuera casi original de Artigas. El americanismo, además de ser una realidad histórica, brinda una integralidad mayor al proceso, pues "El levantamiento de Hispanoamérica fue casi general y simultáneo. En todos los virreinos y capitanías generales los criollos se pronunciaron en favor de la libertad y organizaron sus fuerzas

para luchar contra las autoridades españolas"(35).

A más de las ideas y el don de mando, Traversoni no deja de lado, aunque en menor grado que los otros libros, la primera virtud de todo héroe: su valor. Artigas es siempre el primero frente a los riesgos y consecuencias. A veces, el mismo autor lo explicita, y en otras ocasiones se sirve de frases artiguistas como cuando le declara la guerra a Pueyrredón y compara en una carta la grandeza de los orientales con su abnegación en la desgracia.

Cuando Artigas firma un tratado con un teniente de navío inglés, el autor puntualiza que "De todos modos, sus cláusulas nos muestran cómo Artigas, aun en los momentos de mayores angustias sabía mantener en alto el honor y la dignidad de la Provincia"(36). Sin duda, "Artigas no defraudó la confianza en él depositada". Prosiguió hasta el fin su lucha en pro de los más altos ideales y mereció con justicia el título de Protector de los pueblos libres que le otorgaran las provincias federalistas"(37).

Sin embargo, aún con todas esas virtudes, Traversoni no esconde ni disfraza la temida palabra de toda epopeya nacionalista: la derrota. Ella es compartida indistintamente por Artigas y los orientales. El autor titula el penúltimo subcapítulo de este período como "La derrota final de Artigas"(p.189), y en los apartados aparecen el "Desconocimiento de la autoridad de Artigas" y "La Retirada". Caen así, probablemente tres de las principales cualidades del héroe patriótico: nunca pierde en las batallas importantes ni decae en su prestigio autoritario, y nunca se retira sino que muere en la batalla. Por si fuera poco lo anterior veremos, como final de la época, a Artigas retirado en el Paraguay que hace tareas agrícolas en una vida sencilla y calma. No se presenta como

indigna para un héroe una muerte de vejez tranquila en la cama.

Artigas, reconoce el texto, había perdido prestigio en las etapas finales de su ciclo y su autoridad era desconocida. Con cierta objetividad, se admite también la supremacía del ejército porteño en la disciplina y la planeación, aún si los orientales combatían con heroísmo (38).

El espacio de la retirada artiguista sirve para mostrar su grandeza humana y prestigio, se transforma ese episodio en algo positivo. Esto se nota desde que cruza la frontera y envía todo el dinero que le quedaba a los presos orientales en manos de los portugueses. El destierro paraguayo de Artigas,

"... ha dado lugar a diversas interpretaciones. Unos sostienen que buscó el refugio en dicho país con motivo del desaliento provocado por las derrotas y las deserciones. Otros, teniendo en cuenta la tenacidad característica en el Jefe de los Orientales, sostienen en cambio, que dio ese paso con la esperanza de hallar en el Paraguay una ayuda que le permitiera continuar la lucha con mejores posibilidades"(39).

Traversoni no se desbalancea en estas hipótesis, mientras los otros textos apoyan la segunda postura y para evitar más suspicacias no hablan nada de este período, menos del título que a continuación veremos dieron al libertador.

Desde diciembre de 1820 hasta 1845 Artigas permanece en San Isidro Labrador de Curuguaty, "... ocupado en labores agrícolas y prestando su ayuda a los desamparados de la vecindad, que le dieron el último y hermoso título de 'padre de los pobres'"(40). La última imagen de Artigas no es la militar sino la de los valores morales superiores como son la magnanimidad, la generosidad y la servicialidad especialmente con los pobres. En el fondo, es parte central de la figura que Traversoni sos-

tiene en todo el texto, recordemos incluso que en los dibujos aparece siempre rodeado justamente de esa población marginada. El último dibujo suyo lo muestra arando solo, con dos bueyes, bajo la cita de "Artigas en el Paraguay, otra vez en el trabajo fecundo de sembrador" (41). Es bueno recordar también que el gaucho exaltado es visto, en su continuidad actual, como el hombre de las faenas rurales, y el libertador termina justamente sus días en esas tareas.

Sin embargo, sigue teniendo prestigio y respeto de líder militar, ya que enseguida se agrega que

"En 1840 durante el período de inestabilidad política que siguió a la muerte del dictador Francia, Artigas fue reducido a prisión. Tanto era su prestigio que, veinte años después de su exilio, se temía que el pueblo lo acompañara en algún levantamiento"(42).

De lo negativo, además de la derrota, se señala que Artigas decidió recurrir al recurso de las patentes de corso, donde los corsarios (mercenarios) se ponían al servicio de los estados, como era una práctica común de la época se convierte en algo positivo. Del período de derrotas o de los corsarios casi nada se habla en el texto de la época militar.

V.2.2.- GOBIERNO EN LA PROVINCIA ORIENTAL

Hemos ya analizado el aspecto que Traversoni desarrolla de Artigas como gobernante, en relación a su mandato popular y a su ideología general. Ahora lo haremos más detalladamente en cuanto a lo que fue su experiencia de gobierno real. El autor también lo trata separadamente, y creemos que así merece la pena, por ser una situación donde se concretizan muchos postulados del anterior apartado.

Además, la visión artiguista, como hemos visto, se centra en lo democrático, o sea, en su forma de ejercer el poder y las relaciones humanas. La comparación con el presente es importante, pues aquí se propone un modelo de gobierno opuesto al militar de 1973-1985 que tanto se critica.

Esta importante oportunidad que la historia brindó a Artigas no alcanzó a durar más de año y medio, aproximadamente de junio de 1815 -poco después de la caída de Montevideo- hasta finales de 1816 con la invasión portuguesa. Su gobierno lo ejerció desde el campamento de Purificación, un lugar bastante equidistante respecto a la capital de la Provincia Oriental y las otras provincias del Plata. En la correspondencia de Artigas desde Purificación, puede verse "... el ideario democrático que inspiró su acción de gobierno"(43).

El autor divide el tema en apartados. En el que se refiere al régimen de gobierno, se señala que

"Artigas constituyó la autoridad superior de la Provincia, pero no gobernó directamente sino por intermedio del Cabildo Gobernador, el delegado Miguel Barreiro y el Comandante de Armas Fructuoso Rivera.

"El Cabildo Gobernador estaba integrado por delegados de todos los cabildos de la Provincia, de tal modo que representaba democráticamente la voluntad popular"(44).

Tenemos así a un gobernante que delega, escucha y tiene autoridad, lo que se reafirma en su relación con las otras personalidades orientales de la época: "Artigas constituyó la personalidad sobresaliente de la Revolución Oriental. Junto a él actuaron también varias personalidades de relieve, de las cuales no todas lo acompañaron permanentemente en su lucha"(45). Artigas fue el eje pero también hubo otros y se enumera una larga lista. Este aspecto generalmente queda implícito en el mismo desa-

rollo de la acción donde van sucediéndose los nombres, pero especialmente a niveles primarios- es oportuno hacer conciencia explícita de él.

Además de democrático Artigas aparece como patriótico, con una idea de patria asociada a la libertad y a la participación popular; no como se remarca en los textos del período militar asociada a viscerales manifestaciones externas, regidas en lo interno por el autoritarismo. Respecto a la bandera tricolor, el prócer mismo describe los listones colorados como "... signos de la distinción de nuestra grandeza, de nuestra decisión por la República y de la sangre derramada para sostener nuestra libertad e independencia"(46). El escudo de la Provincia Oriental "... en el contorno del óvalo llevaba la inscripción Con libertad ni ofendo ni temo, hermosa frase que refleja los ideales artiguistas"(47).

El punto de la obra económica y social, va acompañado por el dibujo de un funcionario que firma concesiones de tierra a gente humilde de todas las razas, con una cita que dice: "... los negros libres, los zampos de esta clase, los indios y los criollos pobres, podrán todos ser agraciados en suerte de estancia si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y la de la Provincia..."(48). A continuación, se indica que

"... fue preocupación constante de Artigas el mejoramiento de las condiciones de vida de la población de la campaña, la cual en su mayor parte se hallaba en situación miserable. Esa preocupación se extendió a los indios, por los cuales mostró un gran afecto.

"Donde mejor pueden verse las preocupaciones económicas sociales de Artigas, es en el Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el Fomento de la Campaña y seguridad de sus hacendados..."(49).

Al igual que este, los demás apartados siempre lo mostrarán preocupado por los pobres. Es muy distinto el tratamiento que Traversoni da al Reglamento agrario -con un claro contenido político- a la simple mención y transcripción que hacen de él los otros textos.

En lo cultural, "Artigas propendió en todo momento al mejoramiento de la educación popular, entendiéndolo que la adquisición de la cultura es un paso fundamental en la búsqueda de la felicidad popular"(50). Sin embargo, la situación provincial impidió la concreción de sus ideas.

Tenemos entonces, según Traversoni, tres importantes vertientes para que un gobierno sea democrático (como el que dirigió Artigas y el que se pide al presente): saber delegar y escuchar, ser patriota en cuanto promotor de la libertad y la participación popular, preocuparse por mejorar las condiciones de vida de los más desposeídos en lo económico y educativo. No deja tampoco de estar presente en el autor, como terminaremos de ver en su "Juicio", un cierto acento populista. A pesar de ello, lo pregonado era todo lo contrario del gobierno militar que acababa de pasar en el Uruguay.

V.2.3.- JUICIOS SOBRE LA OBRA DE ARTIGAS

Traversoni termina el período artiguista con un juicio, donde la pretendida objetividad mantenida durante el relato parece a ratos desmoronarse frente al "héroe". Seguramente las metas del autor son distintas: el relato del proceso independentista busca, sencilla y equilibradamente, hacer conciencia al alumno de los hechos más salientes, mientras este subcapítulo final se propone reforzarle su sentido nacionalista, identificado con un Artigas muy por encima del resto de la gente. Se persigue la unidad, fincada en un elemento por encima de toda discusión,

que también es modelo fuera de todo alcance. El nacionalismo en parte es una abstracción, al igual que la presentación que aquí se hace de Artigas lo es, si recordamos el resto del texto. Casi como si hubiera dos Artigas y dos Traversoni.

Se trata de un juicio tendencioso y triunfalista, donde los apartados incluyen siempre la palabra "héroe" y Artigas hace casi todo solo, mientras en el texto lo hacía junto a los orientales. Aquí aparece como un padre que todo lo elabora por el bien de sus hijos. Anteriormente señalábamos cómo el autor no le teme a la palabra "derrota", pero en este final parece no temerle tampoco a la heroicidad, término que en el libro no utilizó casi nunca. A pesar de ello, es una descripción muy útil, pues resume y exaspera ideas de Traversoni acerca de la imagen artiguista, y además transparenta otras un poco escondidas en el texto.

Empieza postulando la misma concepción con que inició el relato: el americanismo del personaje. Es un héroe del Río de la Plata, amplia región del sur de América: "Artigas no pertenece solamente a su patria. Las cuatro ideas fundamentales que animaron su pensamiento y su acción (Independencia, República, Democracia y Federalismo) ejercieron una influencia decisiva sobre la historia rioplatense. En ella está inscripto el nombre de 'Protector de los pueblos libres' como el de una de sus más puras y principales figuras"(51).

El libertador no sólo tiene una dimensión continental sino que evitó en esa región la dominación inglesa, luchó incansablemente contra la portuguesa y el extranjerismo porteño. Siempre bregó por la independencia de las provincias platenses en su conjunto.

Salvó también a la región de la monarquía:

"Profundo conocedor de su pueblo, amante de la libertad, de la justicia y de la igualdad, Artigas comprendió que el régimen

más conveniente para el Río de la Plata era el republicano ... la derrota del gobierno porteño por las fuerzas federales impidió que en el Río de la Plata prosperasen los proyectos monárquicos"(52).

Impidió que el centralismo bonaerense dominara la región, al luchar por el federalismo:

"Artigas fue uno de sus primeros y más importantes defensores en el Río de la Plata. Por él luchó incansablemente hasta el último momento. Con su esfuerzo impidió que prosperaran los planes bonaerenses de centralizar toda la administración en Buenos Aires.

"A pesar de haber sido derrotado en el campo de batalla, Artigas hizo triunfar el ideal federalista"(53).

En contraposición a ese autoritarismo porteño,

"Artigas deseaba el triunfo de los ideales democráticos. Nunca se distanció de su pueblo, vivió junto a él, hermanado con la gente sencilla, comprendiéndola y buscando solución a sus problemas.

"Para que el gobierno del pueblo fuera una realidad, organizó congresos y convocó a elecciones populares... En todas las instrucciones dadas a las autoridades provinciales sobresale su afán por lograr que los gobernantes se mantengan, no por la fuerza sino por su humanitarismo, honradez, moderación y eficacia"(54).

Del culto a sus ideas principales se pasa al de su personalidad, del contexto continental se pasa al nacional, del pasado al presente. Primero se analizó lo que fue realmente en su tiempo y luego lo que significa hoy. El héroe del Plata pasa a ser sin más "Héroe Nacional del Uruguay":

"Artigas no deseaba la independencia absoluta de la Provincia Oriental. Aspiraba a que todas las provincias del Río de la Plata... permanecieran unidas entre sí... A pesar de ello, debemos considerar a Artigas nuestro gran héroe nacional. Su acción preparó a los orientales para la vida independiente. Unió al pueblo oriental, lo vigorizó para la lucha, le inculcó

ideas de libertad y justicia y creó las primeras instituciones en las que los orientales se gobernaron por sí mismos.

"Aun en la actualidad, el culto a su personalidad nos une a todos por encima de toda otra diferencia de opinión"(55).

Este párrafo es de vital importancia ya que sintetiza el objetivo del juicio, que postulábamos al inicio del apartado. Se busca transmitir un mensaje ideológico, considerado necesario a esa edad, y como esencial en el objetivo de ese tema del curso primario. La necesidad que el niño fije la asociación de Artigas con la del héroe que une e identifica al país, así crecerá con el mismo lugar común que sus conciudadanos y coetáneos.

Se confirma aquí parte de la hipótesis postulada en este trabajo: hoy somos continuadores de esos orientales cuyo principal factor de unión es, más que Artigas (en cuanto ideales), el culto a su personalidad que comienza desde la educación primaria y termina en la vida política. Como hemos venido diciendo, el mismo Traversoni cae o desnuda esa contradicción nacional ya que, por un lado, analiza con prudencia el ideario artiguista y, por otro, se exhibe en ese culto que contradice la esencia del pensamiento explicado. No distingue bien entre el culto a su personalidad y sus ideas. Estas últimas no sólo dividen, sino que cada quien las reduce a sus fines, con la intención de hacer aparecer las propias ideas como representantes de la totalidad artiguista. Queda así excluida la esencia del ideario: igualdad y austeridad.

El autor describe bastantes aspectos de esa percepción típica que se tiene del héroe, a todo nivel, en grandes sectores del país. De ahí que sea doblemente importante observar exhaustivamente esa imagen ya que, además del interés por la contraposición a la que presentaron por una década los militares, está el interés sociológico de ver reflejado el

sentir nacionalista más extendido en el país.

Para refrendar todo lo anterior, Traversoni concluye su juicio con "Los Valores Morales del Héroe". Ya casi no se distingue a Artigas como persona concreta, se piensa sólo en un héroe modelo al que por necesidad se le debe dar un nombre histórico. No se le llama valores humanos o de la personalidad, pues ella ha desaparecido casi totalmente detrás de la palabra "moral", que lleva implícita una carga de autoridad, trascendencia y, por ende, de superioridad. Vale la pena extenderse en esto, pues refleja bien el manejo que el autor busca hacer de Artigas y los valores morales que desea transmitir. Si recordamos lo que hacían los otros textos, probablemente nos entrarán serias dudas si hablaban del mismo héroe o si sólo eran homónimos. Sin embargo, a pesar que los militares buscaban externar otros valores, no deja de ser cierto que este subcapítulo del juicio de Traversoni poco tiene que envidiar al tratamiento heroico y epopéyico que aquéllos dan al prócer.

"El humanitarismo, la honradez, la simpatía por el débil, la firmeza de convicciones y la energía indomable, fueron algunas de las grandes cualidades que adornaron a nuestro héroe"(56). Estas cinco virtudes serán desarrolladas a continuación ; dejemos la palabra al autor, ya que no necesita muchas acotaciones la claridad con que las expone.

La referencia a su humanitarismo no es casual y se encuentra muy ligada a la crítica al gobierno militar que acababa de dejar el poder en el Uruguay, similarmente sucede con las otras cualidades. Así, "A pesar de que las luchas fueron enconadas, Artigas procuró que no se cometieran excesos de ninguna naturaleza. Al finalizar la batalla de Las Piedras, impuso a sus subordinados clemencia para los vencidos" (57). El mismo héroe, o ideal nacional, no justificaba la represión

indiscriminada y sin perdón.

Su honradez es comprobada, porque

"Al iniciarse la Revolución, Artigas no era rico, pero no tenía urgencias económicas. Sus últimos años los vivió en la mayor pobreza.

"Dio todo de sí, sin tomar nada, ni aun lo que le correspondía" (58).

Respecto a los marginados,

"Son innumerables sus demostraciones de simpatía y solidaridad para con el débil. En el éxodo no vaciló en perturbar sus marchas con tal de proteger a tantas mujeres, niños y ancianos que se colocaban bajo su amparo. En el Reglamento de fomento de la campaña, tuvo una preocupación primordial por favorecer a los desposeídos.

"Y con los indios, los más débiles y los más olvidados por los gobiernos revolucionarios, manifestó un cariño paternal. Procuró rehabilitarlos, educándolos para el trabajo y el gobierno propio" (59).

Por otro lado,

"Artigas fue firme en sus convicciones y las defendió con energía hasta el último instante. La superioridad del enemigo no le hizo mostrarse débil. En la vigilancia de sus más caros principios, fue inexorable y quiso que sus hombres también lo fueran" (60).

Queda así redondeada, para Traversoni, la imagen de un héroe que supo ser padre, líder militar y social, hombre moralmente intachable y justo, además de unificador.

V.3.- EPOCA CONTEMPORANEA

De la misma manera que señalábamos para con los textos del período militar, es importante analizar cómo Traversoni ve el presente y el pasado inmediato del país, ya que muchas de las asociaciones con Artigas se encuentran permeadas por esa contemporaneidad.

El autor divide metodológicamente la época post-independentista en dos períodos: el primero llega hasta 1973 y el otro de ahí hasta 1985. En ambas periodizaciones se hace un rápido análisis secuencial a partir de áreas generales, se denomina "evolución" al proceso de cada sector. Traversoni intenta con ello resaltar lo positivo y los progresos, por eso dedica cinco páginas a la caótica y controvertida evolución política del XIX, y más de sesenta a la posterior hasta 1973.

En lo político, del XIX destaca el espacio que dedica al gobierno de Lorenzo Latorre, con un trato similar al dado por los libros del período militar. Casi no mencionar nada sobre setenta años y dar, proporcionalmente, tanta cabida a este personaje no deja de ser significativo. Se dice que

"Después del largo período de inestabilidad, caracterizado por la frecuencia de las guerras civiles y por las intervenciones extranjeras, surgió desde algunos sectores el reclamo de un gobierno fuerte que pusiera fin a tal situación.

"Surgió así el gobierno del coronel Latorre (1876-1880), quien realizó un gobierno personal, sin sujeción a las normas constitucionales, apoyado en la fuerza del ejército y el respaldo de la opinión pública"(61).

Hay aquí un cercano y considerable paralelismo con la teoría y la acción de los militares respecto al presente uruguayo.

La evolución social del siglo pasado, centrada en la inmigración, demuestra que "Los inmigrantes europeos ejercieron enorme influencia sobre la vida económica y social del país". Poco más adelante se agrega:

"La inmigración tuvo gran importancia para la historia del Uruguay. Multiplicó la población e hizo de nuestro país uno de los más cosmopolitas de América. Mejoró considerablemente la producción, ya que los inmigrantes introdujeron capitales... Por su intermedio penetraron en el país los hábitos y costumbres de las poblaciones europeas y se hizo sentir la influencia de la vida intelectual del viejo continente"(62).

Gracias al inmigrante se adquirió la occidentalización total -sangre y cultura- e integración al mundo desarrollado.

Dentro de lo social, destaca la caracterización de los obreros, quienes fueron los primeros acusados por los militares del caos nacional que provocó su intervención en 1973. Se precisa, que "El desarrollo de la industria trajo en nuestro país, como en todo el mundo, la aparición de la cuestión obrera. Bajo ese nombre se designa al conjunto de problemas creados entre patrones y obreros, problemas que en muchos casos tienden a crear situaciones de violencia"(63). Resulta interesante que Traversoni use la palabra "problema" asociada a las demandas sindicales cuando ni los textos del período militar lo hacen así, ellos sólo hablan mal de la CNT. Al señalarse que la legislación laboral es abundante (exhaustiva) y dedicar abundante espacio a sus logros, se presupone que no hay razones para protestas obreras. La asociación sugerida entre los problemas laborales y la violencia resulta peligrosa, si recordamos las posturas militares al respecto.

En lo económico,

"Con la intervención del Estado se ha buscado defender a la economía nacional frente al capital extranjero, procurando que el país desarrolle al máximo sus recursos y que la riqueza quede dentro de las fronteras beneficiando a la generalidad de la población" (64).

Para el autor, el estado protege a las clases más modestas y garantiza el nacionalismo. El gobierno militar contemporáneo había invertido ese proceso con su política económica neoliberal, que ofrecía el país como seguro banco al capital foráneo e impulsaba el sector privado. De hecho, entre otras razones, el fracaso de esta línea orilló una fuerte crisis nacional que le obligó a dejar el poder.

El apéndice de "Actualización" (p.301) es lo más interesante de esta parte del libro, porque delimita claramente la crítica al gobierno militar. Por otro lado, al analizar las discrepancias, se pueden traspolar muchas características que por fidelidad histórica, y quizás también por convicción, Traversoni asocia a Artigas. La imagen artiguista representa el complemento a esta crítica frontal. Con este punto terminaremos de redondear la postura del autor y su concepción del héroe.

La llamada "evolución institucional" inicia con toda claridad:

"En 1973, mediante un golpe de estado se suspende de hecho la vigencia de esta Constitución [1967], que es reemplazada parcialmente por 19 Actas Institucionales impuestas entre 1976 y 1984. El gobierno fue ejercido desde entonces fundamentalmente por los altos oficiales de las fuerzas armadas" (65).

Por supuesto, en los otros textos nunca se utiliza la palabra "golpe de estado". La causa de este golpe, para Traversoni, estaba en que

"El gobierno de Pacheco Areco se desarrolló en un ambiente de creciente crisis política y económica, con la gravísima irrup

ción de movimientos subversivos que practicaban la violencia y cuestionaban radicalmente el sistema social, político y económico imperante"(66).

La crisis nacional estalló en 1973 con la ruptura del orden institucional. En ese momento,

"El MLN (Tupamaros) había sido totalmente derrotado después que el Parlamento, mediante la Ley de Seguridad del Estado, le otorgó facultades especiales a las Fuerzas Armadas.

"Después de este éxito las Fuerzas Armadas se hicieron cargo del poder... Durante 11 años desapareció el funcionamiento de las instituciones democráticas. El Poder Judicial perdió su tradicional independencia... Las actividades políticas fueron prohibidas... La oposición fue perseguida mediante prisiones y destituciones, y hubo graves violaciones de los derechos humanos.

"En 1980 las FF.AA. intentaron constitucionalizar su situación de predominio... Sin embargo, la ciudadanía hizo fracasar este propósito... Después de este contraste, algunos sectores de las FF.AA. se fueron inclinando hacia una solución 'aperturista' tendiente a la gradual reinstitucionalización del país"(67).

El anterior párrafo, muy rico en sugerencias, resume las críticas a las Fuerzas Armadas. Según lo que en él se señala, en 1973 el MLN "había sido totalmente derrotado" por los militares, cuya intervención fue buena y necesaria -los agitadores eran subversivos y violentos- pero no se fueron a tiempo. Era la idea de una franja grande de la burguesía y clase media, que sí quería detener los desórdenes pero años después, ya en la redemocratización, descubrieron el precio. Muchos vivieron en esos doce años una especie de ceguera por la constante propaganda militar, tendiente a reforzar la idea acerca de la persistencia del peligro sedicioso. Hoy se han demostrado muchos atentados como elaborados por el mismo gobierno castrense, también que presuntos grupos de conspi-

radores no eran más que presos comunes o políticos que puestos en un determinado sitio se fingía descubrirlos en plena conspiración. Existe detrás, y Traversoni lo deja también implícito, una codicia corrosiva del poder, el cual una vez obtenido no se quiere soltar. Importante es la precisión del autor respecto a que fue "la ciudadanía" quien hizo fracasar esta continuidad. El pueblo, con su vocación democrática, dictaminó el fracaso político e institucional de las Fuerzas Armadas.

Aún a pesar de criticar el uso de la violencia en los sectores subversivos, Traversoni parece concordar en la crítica de éstos a los gobiernos de los sesenta y setenta: mayor concentración de la tierra en pocas manos, desocupación y baja remuneración, descuido de la industria nacional por favorecer las importaciones, aumento ruinoso en la deuda externa y extranjerización de la banca. Se deja así entrever el fracaso de los militares en lo económico y financiero. Las consecuencias para la soberanía nacional fueron serias y causadas, paradójicamente, por quienes se cansaron de justificarse como defensores ante la infiltración extranjera.

En lo social, se profundiza la crítica al gobierno militar que nunca llama legal sino "de facto". Alega Traversoni que la emigración, primero por razones económicas y luego políticas, ha sido muy grande y agravada por la predominancia, entre los que se fueron, de los mejor preparados intelectual y técnicamente. Por otro lado,

"El período 1968-1973 fue de gravísimas tensiones sociales y protagonizadas principalmente por los sectores obreros y estudiantiles. Posteriormente, los movimientos de oposición fueron severamente reprimidos por el gobierno de facto (1973-1984) y hubo aparente pacificación detrás de la cual subsistieron,

agravadas, todas las tensiones sociales"(68).

Fracaso en la política social por aumento de la desocupación, represión y exilio de las generaciones mejor preparadas.

En la educación,

"Durante las décadas del 50 y del 60 la enseñanza alcanzó un importante desarrollo... Después del golpe de estado de 1973, el gobierno 'de facto' intervino los entes de enseñanza y destituyó a varios miles de docentes. Además cambió los planes ...e hizo del orden en los establecimientos un objetivo esencial, lo que dio a la enseñanza un tono marcadamente autoritario en contraste con las tradiciones liberales que habían destacado a nuestro país"(69).

En el rubro educativo, el autor sitúa claramente en 1973 el comienzo de la decadencia, mientras en otros campos ésta iniciaba antes y culminaba con los militares. Para ellos el "orden" venía antes del aprendizaje.

En las letras, Traversoni menciona entre los más destacados a varios exiliados (Onetti, Benedetti, etc.). La crisis económica de los sesenta, y la censura desde 1973, provocó la desaparición de muchos periódicos pero, a la vez, se menciona que hubo un factor nuevo en el surgimiento de varios semanarios políticos de la oposición, que mantuvieron a la gente actualizada.

Tampoco el teatro y la música culta podían escapar a ese deterioro general del país. Algo positivo, fue el desarrollo del "canto popular" que mediante la combinación de varios ritmos logró responder a la realidad del país. Es relevante que Traversoni lo destaque, pues fue una de las principales formas de protesta (velada) durante el gobierno militar, se servían de alegorías, metáforas y simbolismos para la crítica. El mérito de la canción popular fue grande porque tuvo que regenerarse un grupo de músicos, debido a que los existentes fueron exiliados (Viglietti, Zitarrosa, el Sabalero, los Olimareños, etc.).

Sin embargo, para el autor, no todo fue negativo en esos doce años, hubo progresos materiales en obras públicas y comunicaciones. A pesar de ello, la palabra "evolución" -usada para definir los subcapítulos- adquiere a grandes rasgos, durante el período militar, el sentido de involución. El gobierno "de facto", por no decir dictadura, llegado al poder a través de un golpe de estado, fracasa en casi todos los campos por no haberse limitado a su función (restablecer el orden) y retirado a tiempo. Del análisis que se hace sobre la época independiente del Uruguay, el país parecería dividio en dos etapas: un crecimiento positivo hasta 1960 aproximadamente y un decrecimiento de ahí hasta 1985. La democracia interrumpida e intervenida, y la crisis económica, provocaron esa grave involución. Cuando este texto de Traversoni es editado, empezaba la redemocratización y se abría el tercer período: el de la esperanza de alcanzar la patria que Artigas quería.

NOTAS AL CAPITULO QUINTO

- (1)- Alfredo Traversoni, afiliado al gobernante Partido Colorado, fue profesor de primaria y secundaria en diversas escuelas del país, e inspector de 1967 a 1974. Ha escrito manuales de historia para todos los cursos desde 1950 hasta 1968, y dirigido colecciones del mismo tema en el exterior.
- (2)- Cada vez que mencionemos los "otros textos (o libros)" nos referiremos a los dos de la época militar (1980). Nos vemos en esta necesidad por no presentarse en forma explícita el nombre del autor.
- (3)- Alfredo Traversoni. Historia del ..., pp. 240, 241
- (4)- Ibidem, pp. 179, 173. La otra palabra usual para definir al proceso independentista es la de "lucha".
- (5)- Ibidem, p. 206
- (6)- Ibidem, p. 236. Otras referencias en pp. 181, 182, 215.
- (7)- Ibidem, pp. 144, 192 ("prócer"); 151, 163, 164, 177 ("jefe de orientales").
- (8)- Traversoni dedica 86 páginas al período artiguista mientras el texto del período militar ocupa 171 páginas.
- (9)- Dentro del subcapítulo "Juicios sobre la obra de Artigas"(p.193) los apartados son: "Héroe del Río de la Plata"(p.193), "Independencia"(p.193), "República"(p.194), "Democracia"(p.194), "Federalismo"(p.194), "Héroe Nacional del Uruguay"(p.195) y "Los valores morales del héroe"(p.195). En los dibujos posteriores a la época artiguista, los personajes militares aparecen caracterizados similarmente al "héroe"; en parte sería la moda, pero también significa continuidad.
- (10)- A. Traversoni. Op.cit., p. 189 (subcapítulo "La derrota final de Artigas"). Dentro de este subcapítulo está el apartado "Desconocimiento de la autoridad de Artigas"(p.190).
- (11)- Ibidem, p.122, 123
- (12)- Ibidem, p.143

- (13)- Ibidem, p. 141
- (14)- Ibidem, p. 111
- (15)- Ibidem, p. 106. Las citas que acompañan los dibujos siempre están en cursivas.
- (16)- Ibidem, pp. 172, 173
- (17)- Ibidem, p. 106
- (18)- Ibidem, p. 107
- (19)- Ibidem, p. 21
- (20)- Ibidem, p. 179
- (21)- Ibidem, p. 144. Se trata de una cita colocada junto a un dibujo de Artigas militar sosteniendo un caballo.
- (22)- Ibidem, p. 146
- (23)- Ibidem, pp. 146, 147
- (24)- Ibidem, p. 153
- (25)- Ibidem, p. 154
- (26)- Ibidem, pp. 157, 158
- (27)- Ibidem, p. 160
- (28)- Ibidem, pp. 154, 155
- (29)- Ibidem, pp. 161, 162
- (30)- Ibidem, p. 163
- (31)- Ibidem, p. 164
- (32)- Ibidem, p. 165
- (33)- Ibidem, pp. 174, 175
- (34)- Ibidem, p. 187. Otra referencia en p. 191
- (35)- Ibidem, p. 118
- (36)- Ibidem, p. 188. Este tratado fue firmado con Eduardo Frankland en agosto de 1817, para que, participando en él, los ingleses protegieran de los portugueses el comercio con las provincias de la Liga Federal. No fue reconocido por Inglaterra que todavía no admitía la independencia de los países americanos.
- (37)- Ibidem, p. 173
- (38)- Ibidem, pp. 190, 185
- (39)- Ibidem, p. 191
- (40)- Ibidem, p. 192
- (41)- Ibidem.

- (42)- Ibidem.
- (43)- Ibidem, p. 177
- (44)- Ibidem.
- (45)- Ibidem, p. 180
- (46)- Ibidem, p. 181
- (47)- Ibidem, p. 182
- (48)- Ibidem, p. 179
- (49)- Ibidem.
- (50)- Ibidem, p. 178
- (51)- Ibidem, p. 193
- (52)- Ibidem, p. 194
- (53)- Ibidem, p. 195
- (54)- Ibidem, p. 194
- (55)- Ibidem, p. 195
- (56)- Ibidem, p. 196
- (57)- Ibidem.
- (58)- Ibidem.
- (59)- Ibidem.
- (60)- Ibidem, p. 197
- (61)- Ibidem, p. 245
- (62)- Ibidem, p. 268
- (63)- Ibidem, p. 274
- (64)- Ibidem, p. 265
- (65)- Ibidem, p. 301. Esta cita reafirma nuestra postura de llamar militar al gobierno y período entre 1973 y 1985.
- (66)- Ibidem, p. 302
- (67)- Ibidem, pp. 302, 303
- (68)- Ibidem, p. 305
- (69)- Ibidem, pp. 305, 306

A MODO DE CONCLUSIONES

1- La nacionalidad oriental -antecedente inmediato de la uruguaya- empezó a gestarse, a adquirir formas espontáneas y concretas, a partir del éxodo hacia tierras del noroeste (finales de 1811). En esos momentos, ya se había dado un proceso de lucha armada, de concientización y embrión comunitario alrededor de los caudillos (voz de los sin voz), y había sido nombrado "Jefe", impulsor, inspirador y aglutinador de esa naciente comunidad, José Artigas. Los rasgos salientes fueron su origen popular, anti-opresor y la personalización del sentimiento patriótico -amor al terruño- en el "Protector de los Pueblos Libres"; iban formándose ciertos rasgos nacionales sin existir aún una conciencia nacional ni una tradición cultural.

Con el éxodo se superpusieron dos procesos paralelos: el pueblo oriental fue uniéndose alrededor de su caudillo principal, y Artigas iba alejándose paulatinamente de Montevideo y Buenos Aires para acercarse a las demás provincias del Plata. Este desplazamiento fue también social ya que cada vez más se definían sus seguidores entre las masas rurales más marginadas, mientras los otros grupos sociales dejaban las filas artiguistas, y a la vez geográfico, por los proyectos confederados -embrionarios de la Patria Grande- que desencadenó.

2- La nación uruguaya nació y creció bajo el signo de la bipolaridad (campo-ciudad, doctor-caudillo, blanco-colorado), con el tiempo -después de una larga leyenda negra- Artigas se constituyó casi en el único factor real de unificación. En el país los elementos aglutinadores han sido siempre políticos (patria, divisa, democracia), y en parte abstractos (garra charrúa y viveza criolla); Artigas encarna y da continuidad a todos. El representante al uruguayo ejemplar, es un ciudadano más que interactúa en la vida cotidiana de la nación en distintas

formas, aglutina y otorga identidad. Aunque en el fondo, muchas veces no es él quien permea la sociedad sino ésta que los usa como referencia unitaria y manipulación ideológica. Es como si Artigas caminara hoy por las calles de Montevideo, disfrazado cual si estuviera en carnaval, con un ideario equivalente a un canasto vacío donde cada quien pudiera colocar los principios que deseara. La función del héroe no es tanto ejemplificar con una trayectoria sino representar un espacio de proyección colectiva y nacionalista. Gracias a él las ideas se personalizan y adquieren credibilidad.

Más que culto a la personalidad sería de mayor precisión referirse a una mitificación, pues culto hacia algo supone que ese objeto se mantiene relativamente inalterado, en tanto que la mitificación transfigura y deforma. Esto último es lo que ha sucedido con la personalidad artiguista que ha sido adaptada a un fin superior: la unidad de la patria.

3- Sin embargo, por más que muchos lo intenten, la imagen artiguista todavía no es de bronce como la de otros libertadores hispanoamericanos, sus ideas -aunque manipuladas- actualmente siguen vigentes y son objeto de discusión e inspiración en la sociedad nacional. Su mérito ha sido trascender el simple plano histórico para entrar en el político, económico y social, lo que lo convierte en un elemento vivo del presente.

4- Otro factor importante en la definición de la identidad uruguaya es el indígena. El país se enfrenta al problema inverso que el resto del continente en la relación nacionalidad-indigenismo. Paradójicamente, la carencia del elemento humano indígena que tantos conflictos crea a los demás países continentales para afirmar su modernidad, es la fuente de

una difícil búsqueda de identidad oriental. La postulada ausencia de habitantes precolombinos ayudó al Uruguay a fundamentar su occidentalidad (aunque el nombre de la nación y sus raíces incluyan la orientalidad), su europeísmo culto. Este aspecto es la otra gran vertiente del nacionalismo e identidad uruguayos; la primera es el artiguismo. A la vez, la indómita garra charrúa da ese algo distinto, ayuda en parte a una definición y diferenciación frente a Europa.

Dentro de lo prehispánico es lo charrúa lo que resalta, la búsqueda de las raíces es nacionalista pero no a partir de la historia sino de la política. Vemos así, cómo también en una nación sin indígenas puede darse un indigenismo nacionalista. De ahí, la importancia de mantener vivas esas gotas de sangre precolombina, para no ser sólo una buena copia europea, sino un original y buena copia a la vez; ser lo más parecidos siendo lo más diferentes.

5- El manejo de lo indígena es parte de la contradicción y definición del ser nacional uruguayo, encarna un ansiado anhelo de autoafirmación. Lo que se niega con orgullo frente a América Latina permite, a la vez, singularidad ante Europa. Hay una lucha en dos direcciones opuestas que quieren hacerse complementarias; sin duda ese hecho en sí mismo, además de ser un hondo dilema, es ya una originalidad universal.

La nación uruguaya tiene siempre dos espejos delante (América y Europa) y una sola contradicción: la región en que habita y en la que quisiera habitar, contradicción entre lo que se es y lo que se quisiera ser. Existe una suerte de fatalidad geográfica en el destino nacional, un océano fractura esas expectativas, por ello se buscó trascender la geografía por la cultura y la organización institucional; el occidentalismo

mental y étnico haría así olvidar el orientalismo geográfico. A pesar de un manejo indigenista diferente -debido a su historia- los demás países latinoamericanos están unidos al Uruguay en un futuro que ansía el Atlántico oriental y el norte continental.

6- Los dos textos de historia primaria pertenecientes al período del gobierno militar uruguayo (1973-1985) se caracterizan por su marcada referencia al presente y serias fallas historiográficas y pedagógicas. La heroicidad artiguista y los principios de la nacionalidad encuentran su continuismo en dicho gobierno, que habría retomado ese legado histórico después de unas décadas de caos y ruptura. Al igual que Artigas -cientocincuenta años antes- hoy las Fuerzas Armadas salvaban al país de la codicia extranjera, con el único requisito del apoyo incondicional del pueblo. En nombre de la defensa de los dos principios artiguistas: democracia y republicanismo, se justifica toda la guerra contra la sedición comunista. Una diferencia, sin embargo, estaría en que Artigas tiene un rostro y las Fuerzas Armadas no, el primero poseyó un apoyo popular espontáneo y las segundas, un apoyo forzado.

7- Artigas aparece en estos textos sobre todo como un héroe militar, cuya autoridad nadie discute. Son muchos los adjetivos y los rasgos castrenses que se le asocian, él es el eje central de todos los sucesos. Numerosas veces lo hacen amenazar desde el pasado a los actuales orientales, repetidas condenas del gobierno militar son puestas en boca de Artigas para darles fuerza. La cercanía del libertador con el pueblo y su radicalidad social no se tocan más que por encima, el pueblo es sólo un apéndice del relato. La historia no es analizada como proceso sino

definida por adjetivos o caracterizaciones simplistas, Artigas es desfigurado y convertido en "Licurgo" espartano.

El enfoque no es hacia el conocimiento -explicación del pasado- sino hacia un sentimiento nacionalista maniqueo, cuya meta final es justificar al presente gobierno.

8- El texto de Traversoni define la lucha independentista como "revolucionaria" y a las milicias orientales como "guerrilleros", que para el gobierno militar eran "guerreros". Su escrito e imagen artiguista es, en algo, una respuesta a la interpretación militar. En el período contemporáneo critica abiertamente al gobierno castrense -"de facto"- por la innecesaria usurpación del poder y por la falta de humanitarismo, valores que exalta en Artigas.

9- La democracia (a través de la relación Artigas-pueblo) es el eje a partir del cual se ramifican otras tendencias artiguistas; en el Uruguay de 1985 esa era la exigencia principal. A diferencia de los textos militares, donde la autoridad del prócer dependía sólo de sí mismo, en Traversoni ésta guarda relación con el pueblo. Sin embargo, la exaltación y explicitación del libertador popular junto a los marginados aparece casi sólo en los dibujos y al final, a veces hasta con tintes populistas. Aunque Artigas es el "héroe" hay mayor participación de otros personajes en un intento de historia menos personalista.

En Traversoni la descripción del período artiguista tiene objetivos y partes distintas, aparece como partida en dos: durante el proceso busca cierta objetividad, pero el "Juicio" final que hace persigue abiertamente inculcar la imagen nacionalista, a través de la exaltación tendenciosa de Artigas. Confirma allí que lo que une a la nación es el culto a la perso-

nalidad del prócer más que sus ideales, con lo que contradice la imagen democrática que se buscaba dar.

10- La consecuencia de la visión de Traversoni, menos personalista y más democrática, en el estado moderno sería la institucionalización como medio para canalizar esas decisiones mayoritarias. En cambio, el enfoque de los textos del período militar muestra un nacionalismo de derecha personalizado, xenófobo y maniqueísta, centrado en los valores conservadores de familia (orden social), tradición (pasado heroico) y propiedad (privada), aunado a un mesianismo castrense casi religioso.

En todos los textos, vemos cómo la heroicidad artiguista no es aislada sino que se inserta en un ámbito de preocupación por la nación. Artigas es un paradigma de héroe civil -el mayor de todos los héroes no anónimos- aún a pesar de ser un militar, un caudillo, y de destacarse esas características.

BIBLIOGRAFIA

ACEVEDO, Eduardo. José Artigas. Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Su obra cívica. Alegato Histórico. Montevideo, Editor Gregorio V. Marino, 1910, 3 vols.

ARDAO, Arturo. "Panamericanismo y latinoamericanismo" en América Latina en sus ideas, introducción y coordinación de Leopoldo Zea. México, UNESCO, Siglo XXI editores, 1986, pp. 157-171 (Serie: América Latina en su cultura)

ARES PONS, Roberto. ¿Es viable un Uruguay independiente? El ideal de la Patria Grande a través de la historia. Méx., 1983, 46 p.
(Cuadernos de la Patria Grande, 1)

_____. José Artigas. Conductor rioplatense (1811-20). Méx., UNAM, Coordinación de Humanidades, 1979, 160 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 105)

_____. Uruguay: ¿Provincia o nación? Buenos Aires, Editorial Coyoacán, 1961, 80 p.

BARRAN, José P. y Benjamín NAHUM. Bases Económicas de la revolución artiguista. 2a. edic., Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1964, 192 p. (Colecc. Reconquista, 3)

BAUZA, Francisco. Historia de la dominación española en el Uruguay. Mdeo., Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social del Uruguay, Biblioteca Artigas, 1965, tomos I y II (Colecc. de Clásicos Uruguayos, 95 y 96)

BENEDETTI, Mario. El país de la cola de paja. 4a. edición, Mdeo. Editorial Arca, 1968, 152 p. (Colecc. Bolsilibros)

BENVENUTO, Luis C. Breve historia del Uruguay. Economía y sociedad. Bs.As., Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), 1967, pp. 9-49 (Biblioteca de América. Libros de Tiempo Nuevo)

BERAZA, Agustín. La economía en la Banda Oriental durante la Revolución (1811-1820). 2a. edic., Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1969, 110 p. (Colecc. Reconquista, 4)

BIDART, Lil y Silvia DUTRENT. Uruguay: bibliografía sobre ciencias sociales en México. Méx., Centro de Estudios Económicos y Sociales José Artigas, 1979, 160 p.

BRUSCHERA. Oscar H. (compil.). José Artigas. Documentos. La Habana, Casa de las Américas, 1971, 214 p. (Colecc. Nuestra América)

CARLYLE. El culto de los héroes. Bs.As., Edit. Tor., 1946, 192 p. (Biblioteca de Ideas, 18)

Consejo de Educación Primaria del Uruguay. Historia Nacional. Sexto año. Primera Parte. Mdeo., 1980, 196 p.

_____ . Historia Nacional. Sexto año. Segunda Parte. Mdeo., 1980, 266 p.

COSTA PINTO, L.A. Nacionalismo y militarismo. 3a. edic., Méx., Siglo XXI editores, 1974, 128 p.

CUADRO, Servando. Los trabajos y los días. Hacia la federación hispanoamericana. Méx., Edic. de Roberto Ares Pons, 1987, 162 p.

CHAVEZ, Julio C. El Supremo Dictador. Biografía de José Gaspar de Francia. 4a. edic., Madrid, Edics. Atlas, 1964, pp. 236-277

DEMICHELI, Alberto. Artigas el fundador. Su proyección histórica. Bs.As., Edics. Depalma, 1978, XVI-282 p.

FONTANA, Dr. "Del Amazonas al Plata. Las Guyanas, el Brasil, el Uruguay y el Paraguay. Su historia, geografía, producción, etnografía y costumbres" en Fontana, Dr. Viajes por América. Barcelona, Librería de Antonio J. Bastinos Editor, 1897, pp. 41-76

GONZALEZ, Ariosto D. ¿Orientales o uruguayos? Mdeo., Imprenta el Siglo Ilustrado, 1943, 72 p. (Tomado de la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1943, tomo XVII)

GONZALEZ CASANOVA, Pablo. Los militares y la política en América Latina. Méx., Edics. Océano, 1988, pp. 9-39

GUTIERREZ, Gustavo. Beber en su propio pozo. Itinerario espiritual de un pueblo. 4a. edic., Salamanca, España, Edics. Sígueme, 1986, 182 p. (Colecc. Pedal, 173)

HALPERIN Donghi, Tulio. Historia Contemporánea de América Latina. 10a. edic., Méx., Alianza Editorial, 1983, 550 p. (El Libro de Bolsillo, 192. Sección: Humanidades)

Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Artigas. Homenaje en el centenario de su muerte. Curso de Conferencias Año 1950. Mdeo., Imprenta Nacional, 1952, 466p.

Junta de Comandantes en Jefe del Uruguay. Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental. La Subversión. Mdeo., 1976, 2 vols., 784 p.

LARRAÑAGA, Dámaso A. Diario de viaje de Montevideo a Paysandú. Mdeo., Universidad de la República, 1967, 80 p. (Colecc. Historia y Cultura, 7)

LEDERACH, John P. Educación para la paz. Barcelona, Edit. Fontamara, 1984, 132 p. (Colecc. Paz y Conflictos)

MACHADO, Carlos. Historia de los Orientales. 2a. edic., Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1973, 396 p.

METHOL FERRE, Alberto. El Uruguay como problema. 2a. edic., Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1971, 112 p.

ODDONE, Juan A. "Regionalismo y nacionalismo" en América Latina en sus ideas, introducción y coordinación de Leopoldo Zea. Méx., UNESCO, Siglo XXI editores, 1986, pp. 201-237 (Serie: América Latina en su cultura)

PARIS DE ODDONE, Blanca et al. De la colonia a la consolidación del Uruguay. Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1973, 126 p.

PASTORINO Chassale, María C. Proceso de conformación del estado y la nación uruguaya. Tesis para obtener la licenciatura en Historia, UNAM, Fac. Filos. y Letras, 1985, VI-284 p.

PIVEL DEVOTO, Juan E. Artigas y su tierra en la colonia. Mdeo., Edit. Medina, 1973, 98 p. (Colecc. Cien Temas Clásicos, 51)

POLAKOVIC, Esteban. La formación del ser nacional. (La Etnogénesis). Bs.As., Edit. Lumen, 1978, 194 p.

RAMA, Carlos. Sociología del Uruguay. Bs.As., EUDEBA, 1965, 112 p. (Biblioteca de América. Libros de Tiempo Nuevo)

REAL DE AZUA, Carlos. El patriciado uruguayo. Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1981, 134 p.

REYES ABADIE, Washington et al. El ciclo artiguista. Mdeo., Universidad de la República, 1968, tomo IV (Colecc. Historia y Cultura)

_____. La Banda Oriental. Pradera-Frontera-Puerto. 3a. edic., Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1974, 134 p. (Colecc. Reconquista, 15)

REYES ABADIE, Washington. Historia uruguaya. Tomo 2: 1810-1820. Artigas y el federalismo en el Río de la Plata. 4a. edic., Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1985, 320 p.

SALA DE TOUROÑ, Lucía et al. Artigas y su revolución agraria. 1811-1820. Méx., Siglo XXI editores, 1978, 322 pp. (Colecc. América Nuestra. Los Hombres y las ideas, 12)

SOLER, Ricaurte. Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo. Méx., Siglo XXI editores, 1980, 294 p. (Colecc. Nuestra América. Caminos de Liberación, 27)

SOSA, Ignacio. "De la patria del criollo a la idea de nación hispanoamericana" en Sosa, Ignacio et al. El nacionalismo en América Latina. Méx., UNAM, Coordinación de Humanidades, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCyDEL), 1984, pp. 9-31 (Colecc. Nuestra América, 9)

TORRES Rivas, Edelberto. "La Nación: Problemas teóricos e históricos" en Laclau, Ernesto et al. Estado y política en América Latina. 3a. edic., Méx., Siglo XXI editores, 1985, pp. 87-132.

TRAVERSONI, Alfredo y Diosma PIOTTI. Nuestro sistema educativo hoy. Mdeo., Edics. de la Banda Oriental, 1984, 126 p. (Temas del siglo XX, 17)

TRAVERSONI, Alfredo. Historia del Uruguay. Manual para escolares. Mdeo., Edit. Kapelusz, 1985, XII-312 p.

VALCARCEL, Carlos D. Rebeliones coloniales sudamericanas. Méx., Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 105-116 (Colecc. Tierra Firme)

VAZQUEZ, José A. El Doctor Francia visto y oído por sus contemporáneos. Bs.As., EUDEBA, 1975, pp. 117-118, 208-210 (Iberoamérica en la historia)

VAZQUEZ DE KNAUTH, Josefina. Nacionalismo y educación en México. 2a. edic., Méx., El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1975 pp. 7-19 (Nueva Serie, 9)

VILLEGAS, Abelardo. Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano. 6a. edic., Méx., Siglo XXI editores, 1986, pp. 9-37

ZAVALA, Silvio. El mundo americano en la época colonial. Méx., Edit. Porrúa, 1967, tomo I, pp. 282-292, 611-613

ZEA, Leopoldo et al. La latinidad y su sentido en América Latina. Simposio. Méx., UNAM, Coordinación de Humanidades, CC y DEL, 1986, 340 p. (Colecc. Nuestra América, 15)

ZEA, Leopoldo. América con conciencia. Méx., UNAM, Fac. Filos. y Letras, Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Seminario de Historia de las Ideas en Latinoamérica, 1983, 134 p.

—————. La filosofía americana como filosofía sin más. Méx., Siglo XXI editores, 1969, 160 p. (Colecc. mínima, 30)

—————. El pensamiento latinoamericano. 3a. edic., Méx., Edit. Ariel-Seix Barral, 1976, pp. 451-540 (Biblioteca de C. Política. Colecc. Demos)

ZORILLA DE SAN MARTIN, Juan. La epopeya de Artigas. Historia de los tiempos heroicos de la República Oriental del Uruguay. 2a. edic., Barcelona, Luis Gili editor, 1916, 2 tomos

ZUM FELDE, Alberto. Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional. Mdeo., Maximino García editor, 1919, 276 p. (Biblioteca de Autores Uruguayos)

ARTICULOS

ADN. "El anticomunismo, arma del sistema capitalista" en El Día. Méx., 1988, noviembre 14

AMARILLO, María del H. "El ascenso al poder de las Fuerzas Armadas" en Cuadernos. Paz y Justicia. Mdeo., Servicio Paz y Justicia, 1986, no. 1, 64 p.

ANGULO, Carmelo. "España abandonó la actitud paternalista hacia América", entrev. de María C. Ribal en Uno más Uno. Méx., 1988, octubre 3 y 4

APPENDINI, Guadalupe. "El CLXIII Aniversario de la Independencia celebrarán hoy" en Excelsior. Méx., 1988, agosto 25, Secc. E, pp. 1, 5

_____. "Montevideo ha sido llamada la Atenas del Plata" en Excelsior. Méx., 1988, agosto 25, Secc. E, pp. 1, 6

_____. "Característica del Uruguay es la total ausencia de indios; lo pueblan descendientes de hispanos e ítalos" en Excelsior. Méx., 1988, agosto 25, Secc. E, pp. 1, 3

ARES PONS, Roberto. "Exposición pronunciada en nombre del movimiento Patria Grande en el Foro de Organizaciones y Militantes uruguayos. (6 octubre-24 noviembre 1978)". Méx., 1978, noviembre 24, mimeografiado

_____. "Uruguay 1978". Méx., mimeografiado

CARBAJAL, José. "Borracho, pero con flores ...(y espinas)", entrev. de Juma en Mate Amarqo. Mdeo., 1987, noviembre 4, no. 31, p. 28

CARRILLO ARRONTE, Ricardo. "El nacionalismo revolucionario" en Nuestra América. Méx., UNAM, CC y DEL, 1985, mayo-agosto, no. 14, pp. 121-127

CAVALLA, Antonio. "Los militares en América Latina" en CELA. Méx., UNAM, Fac. C. Pols. y Socs., CELA, 1983, 96 p. (Serie Avances de Investigación, 52)

_____. "Seguridad nacional y proyectos políticos" en Cuadernos. Méx., UNAM, Fac. C. Pols. y Socs., 1978, pp. 5-19 (Serie Estudios, 33)

DIETERICH, Heinz. "Identidad y emancipación latinoamericana a 500 años de la Conquista" en América. La Patria Grande (Organo informativo del Concurso Internacional Independiente: Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992).Méx., 1988, septiembre, no. 1, pp. 6, 7

ERRO, Enrique R. "Patria Grande, expresión de Nuestra Liberación" en El Día. Méx., 1977, noviembre 22 y 23, pte. I y II (Secc. Testimonios y Documentos)

ESCOBAR, Julia. "El pedestal del héroe" en Rev. de Occidente. Madrid, Alianza Editorial, 1985, marzo, Extraordinario XIII, no. 46, pp. 137-148

FROST, Elsa C. "Rechazo y reacción. Peninsulares y criollos" en Nuestra América. Méx., UNAM, CC y DEL, 1985, mayo-agosto, no. 14, pp. 17-27

GALEANA DE VALADES, Patricia. "El nacionalismo en la enseñanza de la historia" en Intercambio Académico. Méx., UNAM, 1985, julio-diciembre, pp. 3-5

GALEANO, Eduardo. "Hay que recuperar la memoria histórica de América Latina" en América. La Patria Grande. Méx., 1988, septiembre, no. 1, p.5

GONZALEZ, Luis. "En México se comenzaron a hacer historias nacionales cuando perdimos más de la mitad del territorio", entrev. de Braulio Peralta en Uno más Uno. Méx., 1983, diciembre 16

GONZALEZ, Luis. "Patriotismo y matriotismo, cara y cruz de México" en El Semanario Cultural. Méx., Novedades, 1986, noviembre 2, no. 237, pp. 2-6

HALPERIN DONGHI, Tulio. "En el Uruguay hay una suerte de resignación a la adversidad", entrev. de G. Caetano en Brecha. Mdeo., 1986, agosto 8, no. 42, pp. 20, 21

LA FAYE, Jacques. "La conciencia nacional" en Uno más Uno. Méx., 1988, noviembre 12

LOAEZA, Soledad. "El nacionalismo como coartada" en La Jornada de los Libros. Méx., La Jornada, 1988, marzo 19

LUBETKIN, Mario. "Campaña en el Uruguay para encontrar a descendientes de los charrúas" en Excelsior. Méx., 1988, noviembre 25, Secc. A, p. 10

MEYER, Jean. "Religión y nacionalismo" en Nexos. Méx., 1987, junio, pp. 49-56

MICHELINI, Zelmara. "Denuncia a la dictadura uruguaya en Roma durante el II Tribunal Russell (marzo 1974)" en Patria Grande. s.l.ed., 1978, mayo, no. 4, p. 4

MINELLO, Nelson. "La militarización del estado en América Latina: un análisis del Uruguay" en Cuadernos del CES. Méx., El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1976, no. 17, 42 p.

PEREZ AGUIRRE, Luis et al. "Referéndum y unidad popular", entrev. de E. Canalda en Mate Amargo. Mdeo., 1987, noviembre 2, no. 31, pp. 6, 7

QUIJANO, Carlos. "Patria grande y patria chica" en Patria Grande. s.l.ed., 1978, septiembre-noviembre, no. 8-10, pp. 4, 5 (Tomado en Marcha, Mdeo., 1974, mayo 5)

RIAL, Juan. "Las FFAA como partido político sustituto. El caso uruguayo. 1973-1984" en Nueva Sociedad. Caracas, 1986, enero-febrero, no. 81, pp. 106-116

ROA BASTOS, Augusto. "Una utopía concreta: la unidad iberoamericana" en América. La Patria Grande. Méx., 1989, enero, no. 2, pp. 11-18

RODRIGUEZ-AGUILERA, Cesáreo. "La nación y los nacionalismos" en Sistema. Rev. de Ciencias Sociales. Madrid, Fundac. Sistema, 1988, marzo, no. 83, pp. 57-72

SANDINO, Augusto C. "Plan de realización del supremo sueño de Bolívar. Proyecto original que el Ejército defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua presenta a los representantes de los gobiernos de los veintidós estados latinoamericanos (20 marzo 1929)" en El Día. Méx., 1979, junio 14 y 15, pte. I y II (Secc. Testimonios y Documentos)

SAVATER, Fernando. "El héroe como proyecto moral" en Rev. de Occidente. Madrid, Alianza Editorial, 1985, marzo, Extraordinario XIII, no. 46, pp. 59-74

VAZQUEZ DE KNAUTH, Josefina. "Nacionalismo y enseñanza de la historia" en Diálogos. Méx., El Colegio de México, 1969, mayo-abril, pp. 19-21

VILLEGAS, Abelardo. "Patriotismo (y matriotismo) vs. nacionalismo" en Proceso. Méx., 1986, noviembre 3, no. 522, p. 32

WARREN, Waldo et al. "Eduación en y para la transición democrática. El caso uruguayo" en Nueva Sociedad. Caracas, 1986, julio-agosto, no. 84, pp. 129-139

YAÑEZ-BARNUEVO, Luis. "España estaría amputada si no admitiera sus raíces iberoamericanas", entrev. de Ramiro Gómez Luengo en Uno más Uno. Méx., 1988, febrero 13

_____, Luis. "España no pretende hegemonismo ni superioridad en América Latina", entrev. de Luis Suárez en Excelsior. méx., 1988, febrero 13, Secc. A, pp. 4, 41

ZEPEDA PATTERSON, Jorge. "La nación versus las regiones" en Semanal. Méx., La Jornada, 1987, enero 25 y febrero 1